

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 - 23 octubre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 30

SE LLENO EL VACIO GRAVISIMO DE LA DEFENSA OCCIDENTAL



España es el muelle de América en el Mediterráneo

LA POTENCIA DE LA FLOTA NORTEAMERICANA, MULTIPLICADA



Generalísimo Franco presenciando las maniobras de la flota norteamericana en el Mediterráneo a bordo del buque «Coral Sea», acompañado del vicealmirante Thomas S. Combs

"DE FUTBOL NO SABE NADIE NADA"

Entrevista con Sancho Dávila sobre su libro «De vuelta a casa» (página 23).
EL MARISCAL PAPAGOS, HEROE NACIONAL
 semblanza biográfica del jefe del Gobierno griego, por E. Ruiz García (página 17).
Carta del director a don Rafael González Gallego (página 8). ● El automóvil de 1955 (página 12). ● Centrales térmicas contra años secos (página 27). ● Algunas ideas sobre autoridad, por Enrique Delgado, obispo de Pamplona (página 30). ● Navarra, síntesis de España, por nuestro enviado especial, Diego Jalón (página 32). ● Entrevista con Núñez Alonso (página 44). ● De la conferencia al coloquio, por Ricardo Royo Villanova (página 44). ● El libro que es menester leer: el suicidio de la burguesía europea», por Pierre Daye (página 47). ● El Patronato Nacional de San Pablo. Entrevista con el conde de Marsal (página 51). ● Las blancas rocas de Dover que están en el Elba. Comentario de M. Blanco Tobío a la Conferencia de Londres (página 57). ● Lluvia es como una isla entre montañas, por J. Costa Torró (página 60).
MIENTRAS DUERME LA CIUDAD
Novela, por Ramón Solís (página 36).

Un recuerdo al almirante Sherman

Aumente su energía

Incorpore a sus costumbres el medio vaso de agua con "Sal de Fruta" ENO en ayunas y su jornada será más fecunda y más brillante.



"SAL DE FRUTA" ENO

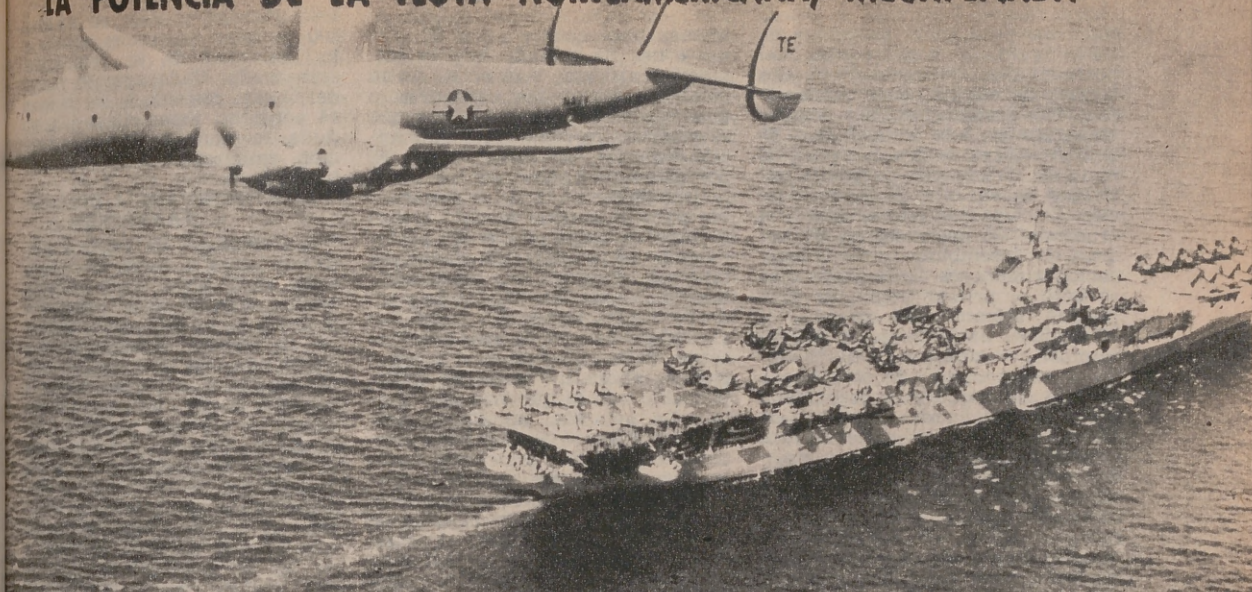
MARCAS

REGIST.

DEPURATIVA Y ENERGETICA

ES UN PRODUCTO DEL LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. - MADRID

LA POTENCIA DE LA FLOTA NORTEAMERICANA, MULTIPLICADA



SE LLENO EL VACIO GRAVISIMO DE LA DEFENSA OCCIDENTAL

«Su Excelencia el Jefe del Estado ha embarcado en Valencia, a bordo del portaaviones «Coral Sea», para asistir a unas maniobras de la VI flota americana en aguas del Mediterráneo...»

(De los periódicos)

A costa de España, de Holanda y de Francia, sucesivamente, Inglaterra se instituyó en la primera de las potencias marítimas del mundo en el transcurso de la edad moderna. Cuando, a principios de siglo, el Kaiser aseguró que el porvenir de Alemania estaba en el mar, el Almirantazgo británico se convirtió, en el acto, en el inspirador de la primera gran guerra. La Flota germánica terminaba, así, entregándose en Scapa Flow, al terminar la contienda, tras del fracaso definitivo de la guerra submarina. Hasta entonces, Albión mantuvo aferrado fuertemente el tridente de Neptuno. Hasta entonces también, en efecto, la Gran Bretaña, dueña absoluta de todos los mares, imponía su fórmula política mágica, según la cual le bastaba para dominar al mundo tener más flota que las dos potencias marineras juntas más importantes que le siguieran. El «two standard» daba, sin duda, al Reino Unido una superioridad decisiva cuando se ventilaban problemas mundiales. Así las cosas duraron hasta el Tratado de Washington, intercalado entre las dos conflagraciones mundiales, en el que John Bull aceptó, de buena o mala gana, la paridad naval con el Tío Sam. Cuando la última gran guerra estalló, prácticamente la proporcionalidad entre el poder naval británico y el americano era así, poco más o menos, de uno a uno. Hoy, al cabo de

nueve años de paz, la proporcionalidad entre la Flota inglesa y la yanqui es uno a cuatro. Norteamérica se ha convertido de este modo en la indiscutible «thala socracia» moderna.

CINCO MIL BUQUES DE GUERRA

Nada menos que 5.000 buques constituyen la flota militar yan-

qui hoy. De esta cifra, 2.400 son realmente barcos de guerra; los otros 2.600 son buques auxiliares y transportes. De esa enorme cifra, el Almirantazgo americano tiene sólo en activo, aproximadamente, una tercera parte. El resto son buques conservados—«en naftalina»—en los arsenales y puertos militares de los Estados Unidos. En activo hay en la actualidad tremolando la bandera de las bandas y estrellas 129 portaaviones, cuatro acorazados, 19 cruceros, 240 destructores, 100 submarinos y 1.000 buques auxiliares de



El Caudillo, acompañado del embajador mister Dunn y del comandante de la VI flota norteamericana, vicealmirante Thomas S. Combs, en la cubierta del «Coral Sea»

todas clases. Pero, por si fuera todo ello poco, en el programa de 1953 figura la construcción del portaaviones «Forrestal», de dos buques de escolta, siete submarinos, 136 dragaminas, dos buques lanzacohetes, uno rompehielos, 66 embarcaciones de desembarco y 30 menores. Y además, porque la actividad es enorme, la modernización de otros seis portaaviones, 14 cruceros, 206 destructores, 31 buques de desembarco y 34 embarcaciones menores. Hace pocos días se botó el primer buque de propulsión atómica del mundo, el «Nautilus», un sumergible yanqui también, y asimismo se ha iniciado la construcción de otro buque de esta clase que será propulsado por agua oxigenada. También están en construcción modernísimos submarinos costeros y otros grandes, de alta mar de la clase «Tang», así como un gran barco conductor de escuadra, el «Northampton», de 17.000 toneladas. En construcción hay, asimismo, unos nuevos buques para la guerra anfibia, de gran tonelaje también y 21 nudos de velocidad, así como 50 mercantes armados con tubos de lanzar, cañones y piezas anti-aéreas, así como de un helicóptero, y cuyos navíos desarrollarán una marcha de 22 millas. Aun el portentoso transatlántico «United States», actualmente poseedor del «gallardete azul»—«gallardete» y no «cinta»!—, ha sido construido con arreglo a normas militares, a fin de que, en su día, sirva como barco transporte capaz de cruzar el Atlántico en tres días y pico, llevando a bordo 14.000 hombres, esto es, los efectivos casi de una división americana.

He aquí el exponente del poder naval de la poderosa República de América del Norte. Un poder naval que no sólo no tiene igual, sino que ni siquiera tiene semejante en el mundo actual.

MARINA MAS AVIACION

La vieja concepción de la marina ha cambiado después de la guerra. El acorazado ya no parece ser la cabeza de la célula militar marítima. Las grandes potencias no construyen ahora mastodontes de esta clase, cargados de gruesos cañones, aunque en verdad conservan estos navíos de li-

nea, los viejos «capital ships», de apenas hace quince años. El portaaviones ha ganado hoy la primacía marítima. Y es en su turno como se crean las escuadras o destacamentos navales, a los que se reserva, en cada caso, una misión especial: las «task forces». El portaaviones parece ser un barco actualmente no sólo indispensable para la marina moderna, sino incluso su buque clave. El portaaviones es la expresión naval del binomio militar del momento: marina + aviación. Un barco y un aeródromo a la vez. En suma, un verdadero campo de aviación flotante. Para las escuadras, la aviación es ahora un elemento indispensable con el que hay que contar. La aviación, en efecto, realiza en función de la flota muchos menesteres, en cierto modo análogos a los que realiza en tierra, en cooperación con el ejército. No se trata, naturalmente, de una exclusión. Se trata, al revés, de una colaboración. La aviación es indispensable a la flota para darla seguridad mediante la exploración. Es indispensable a la flota también el avión para corregir su tiro y cooperar en el bombardeo y en el torpedeamiento. La aviación es indispensable asimismo a las bases navales para garantizarlas y protegerlas. El avión es un magnífico aliado de los buques, de superficie o no, en la guerra de corso y submarina. Y, a la vez, un aliado excelente en la lucha antisubmarina.

Los barcos necesitan así de aviones de caza, de reconocimiento y de bombardeo. Únicamente cuando la flota está en la costa podría bastarla teóricamente la cooperación de la aviación terrestre. Pero, aun así, la especialización de la aviación embarcada es indispensable, y mucho más cuando la flota actúa fuera de la costa propia y dentro del área de la aviación enemiga, lo que prácticamente equivale a decir que siempre. Sin embargo, el portaaviones es un buque relativamente nuevo. Sobre todo, totalmente nuevo si ha de entenderse como tal al buque construido expresamente para dicho empleo. El primer portaaviones, el americano «Langley», no fué más que un barco carbonero—el «Júpiter»—de 11.000 toneladas, transformado. Los subsiguientes portaaviones americanos, el «Lexington» y el «Saratoga», fueron asimismo cruceros de batalla antiguos habilitados para este destino. Los «Midway» fueron ya portaaviones construidos «ad hoc», pero que no entraron en servicio hasta después de la última guerra. Sólo los «Essex» intervinieron ya en aquella. Por cierto, con pleno éxito. Fué, sobre todo, brillante su papel en la realización de aquella singular estrategia de «salto de ranas», con la que los Estados Unidos fueron reduciendo al Japón día tras día. En Okinawa, la aviación embarcada se batió con éxito con la de tierra enemiga y contribuyó decisivamente al éxito final. Merced a los portaaviones, aquella marcha desde el mar del Coral hasta Tokio fué realizada por la Marina y por el Ejército, apoyados poderosamente por la aviación de los barcos. De este modo, «los enjambres»—masas de caza y reconocimiento—del almirante Nimitz hicieron el milagro. Durante los siete meses que precedieron al bombardeo atómico de Hiroshima,

los japoneses perdían, en las islas, 800 aviones mensuales gracias a la actividad de la aeronáutica embarcada. Cada aparato yanqui derribado costaba a los nipones 14 pérdidas. Estas cifras dan, sin duda, la pauta de lo que la aviación embarcada es y puede ser hoy.

IMPORTANCIA DEL PORTAAVIONES

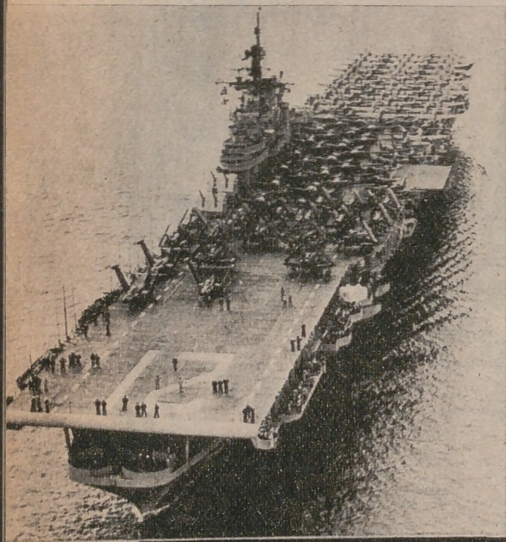
Sin embargo, los técnicos debatieron luego a fondo. Se mezcló, como suele ser de rigor en la polémica, mucho amor propio, y lo objetivo se enredó con lo subjetivo. Se sacaron conclusiones muy contradictorias de Corea, en donde gracias a la cooperación de la aviación de la Escuadra, sin embargo, los servicios fueron aumentados, no obstante, en una tercera parte. Se discutía sobre la vulnerabilidad de estos barcos colosales, hasta de 300 metros de largos, en la actualidad. Se hacían cálculas con su costo enorme. Y, en fin, se apuntaba la teoría de que, en los mares pequeños—el Mediterráneo, por ejemplo—, los portaaviones tenían poco que hacer. El primer argumento creó serias disputas, con graves complicaciones para la política militar interna, en los Estados Unidos. Lo último, discrepancias ásperas entre americanos e ingleses, porque éstos pretendían ser los únicos decisivos en la estrategia naval mediterránea.

En un libro reciente del coronel francés Aillert sobre el arte de la guerra y la moderna técnica, el autor hace alusión a la disputa de los militares de los dos ejércitos, el del aire y el del mar, en torno del tema, y dice graciosamente: «... se puede comprobar, efectivamente, que de cada veintiseis opiniones expresadas por diez aviadores y diez marinos, hay diez votos a favor del portaaviones y otros diez en contra; los diez a favor son de marinos; los diez en contra, los de los aviadores.» Estas polémicas llegaron a paralizar en los Estados Unidos la construcción de los modernos superportaaviones, aunque se reanudó luego. Porque, serenada la discusión—siempre las armas nuevas la provocan—, la necesidad de esta clase de barcos parece ya fuera de dudas, al menos a juzgar por las enormes cifras que se destinan a su construcción y al gran número de aquéllos existente en las principales Marinas del globo (129, los Estados Unidos, como se ha dicho; 27, Inglaterra).

Forrestal había afirmado que «el portaaviones es el buque actualmente de vanguardia de la Flota americana», y lanzados por este camino, los Estados Unidos han demostrado otra vez su perseverancia, junto a las posibilidades colosales de su técnica y la capacidad infinita de sus arcas. En la actualidad, la flota de portaaviones americana comprende tres tipos: el portaaviones pesado o de combate, como los «Essex», los «Midway» y los «Essex» reformados; el portaaviones ligero, como los buques de la clase «Saipan» y «Cabot», y el portaaviones de escolta, perteneciente a las series «Commencement Bay», «Anzio», «Bogue» y «Seawave».

CONTINUO CRECIMIENTO DE LA PISTA EN EL MAR

Entre los portaaviones de combate, los «Essex» tienen 34.000 to-



Un portaaviones norteamericano del mismo tipo que el «Coral Sea»

neladas. Los «Midway», 45.000. A esta última clase pertenece el «Cora! Sea», en el cual ha embarcado, en Valencia, últimamente nuestro Caudillo. La carrera de armamentos, a este respecto, no está aquí tampoco, ni mucho menos, culminada. Del viejo «Langley», de 11.000 toneladas, se ha pasado así a las 45.000 de estos modernos portaaviones, que, a su vez, van a quedarse pequeños. Solamente desde la segunda guerra mundial se ha aumentado en el 50 por 100 la vejeidad de despegue de los aparatos y la toma de cubierta; en el 100 por 100, el peso de los cazas, y en el 400 por 100, el de los aparatos de asalto. Un avión de reacción puede consumir hoy de siete a diez veces más combustible que el que precisaba un antiguo aparato de hélice. De este modo, los portaaviones tienen que crecer siempre. El «Forrestal», por ejemplo, dos veces más largo que el «Langley», desplaza de cinco a seis veces más tonelaje que este último. ¡Exactamente 60.000 toneladas! Vez y media más que los más grandes acorazados del mundo. Pero se estudia ahora un portaaviones mucho más grande y de propulsión atómica, que le dará una gran superioridad de autonomía. Los nuevos portaaviones podrán así tener, por todas estas exigencias de la técnica aérea y naval, 70 pies más de eslora que el «Forrestal», hasta llegar a desplazar de 75.000 a 85.000 toneladas—casi lo que dos acorazados—, e incluso, a plena carga, ¡90.000 toneladas! Un barco tal como el reseñado podrá costarle a la Hacienda americana no menos de 400 millones de dólares, esto es, ¡17.000 millones de pesetas! En resumen: las tres cuartas partes del presupuesto total español.

EL NUCLEO DE UNA GRAN CAVALETA NAVAL

Es precisamente la carestía tremenda de estas unidades lo que impide a la mayoría de las potencias navales del mundo disponer de barcos de esta clase, aun de tonelaje mucho más moderado. Inglaterra no ha podido, como hemos dicho, mantener su codo a codo con los Estados Unidos en el mar, y desde luego mucho menos en lo que respecta a portaaviones. Lord Mountbatten, para procurar, como fuera, mantener el prestigio británico sobre las aguas, aludió un día a las circunstancias especiales de los mares pequeños y cerrados. Al Mediterráneo, por ejemplo. «No debemos adherirnos», decía a los ingleses— a la opinión americana de que sea posible, en caso de una guerra, llevar a cabo operaciones en el Mediterráneo con fuerzas importantes de portaaviones.» Pero la verdad es que la tesis no convence. Los almirantes Fechteler y B. Carney han reclamado siempre la primacía marítima en el viejo mar latino para la Flota yanqui.

Porque, en efecto, desde que la última gran guerra terminó los Estados Unidos han hecho acto de presencia en aguas de este mar. Y es natural. Norteamérica es la primera de las potencias marítimas y como tal no puede olvidar la importancia trascendental de este corredor que une Oriente y Occidente. El Mediterráneo—el viejo mar del Sol que añorara Bismarck—es hoy la am-

bición clara de Rusia. En realidad es una vieja ambición de los tiempos de Catalina II y de Pedro el Grande, que jamás Rusia pudo ver cumplida, por la decisión de los países balcánicos y, sobre todo, por la presencia inglesa en el Mediterráneo, cuando Albión era la dueña del mar. Es natural que los Estados Unidos se apresuren ahora a colmar este vacío. La VI flota es, por tanto, la expresión americana de una voluntad de permanencia en Europa y en el Mediterráneo, el mar continental más importante. Es la manifestación concreta de su decisión de apoyo inmediato a los países amigos y ribereños de este mar. Es—sobre todo—una advertencia a Rusia.

La misión de esta flota—en esencia la citada—podría enumerarse así: voluntad de restar, en Europa, de América; necesidad de cubrir el flanco meridional de nuestro Continente; precisión de taponar la salida, por los Estrechos, del Ejército rojo; promesa expresa de auxilio a Turquía y a Grecia e incluso a Yugoslavia. Apoyo presunto para Italia e incluso a Francia. Hasta ahora, necesidad, también, de garantizar el orden en Trieste. Vigilancia y reducción de Albania en caso de una guerra. Reacción atómica contra Rusia, si ésta provocara la guerra. Aportación inmediata de tropas y apoyo aeronaval a cualquier país amigo que, en el ámbito mediterráneo, se viera invadido por la U. R. S. S. Y, en fin, garantía de las comunicaciones marítimas en estas aguas.

LOS BUQUES DE COMBATE Y SUS AUXILIARES

Esta VI flota es, por tanto, la más eficaz aportación americana a la defensa europea de momento. Componen esta escuadra dos tipos diferentes de buques. Unos, propiamente de combate. Otros, auxiliares. Los primeros son: portaaviones, cruceros, destructores y corbetas. Los segundos, petroleros, barcos talleres y almacenes o simplemente transportes.

La medula de la formación de los buques de guerra propiamente dichos son los portaaviones. América mantiene en el Mediterráneo, generalmente, dos de gran

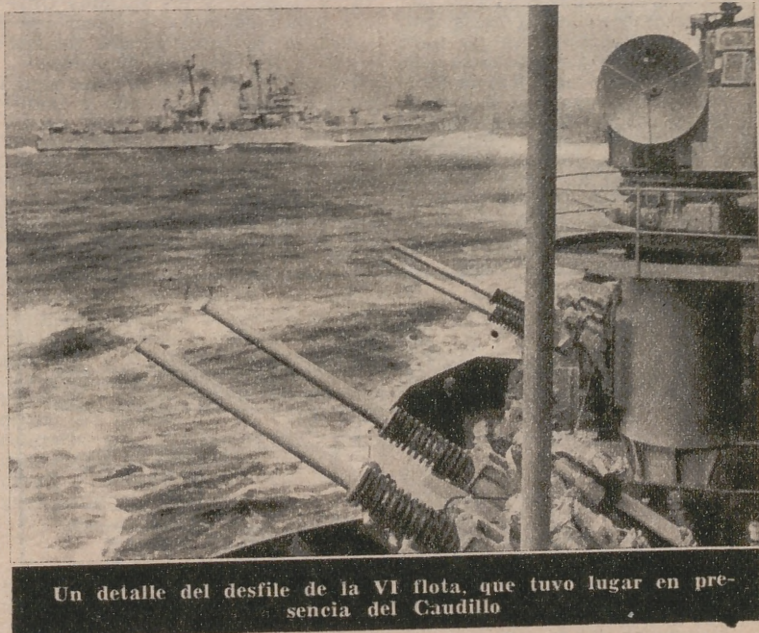
porte, o al menos uno grande y otro medio. Cada portaaviones constituye como el núcleo de una gran célula naval de la que forman parte un crucero de porte, rápido y dotado de artillería de 200 milímetros; dos cruceros anti-aéreos, de 13.000 toneladas y 34 millas de velocidad, con dirección de tiro electrónica y una enorme potencia de fuegos; otros buques menores, hasta una docena de destructores de 2.500 toneladas, y algunos submarinos, completan la escuadra americana en el Mediterráneo, así como también algunos destructores menores (1.500 toneladas), llamados de escolta, para proteger a los buques auxiliares.

Los barcos de este último tipo, que forman como la base flotante de la escuadra, son «cargos» de unas 7.000 toneladas, que transportan equipos, piezas de recambio y víveres; barcos de desembarco, para operaciones anfibias—a cuyo efecto esta flota lleva a su bordo importantes contingentes de «marines»—; barcos nodrizas, talleres o portadores de municiones, y, en fin, petroleros grandes, medios y pequeños.

Nuestros puertos levantinos, desde Barcelona a Málaga, sin olvidar Palma de Mallorca, son frecuentemente visitados por estos barcos, pintados de gris, de extraña silueta, que atracan en sus muelles o fondean en sus radas. Las tripulaciones, habitualmente, animan las Ramblas, el Parque o el Borne. Bien vestidos, correctos y disciplinados, estos marineros hacen sus compras, pasean o asisten a los espectáculos, preferentemente a los deportivos y taurinos. Aseguran que en ningún sitio se hallan como aquí y que en ningún sitio tampoco tienen para con ellos más atenciones. Y en verdad que se les ve llegar como amigos y no como turistas ocasionales de «explotación». Tienen, en verdad, estos marineros del gorro blanco todas nuestras simpatías. Sabemos su misión: guardan a Europa y a sus mares frente a Rusia. ¡Bien venidos sean, pues!

UN COLOSAL AEROPUERTO A FLOTE

Huésped especial de esta flota



Un detalle del desfile de la VI flota, que tuvo lugar en presencia del Caudillo

ha sido nuestro Caudillo, embarcando durante unas horas en el «Coral Sea». He aquí un buque que por ello solo merece una especial referencia aquí. El «Coral Sea»—el «Mar del Coral», sea dicho en español, que recuerda con su nombre la decisiva victoria americana sobre los japoneses en la última gran guerra—es un portaaviones de la serie de los «Midway», no terminados hasta acabar aquella contienda. Se trata, por ello, de un barco modernísimo. Desplaza 45.000 toneladas y es, por tanto, uno de los buques de guerra más grandes del mundo. Se construyó en los astilleros de Newport News, en los Estados Unidos, entrando en servicio en 1947. Tiene, en consecuencia, apenas siete años. Su eslora es de 300 metros—la longitud de tres campos de fútbol—y su manga de 34. La potencia de sus máquinas es de 212.000 caballos—equivalente a cien locomotoras eléctricas—, lo que le permite desarrollar una velocidad de 33 millas, esto es, 70 kilómetros por hora, tanto como un tren «expreso». Le tripulan 2.700 hombres en tiempo de paz; pero en la guerra la tripulación consta de 3.700 hombres. Esta enorme plataforma flotante, verdadero campo de aviación, que son los buques de esta clase, va poderosamente armada contra los aviones. La protección contra los buques de superficie se la prestan los buques cruceros y destructores, y singularmente, también, sus mismos aviones. Este armamento anti-aéreo comprende 14 grandes piezas de 127 milímetros de calibre, 40 de 76, 88 de 40, 34 «Oerlikon» de 20, de montaje múltiple. En un instante, su cargamento aéreo parte a cumplir, en el aire, el cometido que fuera menester. En los portaaviones tipo «Forrestal» bastan apenas cuatro minutos para lanzar al espacio 32 aparatos del centenar de aviones pesados que llevan a bordo. Estos aviones explorarán para saber si el enemigo está lejos o cerca y cuanto es. Apoyarán a la flota con su fuego. Se batirán con la aviación contraria. Atacarán las costas. Defenderán a los amigos que se batan en los países litorales. ¡Ah!, y también, ¡también!, podrán lanzar sobre el corazón mismo de la Unión Soviética poderosísimas bombas atómicas, que mañana, un mañana ya no muy lejano, podrían reemplazarse por bombas de hidrógeno. Tal es toda la tremenda potencialidad ofensiva de esta flota que América tiene permanentemente destacada en el Mediterráneo, y cuyo material y personal turnan y se relevan de tiempo en tiempo. Un portaaviones de la serie del «Midway», como el «Coral Sea» exac-

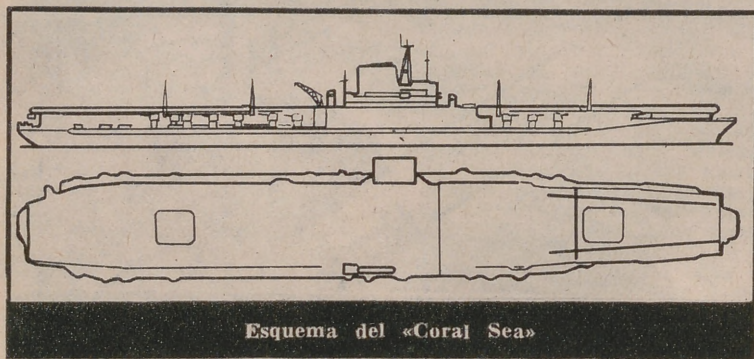
tamente, lleva a bordo un grupo aéreo—«Carrier Air Group»—integrado por cinco escuadrillas, tres de aparatos de caza y dos de asalto, más algunos aviones para servicios especiales y bombarderos. En total, ochenta y tantos aparatos. Uno de estos aviones, de modelo por cierto ya no reciente—un «Neptune P2V3»—, partía en vía de experiencia precisamente desde la corrida cubierta del «Coral Sea»—ahora hace cinco años—, transportando cuatro toneladas y media de bombas. El mortífero cargamento fué lanzado, en la experiencia, a 3.150 kilómetros de distancia del portaaviones de salida—la distancia que separa a Madrid de Leningrado—, continuando luego el aparato su vuelo para recorrer, sin tomar tierra, otros 3.150 kilómetros más hasta llegar a su destino. Se comprende, pues, la extraordinaria capacidad ofensiva de esta VI flota, que, a la postre, sin dejar de ser una poderosísima escuadra, tal como antaño se presentaba y entendía el poder naval, es también un colosal aeropuerto a flote y en constante desplazamiento por el mar. A menos de los 3.150 kilómetros—la distancia a la que arrojó su carga el «Neptune»—de las riberas mediterráneas queda Europa entera. Moscú está a sólo 2.400 kilómetros; Varsovia, apenas a 1.500; Praga no llega a 1.000.

MIL SEISCIENTOS KILOMETROS DE COSTA ESPAÑOLA

La presencia de nuestro Caudillo, como invitado de honor, a bordo del «Coral Sea», y en su puente de mando, mientras que desplegaba la aviación a flote sobre las aguas azules del Mediterráneo es algo, sin duda, que tiene, sobre todo lo dicho, una singular significación política. Ocurre ello justamente cuando nuestro Ministro del Ejército se encuentra, precisamente, visitando las magníficas instalaciones militares de los Estados Unidos en la propia metrópoli. Y cuando, apenas hace unas semanas, regresó de allá, también, nuestro Ministro del Aire. América y España han sellado solemnemente una amistad. Y se han prometido mutuo apoyo si el peligro común surgiera. Y España y los Estados Unidos están decididos a hacer realidad, si la contingencia llegara—¡que de ellos no depende!—, cuanto firmaran. No se trata aquí, para ejemplo del mundo y tranquilidad nuestra, de una negociación más, llena de dilaciones y de reservas mentales. ¡No! Afortunadamente, no se trata de esto. España y los Estados Unidos rechazan el comunismo sin disimulos. Se sienten ambos países segu-

ros de sí mismo. Se ofrecen leales de verdad. Y ambos, los dos, están, sobre todo, decididos a no dejarse arrollar, timoratos y humillantes, y sin vacilación sabrían defenderse, en consecuencia, energética y eficazmente, si la agresión exterior surgiera.

La presencia de nuestro Generalísimo en el puente de mando del «Coral Sea» significa, por tanto, no sólo una deferente y muy especial atención por parte del almirante americano, con amabilidad aceptada por nuestro Caudillo, sino algo asimismo también como una manifestación viril y decidida de una cooperación que, sin duda alguna, tendría en aguas del propio mar Mediterráneo una actividad y una eficacia singular si la eventualidad de un ataque soviético surgiera. El Mediterráneo es, en su boca mismo, un mar español. Mil seiscientos kilómetros de costa levantina y meridional bañan sus olas. Sobre el reborde mediterráneo están vitales regiones españolas en el orden de la economía industrial y agraria. Sobre el Mediterráneo se encuentran muchos de nuestros más activos puertos. En el Mediterráneo, en fin, en plena cuenca occidental de este mar, está el españolísimo archipiélago balear, a la vez avanzada y escudo peninsular. Para la flota americana, la posición geográfica española es capital. Barcelona, Valencia, Alicante, Almería y Málaga han de servirle de puertos de abastecimiento. Cartagena y aun Cádiz, en el acceso atlántico al Estrecho—el cuello español de la botella mediterránea—, son excelentes y seguros puertos militares. En las Islas Baleares, Palma de Mallorca; las bahías de Alucía y de Pollensa y las bases submarinas de Sóller y Mahón pueden cobijar perfectamente las mayores escuadras. Los aeródromos peninsulares y los insulares de este archipiélago balear proporcionan fácil sombrilla de seguridad a estos refugios y a estas bases. La geografía española y la potencia naval americana forman así un conjunto armónico y prodigioso. A la postre, nuestra aviación y nuestra marina serían, en caso de un conflicto, auxiliares estimabilísimos de la VI flota. Del Pirineo al Estrecho, y aun allá del Estrecho, en el Norte de África, España puede realizar un eficazísimo despliegue aéreo. Nuestra propia Marina, aunque lejos, naturalmente, de la magnitud de las de los colosos, es, en gran parte, moderna, está bien mandada y tiene excelente instrucción. No se ha glosado, quizá, tanto como se debiera a la labor realizada por Franco en orden a nuestra Marina militar. Terminada la guerra de Liberación, nuestro material no resultaba abundante y, por otra parte, estaba sobretabajado. Se nos negaron luego también, para nuestra reconstrucción marítima, las aportaciones exteriores precisas. Pero el nuevo Régimen español se impuso la reconstrucción de nuestra Flota. Por razones lógicas se orientó ésta hacia la construcción de unidades menores, conforme a la moda imperante en el mundo. Es, probablemente ésta, la cooperación que mejor interesa a la potente VI flota y a la colosal Marina americana, tan archidotada de buques de porte.





Unidades de la Marina norteamericana, en reserva, ancladas en un puerto de los Estados Unidos

Dejando al margen la Marina americana citada, la inglesa y la rusa, la española ocupa un lugar muy preferente entre las más

importantes Marinas restantes del mundo. He aquí un cuadro en que sintetiza la importancia de estas Flotas en 1950:

POTENCIAS	Porta-aviones	Buques antiaéreos	Acorazados	Cruceiros	Destrucc-tores y torpederos	Subma-rinos
Francia	2	1	2	15	17	20
Italia	—	—	2	4	20	—
España	—	1	—	5	39	15
Holanda	1	3	—	1	6	11
Suecia	—	3	—	1	23	28

COLABORACION FELIZ Y DECISIVA

Sobre esta cooperación militar no deja de ser también estimable la de nuestra Marina mercante —1.100 barcos, con 1.250.000 toneladas— en la que no hay que olvidar nuestra importante flota petrolera —220.000 toneladas—, muy moderna, e incluso la de nuestra flota pesquera, numerosa y eficaz para ciertas operaciones de cooperación. En resumen, la colaboración aeronaval hispano-yanqui en el Mediterráneo puede ser eficazísima. —yo diría que decisiva— en el caso de un conflicto militar en este mar. No faltan medios, sobre todo materiales, a través de la presencia permanente en aquellas aguas de la VI flota, avanzada sólo de la poderosísima Escuadra americana. No falta, ciertamente, un multiplicador magnífico de este poder naval que le proporciona, en el campo estratégico, la privilegiada situación española. Y hay, muy especialmente, tras de este conjunto de medios y de bases, de material y de geografía, una moral común, firme, decidida y valiente. No es precisamente, por tanto, por aquí, por el extremo suroccidental europeo, por donde cualquier osadía rusa pu-

diera tener fortuna. Tan pocas, sin duda, han de ser las esperanzas a este respecto de Moscú, que, muy probablemente, no será por aquí por donde el Estado Mayor rojo intente probar suerte, si algún día, suicida y torpemente, se decide a lanzarse sobre Europa.

Nuestro Jefe de Estado lo dijo, con ocasión del mensaje que dirigió a las Cortes para ratificar el tratado hispanonorteamericano, firmado poco antes en el palacio de Santa Cruz: «España no puede ser indiferente al éxito o al fracaso de la defensa de Occidente. Con su colaboración con los Estados Unidos se llena un vacío gravísimo de esta defensa».

He aquí, justamente, lo que significa y explica la presencia de nuestro Caudillo a bordo del gigantesco portaaviones yanqui, en navegación por las aguas mediterráneas occidentales. ¡España ocupa su puesto! Y es feliz de ocuparle sin reticencias ni evasivas, sino, al contrario, decidida, digna y virilmente al lado de la gran potencia amiga.

RECUERDO AL ALMIRANTE SHERMAN

Terminamos. Y al hacerlo quien escribe no puede, ni debe, omitir aquí un recuerdo para el

que fue, en vida, un glorioso marino americano: el almirante Sherman. Fue el 18 de julio de 1951. Le vimos en La Granja, durante la recepción habitual de la fecha histórica de nuestro Alzamiento Nacional. Diez y seis años antes, efectivamente, España se había levantado, sola esta vez, contra la insolencia y la agresividad brutal de Moscú. Y había vencido. El almirante vestía de uniforme. Se adivinaba su misión en aquella grata visita suya. Poco tiempo después el almirante moría súbitamente. Los Estados Unidos perdieron así un gran soldado. Y España, bien lo comprendimos entonces, también un gran amigo. Pero el camino iniciado por aquel visitante de La Granja debería llevar felizmente a buen término. Ello era obligado. Que España es el muelle europeo en América. Sirvan, con todo, estas líneas de recuerdo debido para el ilustre marino. Tenía que ser un marino, efectivamente, quien diera los primeros pasos positivos en el camino de esta colaboración. El mar —ya lo explican bien las maniobras de la VI flota, con nuestro Generalísimo a bordo— tenía que ser el vehículo preciso de una amistad luego, con felicidad generalizada por todo, al aire y a la tierra. Una amistad, en fin, sincera y total.

J. DIAZ DE VILLEGAS



Una fricción diaria
CON
Diplona

ES SUFICIENTE



PARA EVITAR LA CAIDA DEL CABELLO, ELIMINAR LAS MANIFESTACIONES SEBORREICAS Y REGENERAR LAS ZONAS CALVAS

LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA SOBRE LA CALVICIE

EFICACIA
EXTRAORDINARIA

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON RAFAEL GONZALEZ GALLEGO

Antes de que confiara más en los ángeles, el difunto don Eugenio d'Ors repetía a menudo el dicho paulino: «Conviene que haya herejes», para que del contraste y la lid entre la heterodoxia y la ortodoxia se purificara y acendrase más el dogma, o para mantener de tejas abajo un espolique a la quietud, una brizna de mostaza en los manjares páñfilos. Un antiguo fascista metido a liberal, Vittorio Gorresio, al estallar el caso Montesi, recordó en una crónica para su periódico otra frase latina que requería la necesidad moralizadora de los escándalos. Depurativamente la herejía, tanto como lo escandaloso, limpian a veces las escurrajas del alma, pero a pesar de la teoría dramática de la catarsis es menester no abusar demasiado de los purgantes. Al hereje hay que quemarlo al fin, y el escándalo sólo puede salvarse, sublimarse, con una sentencia absoluta del Tribunal Supremo. Mucho me alegra ese fallo de la justicia en favor de usted, porque también es un testimonio en favor de sus jueces, que han juzgado sin caer en el hiperbaton de los españoles. España es el país más ético del mundo, y todos los dedos se le antojan huéspedes, hasta el extremo de que se acuñó y ha sobrevivido la palabra estraperlo, como símbolo del soborno y de la corrupción, porque un tal señor Straus regaló a un señor influyente un reloj de oro. Mientras tanto, en Francia el «affaire» Stawisky, que había jugosamente pringado a casi toda la clase dirigente francesa, no le impuso pena ni baldón, sino un cinico tacto de codos. Los compadres confraternizaban con los compadres.

A medida que el tiempo nos exprime el vigor, la reflexión nos descubre muchos secretos cuando ya se carece de brío para utilizarlos. Así creemos menos en las ideologías (cosa distinta de la fe en el credo) y fiamos más en la base psicológica de la política, cuya interpretación nos conduce a los vínculos ocultos y misteriosos que ligan a los hombres. Arriba está la amistad, tan platónica con el amor, y a su lado exige tutela la familia; pero por debajo pululan las asociaciones clandestinas, los katipunanes, las «maffias», las logias, los pactos de sangre y de vicio. El amiguismo y la parentela, la clientela y los paniaguados, en parte, son protecciones lícitas que responden a los deberes del ser humano con su prójimo más próximo, o sea, algo parecido en el ámbito doméstico a la ligazón heroica y guerrera de la «devotio» ibérica. Los antiguos iberos, antepasados de los españoles, vivían y morían como nosotros, fieles a la amistad y a los clanes familiares; pero sin corrompernos interiormente. La Francia, nación cristianísima sin duda, fué descendiendo en su nivel moral, que llegó hasta el fondo de las charcas, donde se crían los patos con un hígado suculento y tumefacto; hasta el fondo de las cavas de sus vinos, literarios y espirituales; hasta el fondo de las alcantarillas que recorren cual un espinazo subterráneo la novela victorhuguesa y anticipadora de «Los Miserables»; hasta el fondo de las cuevas del existencialismo. El tuétano está podrido, y esta podredumbre de la médula tiene varios nombres concatenados entre sí que nos explican los episodios recientes de Francia. Aunque en la Francia cristianísima siempre sea posible un milagro y aunque cada uno de los franceses aun disponga de virtudes naturales suficientes para salir del terror y de la desgana colectiva; el clima social contemporáneo de Stawisky, que se había introducido para dentro en la línea de defensa Maginot, a modo de una muralla de la China en el subsuelo, trajo la desbandada de 1940 y los alemanes a París y hacia la frontera de Hendaya, donde los detuvo la prudencia valerosa de Franco. Desde 1940 la Francia vertebrada en

un Estado independiente no existe, puesto que el nombre Resistencia debía sustituirse por otro nombre más veraz que reflejara la entrega de un pueblo acobardado al comunismo. Entre Vichy y Londres se repartió la minoría de católicos, de militares, de linajes tradicionales y patrióticos, que según la fórmula medieval o neoclásica de Santa Juana de Arco (quemada por los ingleses) o de Napoleón (enjaulado por la «pérfida Albión») o la fórmula de la «entente cordiale» sacada por Eduardo VII de las bacanales parisinas, prefirió colaborar con Alemania, creyendo que tras los aliados sólo regía Moscú, optó por la jerigonza de la V chur chiliana, estimando que esta payasada era más inocente que la sempiterna alianza de los alemanes con los rusos. Estos cuantos franceses, a cada lado de la barricada, pelearon con honor y defendieron honradamente sus tesis respectivas; pero Francia ya no era una nación compacta, pues salvo aquellos franceses excepcionales en torno al mariscal o alrededor de Charles Degaulle, los demás estaban comprometidos en la conjura soviética por acción o por omisión, por lucro, por escapismo o por tontería. Desde que se inventó la consigna masónica de ningún enemigo a la izquierda, desde que el oro del Ural hizo olvidar la estafa moscovita, que se quedó con todo el ahorro francés en tiempos de los Zares sin devolver un «kopeck» devaluado y desde que los capitalistas, los intelectuales, los burgueses y los obreros de Francia escogieron el pacto del miedo mejor que el peligro de arriesgar la piel, la cristianísima Francia estaba vendida, perdida y envilecida, sin más amos que los comisarios patentes o enmascaradas de Moscú, y teniendo que convertirse en un país de misión, cuyos más fogosos curas obreros eran también comunistas.

El resistencialismo fué un «affaire» de los rusos, incluyendo a gran parte de los golistas, al M. R. P. democratacristiano, a los agrarios, a los radicales, y como es lógico y natural a socialistas y progresistas de toda ralea. El «affaire» de las piastras de Indochina, donde intervino junto al fullero Peyré una porción insigne del generalato, fué un «affaire» de los rusos. Y el escandalosísimo «affaire» de los secretos del Consejo Superior de la Defensa Nacional en manos de cualquier aventurero, es un «affaire» de los rusos, que tienen en todos los puestos claves una persona de confianza perteneciente a todos los partidos de la Resistencia. A pesar de los aspavientos del señor ministro del Interior, que tardó tres meses en echar el guante a los espías, Francia está minada, corroída masónicamente y devorada por la implacable maquinaria rusa. Aunque el señor Mendes-France intente convencer al mundo de que su política es audazmente juvenil, pero realista, eficazmente innovadora, pero sin salirse del testamento del cardenal Richelieu, una especie de política fascista al estilo de 1954; el señor Mendes-France está rodeado de los compromisos anteriores, de sus relaciones de secta, de club, de cenáculo.

Señor don Rafael González Gallego, el gran escándalo de la Europa, de la América, del Asia, del África y de la Oceanía que vivimos es sólo el escándalo de que no existe lealtad y fidelidad entre los hombres y sus patrias. Un señor, Juan Mons, dependiente directo del Presidente de la República, permitía que lo más sagrado de Francia facilitara el triunfo militar de sus adversarios. Burgess y MacLean vaciaban los cofres del Foreign Office más allá del telón de acero. El jefe del contraespionaje alemán trabajaba para Malenkov. El norteamericano Hiss, en Yalta y San Francisco, engaño a Roosevelt y a Truman, lo que no era muy difícil. Los sabios atómicos se fugan con sus planos y con sus recetas. No obstante su cacareado estraperlo, España es el país más decente del orbe.

ILEGITIMIDAD DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

EL «affaire» Dides—que ya conocen en todos sus detalles nuestros lectores—vuelve a situar el comentario editorial ante el problema de la legitimidad de existencia del partido comunista en un país del mundo occidental. En este caso, en Francia. Porque, bien miradas las cosas, lo que menos importa es la peripecia particular, el hecho concreto de cuales sean las manos por las que los informes y acuerdos del Consejo de la Defensa Nacional se «filtren» y vayan a parar a manos del partido comunista; lo que tiene menor importancia es la identidad particular de los complicados en este escándalo semipolítico, semipolítico. Lo verdaderamente importante es el hecho, lo que encierra una positiva trascendencia es el síntoma; que exista en un país, en un régimen político, la posibilidad fácil de transmitir al enemigo una información de tal importancia, que la propia Prensa francesa ha podido escribir: «Empezamos a saber quién era el principal beneficiario de estas «jugas» y por qué la guerra de Indochina ha terminado en Dien Bien Fu y Ginebra: porque todas las decisiones eran conocidas por el enemigo incluso antes de haber sido transmitidas a nuestros generales.»

Espías, traidores, puede haberlos en cualquier régimen, en cualquier sistema. Pero si se permite la existencia y funcionamiento legal de un partido como el comunista, que vive dedicado abiertamente al servicio de una potencia extranjera—Rusia—, las posibilidades favorables para el soborno al espía y para la transmisión del informe del traidor aumentan hasta tal punto, que lo extraño, lo que podría sorprender hasta el pasmo que sigue a estos escándalos sería que tales traiciones, que tales «jugas» o «filtraciones» no se produjeran.

Mientras en Francia puedan existir dentro de la ley el partido comunista y sus órganos operantes, ¿qué importa descubrir un día los manejos traidores de un M. Labrusse, de un M. Turpin o un M. Mons? ¿Qué resuelve, en última instancia, la revelación de su ficha fi-

locomunista, ni la patente de «sospechosos» extendida sobre un más o menos cualificado comisario de Policía, o un más o menos venal periodista? Culpables y convictos en esta ocasión los tres o cuatro sujetos que determine el correspondiente Tribunal, no se ha resuelto en definitiva nada. Quedan, mientras sea posible en Francia ser afiliado al partido comunista, miles, y aun millones, de espías en potencia, de posibles traidores a su patria, que sólo esperan una orden, una coyuntura propia y una retribución tentadora.

Pese a que la idea de declarar fuera de ley el partido comunista no es una idea popular en Francia, ante casos como el que comentamos parece empezar a abrirse camino. Ya se habla en la Prensa francesa de la necesidad de hacer constar en los «dossier» de los funcionarios públicos advertencias o notas relativas a su comportamiento político, a su filiación.

Uno de los políticos franceses más sensatos, André Tardieu, desilusionado ante el fracaso y los vicios del sistema parlamentario, publicó una serie de artículos aparecidos en los años que precedieron a la última guerra, bajo el título expresivo de: «Un régimen que muere».

Ante este último escandaloso «affaire» del país de los escándalos políticos, del país cuyo régimen «se muere», y ya huele a podrido en muchos de sus círculos, se debería pensar en una cirugía de urgencia, en una eliminación radical de los focos infecciosos. Por el bien de Francia y por el bien de Europa. Salvo que en el nombre de una mal entendida libertad, en el nombre de una mal entendida libertad, nochado, pueda anteponerse, en el Gobierno, en la Prensa y las instituciones de toda Francia, el interés de un partido al servicio del extranjero sobre el propio interés de la seguridad nacional.

EL ESPAÑOL

EL PRINCIPIO DE LA SABIDURIA

CUANDO Dios deposita en las manos de los hombres la Historia, les pone también, con la espada, el cingulo. Y con el laurel, que es corona, la ceniza que es polvo. Y sólo cuando se aceptan ambas partes, cuando se produce el equilibrio fecundo de gobernar y servir, caben repetirse las palabras de Jaime I de Aragón en el Código que dió un día para Valencia: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios.» Jaime de Aragón, que recordaba a los Reyes de Castilla que sabían que el hacer es superior al decir y abserciban su teoría política, la entraña misma de su gobierno, al dilema fundamental que planteaba el derecho latino: «Eres Rey si obras rectamente; si no lo haces, no lo eres.»

Pues si es verdad que el Rey es antes que nada una voluntad de rectitud, y si no, no lo es, Francisco Franco, soldado, como él mismo ha querido proclamar con legítimo orgullo ante los soldados americanos, viene a resucitar entre nosotros conceptos exactos, la levadura de Caudillos y Reyes que para serlo no lo hicieron según la sangre, sino según la verdad de Dios. Y no sólo según la rectitud, que puede ser fría y no acorde con la verdad, sino según la fe.

Por eso mismo el Caudillo de España ha ido a la Moncada, al Seminario Metropolitano de Valencia, para abrir con sus manos las puertas y recibir allí, donde los bancos duelen de recitar a Santo Tomás de Aquino, señor de los escritos sobre la Justicia, el homenaje de los que «atan y desatan para siempre». Allí, en el segundo viaje mariano del Caudillo, que el primero es Santiago, el segundo Valencia y el tercero Zaragoza, hubo de escuchar, con la humildad de serenidad de los príncipes, estas palabras del arzobispo de Valencia: «Ningún régimen ni ningún Jeje de Estado miró con tanto celo a los

Seminarios, y que este Seminario de Moncada pedirá no sólo por la gloria y la grandeza de la religión, sino por la gloria y la grandeza de la Patria.»

Esas palabras del arzobispo de Valencia vienen a cerrar, por su propia medida, por su justa plegaria, el arco perfectamente cristiano de Francisco Franco. Es hora de considerar que la plenitud ascendente del Caudillo está asentada en principios de riguroso contenido católico y que por ello su preocupación por los Seminarios, advertida y ratificada por quien puede hacerlo, está entrañablemente unida a la convicción de que España es siempre la dedicada por la Historia, que se teje en las manos de Dios a una tarea misionera y andante. Los Seminarios, paredes para albergar a Javier que se fue al Japón, son algo más que lugares de cita en los que se producen anualmente las promociones de los curas que irán a las viejas parroquias sino que son mucho más que eso, continuidad de tarea, misión y apostolado de España. Quizá por eso mismo, ratificando un concepto del más exacto y grave contenido, el arzobispo de Valencia añadió también el deseo y la esperanza en «la gloria y la grandeza de la Patria». Y lo pudo hacer así porque la grandeza de España, depositada en el escudo de Franco, está articulada a su propia tradición religiosa. No cabe aquí, en el haz hispánico, otra manera de empuñar las espadas, sino sintiéndolas anticipadamente cruces. De ahí que la plenitud del poder moral de Franco puedan ceñirse, en el equilibrio de su paz cristiana a las palabras de Marino de Caramánico: rotundam et plenam habent potestatem.

EL ESPAÑOL

ILUSION Y ESPERANZA De las piedras, pan EN CATALUÑA

ANTES de partir para Zaragoza con la peregrinación que hemos organizado de Radio Nacional de España en Barcelona para asistir a la consagración de España al Inmaculado Corazón de María y al Congreso Mariano Nacional, pienso en unas palabras de Francisco Cambó en el Parlamento, con motivo del debate sobre el régimen transitorio de Cataluña después de los sucesos de octubre. Por mi edad no conocí ni traté a ese político catalán y no me siento más unido a él que a Juan Prim y Prats, a Maura, a Torras y Bagés, a Joaquín Costa o a Víctor Pradera. Todos ellos constituyen un precedente que hemos de conocer, en su actitud y en su empeño, para comprender las vetas de las que se ha extraído el complejo mineral de nuestro pensamiento político español de ahora. Francisco Cambó dijo en aquel debate, con indiscutible acierto, que el encauzamiento natural y definitivo del problema de Cataluña no puede venir en momentos de crisis, de resquemores, de malhumor; vendrá, anunció de una manera profética, en momentos de grandeza, de euforia española. En el mismo debate, contestando a una intervención de José Antonio, de nuestro José Antonio, Francisco Cambó reconocía que «el movimiento de malhumor que se produce entre pueblos, como entre familias, en momentos de desgracia, no se ha producido en España jamás cuando España ha tenido un ideal».

Pensaba en esas cosas del gran ideal necesario para España, de la esperanza en la grandeza española, al comprobar el gran éxito de la peregrinación a punto de emprenderse, para dar gracias públicamente a la Virgen del Pilar, que tanto favoreció a nuestra tierra catalana y tanto hizo en nuestra liberación por las armas de Francisco Franco; y pensaba también en la Cataluña real, en la Cataluña auténtica, de la coherencia y de la fidelidad tantas veces desconocida por quienes en el resto de España se ocuparon de las cuestiones públicas. Porque durante el presente siglo y hasta el año 1936 nuestra región fué tenida muchas veces como un peligro, como una zona disgregante y perturbadora dentro de la común política española, sin considerar el gran capital de ilusión, de unitarismo, de justa revisión y de fe en el futuro de España, que estaba aquí sin que nadie se decidiera a utilizarle para una labor política nacional coherente.

Ahora, con la voluntad de entendimiento que se acusa en las minorías dirigentes del país, en sus zonas más selectas, y nos referimos en gran medida a la labor del Ministerio de Información y Turismo, se manifiesta sobradamente el espíritu profundamente social y unitivo, la vocación hacia las empresas colectivas de los catalanes, cuando son llamados a esas empresas con sinceridad y

sin falsos recelos. En definitiva, Cataluña, de todas las regiones españolas, es la que tiene una historia más integrante, más voluntariamente unida al común destino de las regiones vecinas. Con plena libertad se realizó la unión de Cataluña y Aragón y nunca jamás volvieron a separarse. Nuestro común Monarca tenía que jurar, al hacerse cargo de la Monarquía, que nunca jamás separaría, por herencia o lo que fuese, una región de la otra. En la Historia medieval española las otras provincias, en cambio, se unen y se separan: León de Castilla, Castilla de León, Asturias de León, en diversas ocasiones. Queremos decir que hay en nuestra tierra, por encima de anécdotas políticas recientes que todos lamentamos, un profundo sentido de la totalidad española. Yo pineo en esos treinta y cinco alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo, sección de Barcelona, que están cursando el tercero y último año de la carrera en la Escuela Oficial de Periodismo, sección de Madrid, y en el servicio eficaz que pueden prestar a esa tradición de lealtad unitaria, de visión profunda y a distancia que caracterizó a los barceloneses y a los catalanes en sus mejores tiempos.

Para saber si la tarea que se realiza será fecunda podríamos preguntarnos si hay ahora en España un gran ideal colectivo, si vivimos en estos tiempos una exaltación de esperanza en la grandeza española, como, sin duda alguna, se vivió por las fechas inmediatas a la victoria nacional. Esta pregunta sería difícil contestarla dentro del silencio de un gabinete de trabajo o bien en la conversación chistosa y cínica de una tertulia de amigos. No obstante, mirando la realidad, sinceramente, podemos decir que se nota la presencia de un gran ideal colectivo y una fe renovada en la grandeza del hombre español.

Acaso no existe la euforia vocinglera que conocimos en los años inmediatamente posteriores a nuestra Cruzada; pero hay un entusiasmo laborioso, sacrificado, que guía a las nuevas promociones juveniles en su ambición política y profesional; un entusiasmo que no cree en taumaturgias ni en milagros espectaculares, pero que puede ser más fecundo para el porvenir que la euforia engañosa. Podríamos hablar mucho de estas cosas. Recordamos concretamente el acto de inauguración de la Escuela Oficial de Periodismo, celebrado hace unos días en Villanueva y Geltrú, entre un centenar de jóvenes llegados ilusionadamente a nuestras aulas, con apellidos prestigiosos en la literatura, en las finanzas y en la industria catalana—de Carreras, Malagarriga, Compte Ruiseñor, etc.—, y también del Ejército español—Enriquez de Salamanca, Riera, etc.—. En la juventud española actual—en las

minorías, mejores, por lo menos hay una gran capacidad de ilusión y una gran carga de fe. El padre Rey Stolle, S. J., que firma sus numerosas obras con numerosos pseudónimos, pero uno de los cuales, acaso el más conocido, sea el de «Adro Xavier», comunicaba a Juan Aparicio el relativo desencanto que le ocasionaba esa publicación tan extendida en Barcelona—la revista nacional que más se vende—que es EL ESPAÑOL. EL ESPAÑOL, al padre Rey Stolle le gusta poco; no le gusta del todo porque él quisiera que fuese una revista a la vez del optimismo y de la polémica, y considera que, fundamentalmente, se ha limitado, en la mayoría de sus números, a ser tan sólo una revista del optimismo nacional. Pues bien, este optimismo constituye actualmente un gran ideal. Creemos en España, en la España real, en la posible industrialización del país, en la vitalidad de sus hombres, en todo lo que se va haciendo poco a poco: pantanos, carreteras o fábricas; no importa. Creemos, en definitiva, que en España se ha hecho algo y se está haciendo mucho. Este optimismo determina nuestra actitud, una actitud menos intelectualizada de lo que algunos querrían, una actitud poco esteticista, pues, fundamentalmente, más que una actitud es una acción, una empresa, una actividad.

Es necesario cerrar voluntariamente los ojos a los matices que podrían romper la unidad del 18 de Julio para emplear nuestras manos, libres de «cuestiones previas», en tareas concretas. Ante la incertidumbre, la juventud española, principalmente si pensamos en la juventud que en Cataluña actúa, se prepara o está preparando para actuar en la vida pública, tiene la certeza de la mano ocupada. Ya decía aquel escritor que acaba de fallecer en Villanueva y Geltrú que la obra bien hecha adquiere la misma eternidad y el mismo valor metafísico que un buen silogismo. Porque la España de Francisco Franco ha asumido el ideal un poco americanista de las obras y de las empresas, dejando de lado las viejas retóricas políticas y aún a todos aquellos que las querían resucitar de nuevo, los problemas fantasmales, como el mal llamado problema catalán, desaparecen para dejar paso a nuestras grandes esperanzas. Esta es la causa por la cual, espontáneamente, sin ninguna presión social ni personal, una gran representación de Cataluña estará mañana en el Pilar, y ésta es la causa también por la cual, sin ninguna coacción, una gran representación del joven periodismo catalán está desde la semana pasada en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid para perfeccionar y ampliar sus estudios a lo largo de todo un curso escolar.

¿SER O APARENTAR?



El hombre agotado es más bien una apariencia de hombre: como el espantapájaros.

EL AGOTAMIENTO

se inicia siempre por la disminución de facultades mentales. Para detenerlo, estimular el organismo y activar la inteligencia, se ha creado FOSGLUTEN, tónico completo del cerebro.



APLICACIONES

- FATIGA CEREBRAL
- PERDIDA DE MEMORIA
- DEPRESION NERVIOSA
- AGOTAMIENTO INTELLECTUAL

ACIDO GLUTAMICO, FOSFORO Y VITAMINA B

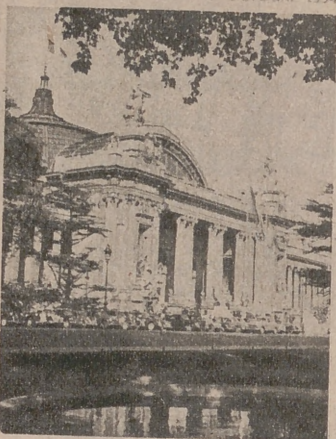
FOSGLUTÉN

SUPRIME LA SENSACION DE AGOTAMIENTO

INSTITUTO TERAPEUTICO, S. A. - MADRID

C. S. 13.557

PARIS GRAND PALAIS
7-17 OCTOBRE 1954



41^e SALON DE L'AUTOMOBILE
DU CYCLE ET DU MOTOCYCLE

Portada del folleto-invita-
ción al XLI Salón del Au-
tomóvil

EN el mismo centro de París, a pocos metros de la plaza de la Concordia, entre los Campos Elíseos y la orilla derecha del río, se alza el Grand Palais. Este edificio que fué construido para la Exposición de Bellas Artes del año 1900, es ahora la sede del XLI Salón del Automóvil. Esta exhibición es visitada por más del millón de personas, si las estadísticas no nos quieren engañar. Pero desgraciadamente los grandes números suelen significar grandes molestias. Un gran número de personas guardan cola para entrar en el edificio con paciencia y un desembolso de unas veinte pesetas conseguirán el acceso. Mientras se espera turno en la calle, un buen pasatiempo es hacer una simple operación aritmética, multiplicando la cifra de visitantes por el precio de cada entrada. Veinte millones de buenas pesetas, o lo que viene a ser parecido, doscientos millones de francos. De lo que se deduce que el negocio de los coches no es sólo para quienes los fabrican, sino también para quienes los exhiben. A esa respetable suma hay que añadir los ingresos por alquileres de stands, por exclusivas de publicidad por arriendos de servicios... Total, que todo parece indicar que los organizadores no deben perder dinero.

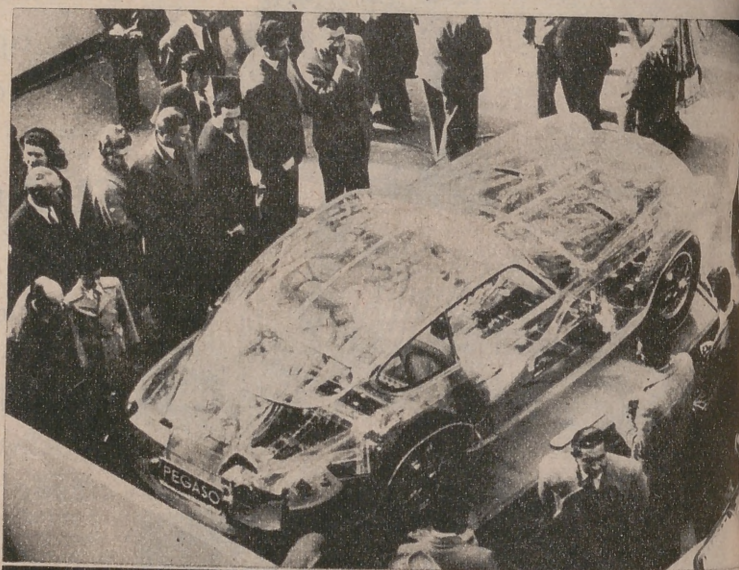
Pero allá cada cual con sus negocios; lo que interesa es dar un vistazo a las obras maestras de la industria mundial del automóvil. Recrearse con los coches recién salidos de las fábricas de esos 107 constructores, y de los talleres de esos 93 carroceros, que han prometido traer al Salón lo más bonito, lo más moderno, lo más selecto y, algunos, lo más barato. Lo primero, antes que nada, está el gran vestíbulo elíptico del Palais con sus paredes recién pintadas, el suelo cubierto con alfombras de coco, viejas vidrieras en el techo y un penetrante olor a mecánica nueva por todas partes.

Hay plantas verdes colocadas profusamente en cada espacio

EL AUTOMOVIL PARA 1955

EL "PEGASO", ALARDE DE JOYERIA MECANICA

Los grandes fabricantes están ahora en trance de consolidar los adelantos técnicos de los últimos años



El «Pegaso», con carrocería de plástico, que se exhibe en París. **verse perfectamente todo el mecanismo**

desocupado y muchos altavoces que lanzan al aire con estrépito la música alegre de unos valeses, interrumpida de cuando en cuando para dar aviso de niños extraviados. Y claro está, automóviles, infinidad de automóviles relucientes, pulimentados, brillantes y flamantes, para todos los bolsillos, para todos los caprichos y para todas las necesidades. Y alrededor de ellos, verdaderos señores de la asamblea, una muchedumbre nerviosa y admirada ante las máquinas creadas por ella misma.

En las galerías de la planta superior se exponen toda clase de piezas de recambio y equipos. Aún queda espacio para el material de estaciones de servicio y para los remolques de acampada. Como complemento de las instalaciones del Grand Palais, se ha organizado lejos de él, en el parque de las Exposiciones de la puerta de Versalles, la exhibición de bicicletas, motocicletas con sus equipos, y de automóviles y vehículos de tipo industrial.

NUEVOS MODELOS Y NUEVAS PERFECCIONES

Con el Salón del Automóvil se

inicia prácticamente el año económico de la capital de Francia. Ni la misma Feria de París despierta tanto interés. Semanas antes del primer jueves de octubre, fecha tradicional para abrir sus puertas la Exposición, durante los diez días que esta dura, y aun meses después, una humanidad que ya no sabe desenvolverse por sí misma sin el auxilio del motor, discute sobre las líneas de las carrocerías confronta catálogos y hace juicios apasionados sobre características técnicas de los modelos expuestos. Luego se entrega a cálculos complicados entre kilómetros-hora y gasolina consumida.

El prototipo que resplandece como una joya entre rasos y terciopelos, el coche fabricado en cadena, o la más modesta motocicleta, se transforman en variadas mágicas que tocan la fantasía de los hombres para hacerla volar. Este señor que da vueltas y más vueltas en torno a un «cabriolet» pintado de azul celeste es como el niño que contempla su juguete deseado en la vitrina de la tienda. ¿Seguirá fiel al modelo que compró el pasado año? ¿Lo venderá para adquirir



Una vista del patio central del Grand Palais, donde se celebra el Salón del Automóvil

el que tiene ante sus ojos? Tal vez ocurra que jamás ha tenido coche y sigue esperando a que «todo se arregle» para convertirse en propietario. Soñar es posiblemente lo único que no cuesta dinero en este Salón del Automóvil.

Antes de levantar el «capó» de las carrocerías, para saludar a los motores, conviene echar una ojeada a esa complicada trama del mundo de los industriales del automóvil. Para los 1.300 expositores, pertenecientes a 14 naciones, el Salón es el escenario de una auténtica batalla comercial. En las grandes naves del Grand Palais, iluminadas por seis kilómetros de tubos fluorescentes y por miles de bombillas, los industriales rodeados de sus estados mayores de técnicos observan y examinan las máquinas expuestas por sus competidores. Y planean después de las grandes operaciones comerciales que llegarán hasta el comprador en forma de una rebaja de precios o de nuevo perfeccionamiento mecánico. Como buenos generales, guardan celosamente sus armas secretas para lanzarlas en el momento oportuno, en el supuesto de que algún competidor intente sorprender al público con alguna innovación sensacional.

La primera observación que es preciso hacer es que en el Salón del Automóvil de este año no se exhibe nada revolucionario. Esto, sin embargo, no quiere decir que no haya novedades de mucho interés. Los grandes fabricantes están ahora en trance de consolidar los adelantos de los últimos años. Las características del Salón es el perfeccionamiento de los modelos lanzados en años anteriores. Así, por ejemplo, Citroën considera que no hay causas que justifiquen dejar de producir sus «tracciones delanteras», en tanto que los clientes sigan solicitando dichos modelos. Peugeot está tan satisfecho con sus «203», que solamente ha introducido en ellos ligeras mejoras, como la disposición especial de los asientos que permite transformarlos en cómodos lechos. Frente a la conve-

nencia comercial de novedades se alcanzan poderosas razones económicas para continuar fieles a un determinado modelo.

Si nos fijamos solamente en los fabricantes franceses, en los «cuatro grandes»—Peugeot, Renault, Citroën y Simca—, tendremos que ellos nada más envían al mercado 2.500 coches diarios. La introducción de un nuevo modelo representa transformaciones considerables en el mecanismo y distribución del trabajo en las factorías. Son miles de problemas los que hay que resolver y fatalmente ninguno se soluciona sin la inversión de grandes capitales. Por eso, las modificaciones frecuentes quedan para los pequeños fabricantes, para los artesanos de la industria del automóvil, con sus modelos deportivos o de lujo. Y, naturalmente, pasearse en un nuevo «Talbot», «Alfa-Romeo», «Delahaye», «Salmson» o «Hotchkiss», es la mejor credencial de haber invertido en un coche toda una fortuna. Así, pues, las casas que fabrican en cadena, y por lo tanto económicamente, no pueden concurrir todos los años al Salón de París con innovaciones revolucionarias, aunque muchas veces éstas figuren en los planos de los técnicos. Este año ha correspondido, salvo excepciones, presenciar las mejoras de modelos que son ya populares por las carreteras de todos los continentes. Otra vez vendrá lo sensacional. Y ya que hablamos de lo que hay en el Salón, no está de más decir algo también de lo que hay. La U. R. S. S., a pesar de su propaganda, no se ha presentado en París. No se ha podido ver ni los «Zis», ni los «Moskvith». Su industria no ha podido enseñar nada al lado de la producción occidental. Como dice un mecánico, sigue «brillando» por su ausencia.

A 265 KILOMETROS POR HORA

Puesto que soñar es gratis cualquiera puede pensar en algo tan maravilloso como que alguien se nos acerca para regalarnos

cualquiera de los coches que se hallan expuestos en el Grand Palais; el que nosotros elijamos. La alegría del regalo desaparecería ante las dudas de la elección. Se escogería, como es natural, entre los coches de superior categoría. Y se buscaría las instalaciones de la Casa Rolls-Royce, que presenta el modelo «Silver Wraith» considerado como uno de los más selectos del mundo. Viaja con toda comodidad a 160 kilómetros por hora. Precio... más de 600.000 pesetas, sin incluir ningún impuesto. Se mantiene fiel en todo a las características tradicionales de la marca. La única concesión a lo moderno es la línea de los guardabarros delanteros que se prolonga, descendiendo a través de las portezuelas, hasta unirse con la parte inferior de los guardabarros traseros. Lo demás, tan solemne como para no subir a él si no va uno vestido de etiqueta y con sombrero de copa. Es un coche que desafia al existencialismo y a las dificultades económicas de la posguerra.

No nos decidimos por el «Rolls» ya que tanta seriedad puede llegar a cansar; hay que ir en busca de otro automóvil que dicen que no está nada mal. Se trata del último modelo «Cadillac», el coche más lujoso que presenta la General Motors. Alcanza los 170 kilómetros por hora y está valorado en medio millón de pesetas, también sin impuestos. Posee parabrisas panorámico, clima artificial, instalación para enchufar aparatos eléctricos de aseo...; tiene todo cuanto se puede desear y cuanto los americanos son capaces de inventar. No sabemos el número de personas que pueden viajar dentro; con media docena queda mucho espacio libre para recoger por el camino a varios aficionados al «auto-stop», junto con sus voluminosos equipajes.

Seguimos sin decidir qué coche es el mejor. Tampoco sería mala idea quedarse con un «Mercedes». Su precio es algo inferior al del «Cadillac». Es la representación del virtuosismo llevado a la mecánica. Está dotado de un sistema de inyección directa que permite una aceleración casi instantánea para pasar de 25 a 265 kilómetros por hora. El consumo es de 25 litros. Para asegurar que no seguimos soñando, precisamos que se trata del «Mercedes 300 SL», fabricado en serie. Hay que insistir en la dificultad de elegir; ¿qué haría otro en este caso?

LOS PREFERIDOS POR LAS DAMAS

Para la mayoría de los mortales, esos automóviles de lujo pertenecen al mundo de la fantasía. Ni se aspira a tanto ni se necesita tanto. Ford dijo hace ya muchos años que el poseer un coche no es indicio de riqueza, sino demostración de que el propietario quiere hacerse rico. ¿Diría lo mismo Ford si viera alguno de los vehículos que se han mencionado? Vamos a suponer que alteraría el aforismo para pronosticar que uno de esos coches es indicio de que una persona pretende empobrecerse. Sea como fuere lo cierto es que los deseos de casi todos se satisfacen con



El Ministro de España en París en el stand de «Pegaso» con un grupo de personalidades, entre las que se encuentra el campeón del mundo Fangio

el coche modesto, de poco precio y de menor consumo. Y decimos de casi todos porque «madame» acepta el auto pequeño, pero prefiere el de muchos caballos, el de muchos metros de motor y el de mucho precio. La verdad es esa; el mayor éxito de los coches de gran potencia se ha dado entre el elemento femenino. La mujer moderna se encuentra tan a su gusto empujando el volante, y dominando con pulso firme a veinte caballos en V, que poco a poco nos iremos acostumbrando a ver a Ricardo en un «topolino» y a Pepita corriendo un «Pegaso» en una competición. La audacia y el valor de la mujer pisando el acelerador va camino de superar todas las marcas conocidas. Como prueba, una conversación:

—¡Ya ve usted!, al venir a la Exposición, he anunciado a mi mujer que con el dinero que he podido ahorrar, voy a comprar un «Citroën» 2 caballos. Y le he dicho además que lo podría utilizar para ir de compras. ¿Sabe usted que ha hecho? Pues quedarse como embozada, contemplando un dos plazas, 24 caballos, sin demostrar el menor interés por este «Citroën» tan mono. Por allá se ha quedado perdida...

—Es una pena que no pueda encontrarla para recorrer juntos la Exposición; ya verá cómo la convence de que es más seguro un vehículo que ande despacio.

—De esto no podré convencerla; respecto a lo de encontrarla estoy tranquilo... Miraré en el catálogo y allí donde esté expuesto el coche de mayor potencia, allí la hallaré.

Aunque vayamos en contra de los gustos de «madame», les presentamos el «Citroën» de dos caballos y de 425 centímetros cúbicos. Es un modelo nuevo; vale unas 36.000 pesetas y alcanza los 90 kilómetros. Va dotado de cambio automático de velocidades; lleva también un nuevo sistema de freno del «ralenti», que evita que el motor se cale. Tiene capacidad para cuatro personas. Su línea no es muy artística, pe-

ro como se suele decir, no se puede dar más por tan poco precio. Decididamente el señor francés tiene motivo de queja por la indiferencia de su mujer hacia este cochecillo.

Dentro de las mismas características de precio, se exponen el «Isetta», simpático vehículo de tres ruedas que recuerda a un autoiro en miniatura; vale unas 30.000 pesetas; el «Rovini», y otro «Citroën» más barato aún que el citado anteriormente.

Entre los coches populares no podemos omitir al «Panther», producido en Italia. Dispone de motor diesel a dos tiempos, tiene capacidad para trasladar tres personas a 80 kilómetros por hora, con un consumo de tres litros. No hay que olvidar tampoco al «Renault» 4 caballos. Es éste el coche francés que más se produce; unos 500 salen diariamente de las factorías Billancourt. El nuevo modelo es más cómodo; lleva un sistema de calefacción notablemente perfeccionado. Admite que se le acople al motor un mecanismo de embrague automático, que cuesta solamente unas 2.500 pesetas. Si la técnica sigue dando tantas comodidades al conductor, muy pronto lo único difícil serán andar a pie por las calles.

En plan más modesto aún traemos ahora un vehículo mezcla de automóvil y motocicleta. Se trata del «Inter», dotado de un motor de dos tiempos de 175 centímetros cúbicos, con tres velocidades y marcha atrás. Tiene capacidad para dos personas y puede desarrollar una velocidad de 80 kilómetros. El consumo es de tres litros y medio; fuerza, un caballo. Las dos plazas van situadas una detrás de la otra. Esta disposición tiene sus ventajas; según los estudios realizados por una compañía de Seguros alemana el asiento más peligroso en los coches es el que va junto al conductor. De cada cien personas muertas en accidente, 69 ocupan el asiento contiguo al que conduce. Sólo un 6 por 100 de los fallecidos son conductores. El «Inter», pues, hará sonreír sa-

tisfechas a las compañías aseguradoras.

Antes de terminar esta visita a los coches pequeños presentaremos al benjamín, al «Mochet», equipado con un motor de 125 centímetros cúbicos: dos plazas, dos puertas y capaz de correr a 50 kilómetros a la hora. El modelo de lujo vale unas 23.000 pesetas, sin incluir los impuestos como en todos los precios que damos. Si «Mochet» no sale travieso y da buen resultado, pronto lo veremos por las calles de las ciudades pidiendo preferencia de paso a los autobuses de dos plazas.

LA BAJA DE PRECIOS DE LOS AUTOMOVILES

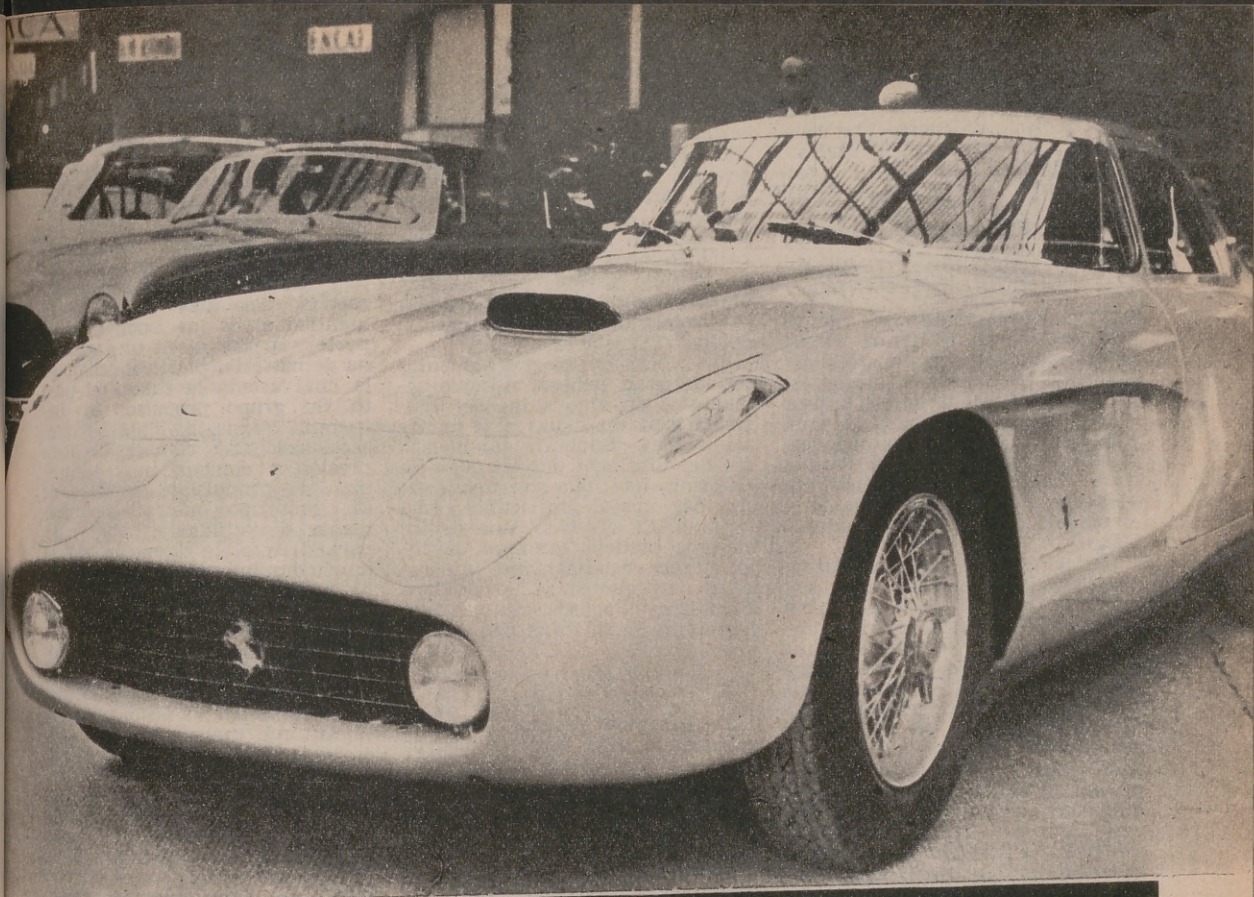
Aunque no sea idea nuestra adquirir ninguno de los coches expuestos, puede pensarse en las posibilidades que hay de acercarse a un stand, firmar un cheque en francos y llevarse un vehículo. Pues bien, resulta que todo depende del país de origen del automóvil. Los procedentes de América se pueden adquirir pagando en moneda francesa. Gracias a unas exportaciones de azúcar de Francia a EE. UU., o por intermedio de este país, los coches americanos llegan a los franceses en número suficiente para atender toda la demanda. No hay más que un inconveniente: los precios. No se puede comprar ningún coche americano por menos del millón y medio de francos.

Los vehículos ingleses son difíciles de adquirir con moneda francesa; se importan muy pocos. El cliente galo que sea exportador de mercancías al extranjero dispone de una muy pequeña parte de las divisas obtenidas para invertirlas si quiere en la compra de un automóvil inglés. Para los demás ciudadanos es poco menos que imposible.

Los vehículos italianos y alemanes no se venden apenas en Francia. Al cabo del año no se importan arriba de 2.000 de ambas procedencias. Por lo tanto, los modelos expuestos en el Grand Palais que no sean franceses son artículo prohibido para la muchedumbre que los contempla con tanta atención. Salvo que se trate de alguno de esos privilegiados que echan sus cuentas hablando de divisas y de bienes situados en el extranjero. Así, pues, el Salón del Automóvil se limita a ser como un escaparate de artículos que no están en venta. Las trabas oficiales se imponen al juego de la libre competencia; los franceses están prácticamente obligados a ponerse a un volante «made in France».

Y ya que ha aparecido la cuestión del dinero, he aquí algunas de las consecuencias que parecen desprenderse de este Salón del Automóvil. ¿Bajarán los precios? ¿Se pondrán los coches al alcance de nuestras posibilidades?

El año 1953 fué un período de dudas para la mayoría de los fabricantes en cuanto al volumen de la producción. Por fin se ha resuelto que los mercados tienen capacidad para absorber mayor



Otro de los coches «Pegaso» que tanto llaman la atención en París a los visitantes del Salón del Automóvil

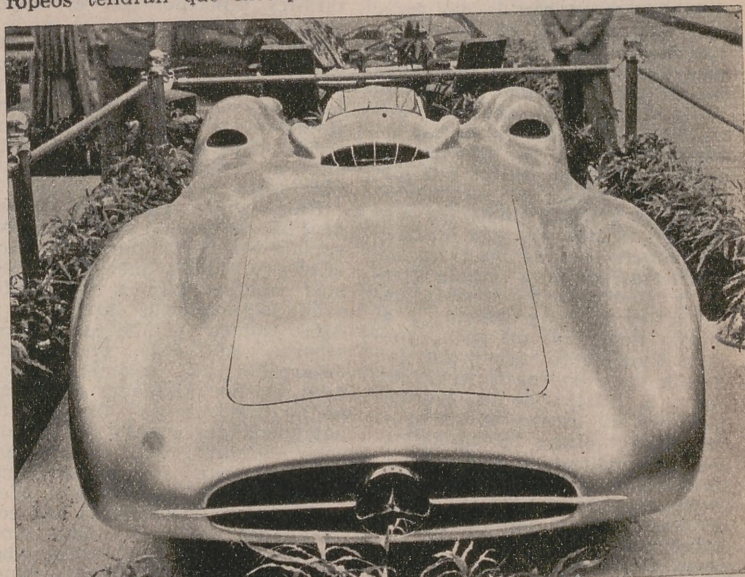
número de vehículos que los que se venían fabricando. Así, por ejemplo, la industria francesa, a finales de agosto de 1954, había construido un 16,5 por 100 más coches que en el mismo periodo de ocho meses del año precedente, y si mantiene el mismo ritmo producirá 740.000 turismos en 1954. En casi todos los países se cree que el mercado no se saturará por ahora, a pesar del incremento de fabricación. Gran número de coches viejos que siguen rodando por esos mundos de Dios tendrán que ser jubilados poco a poco. Por otro lado, en casi todos los países se va elevando el nivel de vida, con lo que el coche podrá ser utilizado por más amplios sectores de población. Resultado: que el aumento de producción es indicio de que va a entablarse una dura competencia para disputarse los mercados. Y esto repercutirá en los precios, que experimentarán alguna baja. Las calidades se han mejorado sensiblemente y la nueva coyuntura tiende a perfeccionar aún más los modelos. Prueba de ello es el criterio general de presentar en el Salón tipos de años anteriores con mejoras notables.

Por lo pronto, en el mercado francés de coches usados se han dejado sentir unas bajas de precios bastante acusadas. Si se comparan las cotizaciones del mes de septiembre y las de estos primeros días de octubre se verá que en conjunto los precios han disminuido unos 10.000 francos. ¿Es o no es un buen síntoma? Y entre los mismos modelos que se exponen en el Salón se ha acusado una importante disminución de precios. Respondiendo a las bajas anunciadas por Simca, Citroën y Ford, la

Casa Renault ha hecho públicas sus nuevas tarifas. Así, para hacer frente al dos caballos de Citroën, Renault ha disminuido el precio de su coche de cuatro caballos en 15.000 francos. Y su modelo «Fregate amiral» baja nada menos que 45.000 francos para resistir la competencia del coche «Vedette», de Ford. Entre las marcas de los demás países no se ha reflejado aún el descenso porque, como dijimos, los automóviles extranjeros en Francia no tienen cotización prácticamente, toda vez que son muy pocos los que se venden allí. No obstante, para disputarse los mercados europeos tendrán que incorporarse

al movimiento de baja general que se ha iniciado.

Y ya que se habla de mercados europeos, puede decirse también que la política internacional ha creado un prototipo de coche que si no se expone en este Salón anda, sin embargo, en lenguas de todo el mundo. Inspirándose en los acuerdos recientes de Londres para poner a punto la máquina defensiva europea, el ingenio popular ha imaginado también la máquina automóvil ideal. Se trata de un flamante coche de marca «Ejército de Europa», con potencia de nueve caballos, tantos como países comprometidos. Se dice que las cuatro rue-



Un nuevo «Mercedes», gran atracción de este año en París

das son inglesas; la garantía, americana; la calidad, francesa; el depósito de reserva es alemán; el mecanismo de control, internacional, y los frenos, de Bruselas...

Lo que haría falta es que tan distinguida participación fuera capaz de crear una máquina que funcione. El tiempo nos dirá.

EL «PEGASO», OBRA DE JOYERÍA MECÁNICA

En un lugar destacado de la nave principal del Grand Palais se aglomera el más numeroso corrillo de gente. Tras largos esfuerzos puede conseguirse divisar el objeto de tanta expectación. Mejor dicho, los objetos que despiertan tanta curiosidad. Porque ante la persona del visitante aparecen dos coches «Pegaso» y el modelo en plástico de exhibición.

Los «Pegaso», con sus líneas modernas y elegantes, con sus motores, que son obras perfectas de joyería mecánica, están acompañados en todo momento de un cerco de espectadores. Entre ellos abundan las mujeres, porque, hay que decirlo, los coches españoles han conquistado en París las preferencias del elemento femenino. Los «Pegaso» tienen más público a su alrededor que ningún otro automóvil expuesto; no muy lejos del stand de España se halla el vehículo deportivo «Bentley Continental», orgullo de la industria inglesa, que vale la inverosímil cifra de siete millones de francos. Pues bien, nuestros «Pegaso», con sus colores vistosos, con la armonía de sus proporciones, con gracia casi castiza, tienen el arte de atraer a todos los visitantes y de mantener con gallardía el pabellón industrial de nuestra Patria en la Exposición de automóviles más importante del mundo.

Todos los entendidos que se acercan a los «Pegaso» les conceden un puesto de primera fila entre coches deportivos de la categoría de un «Jaguar», un «Aston Martin», un «Ferrari» o un «BMW». El público francés no ha olvidado que un «Pegaso» con carrocería normal, con todos los accesorios, incluso el equipo de calefacción, ha corrido la prueba de Monthéry a una media de 212 kilómetros, con lo que batió la marca mundial en su categoría, luchando contra las obras maestras de las industrias inglesa, alemana, italiana y francesa.

Los «Pegaso 102» expuestos son coches ligeros, capaces de las velocidades más altas, pero sin sacrificar ninguna de las cualidades de un verdadero vehículo de lujo para grandes viajes. En condiciones apropiadas, por autopistas, supera con agilidad los 200 kilómetros por hora; escala cuevas y puertos como desmintiendo la ley de la gravedad. Y al mismo tiempo es un coche suave, con excelente suspensión, que circula dócil en cuarta velocidad entre el tráfico de las grandes capitales. El escape de gases es silencioso y ofrece las comodidades de amplitud de asientos, visibilidad, calefacción y un perfecto sistema de renovación de aire. Sus motores son de dimensiones moderadas. La marca «Pegaso» no ha incurrido en el error, bastante divulgado, de montar sobre los tamaños de sus

coches ligeros motores de cuatro y cinco litros de cubicación.

La Prensa francesa no ha escatimado elogios a nuestros coches. El diario «L'Aurore» decía después de la inauguración del Salón que los bálidos españoles expuestos han sido creados por el ingeniero Ricart, padre de los «Alfa Romeo», que, al diseñarlos, ha logrado lo más perfecto que humanamente se puede realizar en coches de las características de los «Pegaso».

Las líneas de los dos vehículos son de gran belleza. Aunque semejantes en algo a las del «Ferrari», son más suaves y menos exageradas. Superan también a las del «Italia», de la marca «Hudson Jet», que son una mezcla del gusto americano y del italiano. El «Talbot», uno de los mejores coches franceses de lujo, parece estéticamente un vehículo antiguo si se le compara a nuestros «Pegaso», que nos han representado en París con el mayor éxito.

LOS LADRONES DE AUTOMOVILES

Si pasamos revista al Salón atendiendo a la nacionalidad de los fabricantes que han concurrido en él, veremos en primer lugar que EE. UU. presenta la más importante innovación de la mano de Ford. Esta Casa ha creado un nuevo tipo de motor de ocho cilindros en V para hacer la competencia al modelo «Corvette», de Chevrolet. Según los técnicos, este motor es difícilmente superable dentro de sus características. En cuanto a estética, se observa que casi todas las Casas han introducido el parabrisas panorámico tipo «Sabra».

Inglaterra ha traído como novedades más importantes tres modelos del grupo de fabricantes B. M. C. Son aquéllos el «Pathfinder», de Riley; el «Morris Oxford», con carrocería de líneas muy modernas, y el «Austin Cambridge», que llevará, a elección del cliente, un motor de 1.200 o de 1.500 centímetros cúbicos. La Casa Bristol ha presentado un modelo transformado de su coche «sport 404». Toda la producción inglesa viene con interiores tapizados con el mayor esmero.

Los alemanes, además del «Mercedes» de los 265 kilómetros por hora, presentan otro tipo de la misma Casa, de líneas «sport» Borgward vuelve a fabricar sus «1.500». Opel se ha limitado este año a lanzar al mercado su «Olympia», pero desafortunadamente.

Italia sigue fiel a los «1.100», de Fiat, de los que dan una nueva versión tipo familiar; y a los «1.400» y «1.900», que vienen con más caballos. Lancia ha modificado solamente la carrocería, y Alfa Romeo exhibe un coche «sport», «Julietta», que puede desarrollar 160 kilómetros por hora. De las novedades francesas se ha hablado ya; únicamente nos queda dar cuenta del «Ford» ocho cilindros, que alcanza los 145 kilómetros, con un consumo inferior al de los antiguos «Vedette». El modelo reúne las comodidades del coche americano dentro de unas proporciones adecuadas para las carreteras europeas. Se ofrece con tres distintos tipos de carrocería: «Trianon»,

«Versailles» y «Regence», éste último de gran lujo. Hotchkiss, inesperadamente, ha traído al Salón el modelo «Monceau», con potencia de 13 y de 20 caballos.

Como muestra de una técnica revolucionaria, la General Motors ha mandado al Grand Palais un artefacto denominado «Firebird». Pintado de claro, parece un gran cilindro con cuatro ruedas, dos alas y un timón idéntico al de los aviones, en la parte superior lleva una campana de material plástico, debajo de la cual asoma la cabeza del piloto. Su grupo propulsor es una turbina a gas, dividida en dos secciones: una cámara de compresión y combustión y la turbina de propulsión. Se trata de un prototipo que sirve únicamente de estudio y, sobre todo, para llamar la atención de la muchedumbre hacia el pabellón de la General Motors, y que de paso vea los modelos de la misma Casa expuestos junto al extraño artefacto. Hay que reconocer que vehículos como «Firebird» no tienen muchas posibilidades de circular por la avenida de José Antonio madrileña, a la salida de los cines, lanzando llamaradas de dos metros por su escape de gases. No creemos que este vehículo tenga muchos candidatos para adquirir su propiedad. Ni los mismos ladrones de coches que operan en el Grand Palais se verán muy tentados... Porque el pasado año se robaron tres soberbios automóviles expuestos en el Salón.

Sucedió que al clausurarse la exhibición las Casas expositoras tuvieron que poner en marcha sus coches para retirarlos del local. Allí no había ya nada que hacer. Y entonces algunos individuos, disgustados sin duda porque se iban a quedar sin sus modelos favoritos, pensaron en la conveniencia de apropiárselos. Del dicho al hecho, falsificaron los volantes de salida de los vehículos y se lanzaron con alegría a las calles de París. Afortunadamente para los legítimos propietarios, los depósitos de gasolina estaban vacíos. Y los tres coches robados no pudieron ni pasar el puente de Alejandro III. Si este año se deciden a robar el «Firebird», lo que ocurrirá es que no sabrán pararlo. ¿A ver quién es el valiente que se atreve a darle el alto? Trescientos setenta y cinco caballos de fuerza son muchos caballos.

Sin embargo, por mucho poder que tengan los motores expuestos, creemos que ninguno de estos iguala al poder de la muchedumbre, que lanza a empellones a los visitantes hacia la salida del Grand Palais. Antes que cualquiera pueda resistirse, ya le han trasladado al exterior, en plena avenida d'Antin. El día es soleado, pero como empieza a atardecer la temperatura refresca. Calle abajo el hombre marcha con la sensación de que algo ha olvidado... Efectivamente, había imaginado que alguien le regalaría el coche que eligiera, y está en las calles de París, como un simple peatón, sin atreverse ni siquiera a elegir. Eso sí, mucho más tranquilo que esos conductores que llevan quince minutos intentando sacar sus coches del tapón que se forma en la avenida d'Antin.

EL MARISCAL PAPAGOS, HEROE NACIONAL DE GRECIA

Con el triunfo que le convirtió en jefe del Gobierno griego se ha abierto un nuevo y sorprendente capítulo en la historia de su pueblo y del Mediterráneo

ESTE SOLDADO NAVEGA ENTRE AGUAS CLARAS

La plaza de la Constitución, próxima al Parlamento, es el punto de cita clásico del ateniense. Hacia ella van las avenidas Odos Stadiou y Patissia Venizelos, sorteando el escenario multicolor del centro. Las gentes, después de un día cálido, apagado el sol, aprovechan ese fresco foro para dar suelta a todas las noticias, se fundan nuevas amistades, se realizan negocios. Centenares de mesas al aire libre riman con el ambiente de la conversación. Desfilan, casi al lado de las gentes que invaden las calzadas, los automóviles de lujo americanos convertidos en taxis, los autobuses amarillos del servicio público, los tranvías verdes y ocres que, quieran o no, tienen que abrirse paso entre la marea humana. Alguien ha dicho que este pueblo digno, este clásico y viejo pueblo griego, ama es que ningún otro placer. El caso es que las conversadoras más que por esa misma plaza, lejos de los lujosos edificios de Kolonaki, en el año 1940, los atenienses dejaban rodar esta anécdota. Este resumen vivo de la personalidad de Alejandro Papagos, de oficio militar, hijo de militares, de grado mariscal. La anécdota era así:

«¡ES MUY TARDE... VAMOS A DORMIR!»

En plena noche, Metaxas llamó al soldado griego para comunicarle esta noticia: «Nuestros servicios de información son exactos. Los italianos van a pasar la frontera, por sorpresa, de un momento a otro. ¿Qué piensa usted hacer?».

Alejandro Papagos, que es ateniense de nacimiento, pero a quien no gusta el exceso, la ver-



Desde un vagón de ferrocarril Alejandro Papagos corresponde al saludo de quienes descubrieron su presencia y le rindieron homenaje de simpatía

borrea, contestó con estas graves y serenas palabras: «¡Es muy tarde... Vamos a dormir!»

Tenía ya, por entonces, todos los planes defensivos en la cabeza, pero la anécdota, mil veces repetida por las gentes, ha reafirmado siempre su concepto de la calma. Centenares de dibujantes le han saludado con el «Buenas noches». La buena seguridad.

Cuando en enero de 1949 creaba un Ejército de guerrilla, un Ejército vivo, para perseguir las guerrillas comunistas del general Markos, definía la situación así ante el general Van Fleet: «Guardad vuestros carros de veinte toneladas y vuestra artillería para los desiertos africanos. En nuestra región la victoria pertenece a los soldados y a los mulos...»

Y todo ello con esa sonrisa tranquila, con ese aire casi de hombre de la diplomacia que alberga, sin embargo, la capacidad y la calidad de un soldado indiscutible. ¿Pero quién es Alejandro Papagos?

UN NIÑO QUE QUIERE SER SOLDADO

Alejandro Papagos nació en Atenas el 9 de diciembre de 1883.

Cumplirá pronto, pues, los setenta y un años. Es hijo de una noble familia compuesta por Leónidas Papagos y María Averof, sobrina de uno de los benefactores de mayor dimensión humana que han tenido los griegos: Georges Averof. El padre de Alejandro Papagos es militar y, en la casa, la madre compone y cierra el cuadro de una familia dedicada, fielmente, al servicio de deberes y de honores tradicionales. Desde niño, por decisión propia, el mariscal Papagos se inclina por la carrera de las armas. Las armas, las letras y la política que serán, en el filo del tiempo los cauces por los que se disparará su existencia. Desde joven tiene una enorme afición a los caballos. «La escuela de equitación, decía Napoleón, es el complemento indispensable de un oficial.»

BRUSELAS E YPRES FORMAN AL MILITAR

Cursa sus estudios de Bachillerato en Atenas, y cuando los termina ingresa, en 1902, en la Escuela Militar de Bruselas. Ello le da ocasión de conocer, prácticamente, a toda una generación mi-

litar de Europa. Por otra parte, como si estuviera dedicado anticipadamente a los cargos públicos, a la necesidad de los viajes diplomáticos, el contacto con esas promociones le ha dado un conocimiento exacto de muchas cosas. La vida en la Academia se desarrolla bajo un espíritu optimista. El director, una figura humana extraordinariamente interesante, es el general Leman, que pocos años después iba a ser el heroico defensor de la fortaleza de Lieja.

De Bruselas, donde permanece durante dos años, pasa a la Escuela de Caballería de Yprés. Casi dos años aquí, uniendo a los conocimientos militares el amor al oficio. Los caballos, en función de campaña. Cuando regresa, el 15 de julio de 1906, a Grecia con el grado de subteniente, continúa sus estudios en la Escuela Militar de Guerra de Atenas, dirigida entonces por una Misión francesa. Era el tiempo en el que los politécnicos galos estaban de moda. Pero ya es el tiempo de combatir.

UN CAPITAN A CABALLO

Si las guerras y el sufrimiento hacen al hombre prudente, no puede dudarse que el mariscal Alejandro Papagos lo es. Incesantemente, como si el destino le fuera empujando a ello, el país griego se ha encontrado envuelto en una serie de guerras impresionantes desde antes del comienzo de siglo. Pero desde 1906 se encuentra ya en ellas la figura y la personalidad de Alejandro Papagos que, por la razón de ser, primero, uno de sus oficiales destacados, y luego, por ser su mariscal en los momentos de peligro, se va a convertir en una figura popular de Grecia.

Todo ese avispero que es el mundo balcánico, con sus guerras inacabables, permite a Alejandro Papagos, sirviendo en el

Estado Mayor del Cuartel General, demostrar sus cualidades fundamentales: su reserva, su calma en la acción y su capacidad para las decisiones fulminantes. Por esa época, el «patricio» Papagos, como le gustó decir a la revista «Times», comienza su gran colección de libros militares.

En la guerra balcánica de 1912-13 combate en la Caballería, y en ese tiempo asciende a capitán.

Antes, en 1911, ha contraído matrimonio con doña Maria Kalinski, nieta del general Vassos. Tiene con ella dos hijos: Leónidas e Irene. Pero la guerra sigue.

DENTRO DEL GRAN ZAFARRANCHO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Sin encontrar nunca el reposo adecuado, este patricio militar, amante de los caballos y de las carreras, coleccionista de libros y teórico de las maneras elegantes, se encuentra de nuevo dentro del gran zafarrancho de la primera guerra mundial.

Como si la anticipara, en el año 1913, para perfeccionarse en teoría militar, forma parte de las cursos especiales de Atenas en la Escuela Superior del Ejército, para terminarlos con el número 1. Es un breve momento de calma.

Cuando estalla la que se llamó Gran Guerra, participa en ella con el grado de jefe de escuadrón. Combate contra los alemanes en Bulgaria y en la campaña de Asia Menor y es promovido a comandante. Alguien ha dicho de él estas palabras: «cada ascenso le llega después de un combate».

Quizá no sea exactamente así. Lo que es verdaderamente cierto es que los ascensos que no alcanza en la guerra los sufre después en la campaña. Así es en 1920 cuando fuera ascendido a tenien-

te coronel. Es un leve periodo de calma que prepara el desastre del año 21, en que es nombrado jefe del Estado Mayor de la división de Caballería que opera en Asia Menor. En 1921 se produce la desafortunada expedición griega contra los turcos. En el desastre de la retirada, Alejandro Papagos continúa con toda su sangre fría alentando personalmente a sus soldados y consiguiendo salvar la mayor parte de su división. El valor ya no «se le supone», como suele decir la casuística militar en las cartillas de los que no han entrado en fuego. En el caso de Alejandro Papagos, el valor trasciende directamente a la calle y al pueblo. El héroe nacional comienza a sembrar el fruto de sí mismo.

Comienza, desde entonces, un continuo y esforzado ascenso en la carrera. En 1926, después de tomar parte en los cursillos de la Escuela Superior del Ejército, es nombrado jefe de la división de Caballería de Larissa. En 1936 es nombrado jefe del III Cuerpo de Ejército y ascendido a teniente general. Por dos veces, en el entretanto ocupa el cargo de ministro del Ejército. Es, podría decirse, una participación en el Estado griego que dejará su huella efectiva en el heroico soldado, pero éste persigue el hilo de su verdadera vocación. En agosto de 1936 es nombrado jefe del Estado Mayor General, puesto en el que permaneció hasta el 28 de octubre de 1940, fecha decisiva en la que es nombrado general en jefe del Ejército helénico. Esta es su época clave.

LA INVASION DE GRECIA

Grecia, que no es rica, que tiene una de las rentas nacionales más bajas de Europa, que es un pueblo de ocho millones y medio de habitantes, es, sin embargo, una síntesis exacta y armónica de los valores occidentales y orientales. Si se entra en alguna de sus iglesias se ve a la gente, después de los largos y triples signos de la cruz, besar devotamente, y arrodillados, los iconos dorados. Los niños corren por las calles en torno a los padres ortodoxos para besar su mano, murmurando el familiar: «pappa», «pappa», que tiene una traducción equivalente al pope ruso. Y arriba, el monte Athos ha sido llamado por alguien «el Tibet del mundo mediterráneo».

Y sabido es que para llegar a esa especie de República independiente que forma la comunidad monástica del Monte Athos se necesita un permiso especial. La gente avisada suele solicitar, al mismo tiempo que el permiso, una carta de presentación del metropolitano de Atenas. Como cosa curiosa, el acceso al monte permanece prohibido completa y totalmente a todo ser del sexo femenino.

Pues bien, este mundo, que ha sufrido un turbulento pasado desde que se proclamara la independencia en el primer cuarto de siglo del XIX, soportó heroicamente la invasión de 1940. Era la guerra con Italia.

Cuando las tropas italianas y albanesas invadieron Grecia en el invierno de 1940, el general Papagos era el comandante en jefe



Papagos depositando su voto en las elecciones del 16 de noviembre de 1952, de las que salió triunfador absoluto

del Ejército y se convirtió, repentinamente, en una sólida muralla. Su Ejército escaló montañas, coronó los montes de la nieve y llevó a los invasores, inesperadamente, hasta las costas albanesas. Forzada Italia a requerir el esfuerzo de la máquina militar alemana, ésta cayó sobre Grecia en la primavera de 1941. En abril de ese año sus soldados entraban en Atenas. El mismo invasor rendía tributo de respeto a las ramas griegas. El general Papagos entraba por sus propios pasos en la Historia.

LA VIDA PRIVADA Y LOS CAMPOS DE CONCENTRACION

Retirado, después de la derrota, a la vida privada, al yunque y martirio de no hacer nada, el general Papagos se dedicó, pese a la vigilancia, a la organización de los núcleos civiles de la resistencia. El Ejército de ocupación, que ejercía sobre él, naturalmente, una estrecha y constante vigilancia, le detuvo y trasladó a Alemania. El general recorrió varios campos de concentración: los de Oranienburg, Flossenbürg, Dachau y Niederdorf. Aquí, en mayo de 1945, le cogió el anuncio de la victoria aliada. Fué liberado rápidamente; pero el general Papagos se retiró, esta vez por su propio deseo, a la vida particular. De esa época queda sólo un libro que recoge todas sus peripecias de ese tiempo.

Sin embargo, su preocupación por la nación le lleva a visitar, invitado por la «Greek-American Organization», los Estados Unidos. En aquella ocasión, ese hombre fino y sensible que es el general, coloca ante los ojos americanos el grave problema y las duras necesidades de Grecia. En su discurso del City Hall de Nueva York explica, en medio de un gran silencio, los sufrimientos y la desolación de la posguerra griega. A su regreso el Rey Jorge le nombra su chambelán y consejero militar.

OTRA VEZ EN CAMPAÑA

Grecia, a causa de su situación estratégica, parecida en muchos aspectos a la española, se convirtió después de la segunda guerra mundial en centro medular de una guerra oscura, de emboscada, entre el comunismo y las fuerzas occidentales. A fines de 1948 la cosa se agravó seriamente. Las partidas comunistas ocupaban las partes altas del país y creaban en éste, sin más, una situación bélica.

En junio del año siguiente, otra vez con las botas puestas, el general Papagos era nombrado comandante supremo de las Fuerzas Armadas griegas, incluidas en ellas las gendarmerías, pero con el gesto supremo de «tener máxima responsabilidad y manos libres». No quería que la política, la senda de la guerra civil de los bandos, le dejara inútil en mitad de la prueba. Las exigencias del general, entendiendo que se trataba efectivamente de una guerra auténtica, solicitaban también el derecho de la censura militar. El Parlamento aceptó. Pues-

ta en marcha la prueba, comenzaban a tener efectiva claridad sus palabras al general Van Fleet: «Guardad vuestros tanques de 20 toneladas...»

LAS GUERRILLAS COMUNISTAS DEL GENERAL MARKUS

La prueba que pasó Grecia con la guerra de hecho que significó la invasión de las guerrillas comunistas, fué muy dura. La nación estaba empobrecida y agotada. Sin embargo, el esfuerzo que se la exigía era muy grande. En julio de 1950, en unas declaraciones que efectuara el general al periódico «Embros» advertía la presencia de más de 14.000 comunistas armados venidos de las fronteras de los países satélites de Rusia. «El primer deber de Grecia, añadía, es el protegerse de la quinta columna».

Esta era la situación que encontraba ante sí Alejandro Papagos cuando dispuso todas sus fuerzas para la persecución del enemigo. Uno de sus primeros actos, el que define como entendía que la cosa no era broma, fué

la abolición del Consejo Supremo de Defensa para transformarlo, simplemente, en Consejo de Guerra «con autoridad sobre toda la vida de la nación». En un período brevísimo de tiempo, en golpes de mano impresionantes, consiguió paralizar la mayor parte de las operaciones de las partidas y, e nocturno de 1951, los comunistas griegos anunciaban el cese de las operaciones «para evitar la destrucción de Grecia». La guerra, la nueva victoria del general, se ofrecía directa y esforzadamente a la nación. Así debió comprenderlo el rey Pablo I (que había sucedido al Rey Jorge II en 1947) cuando en premio a esta nueva gloria le ofrecía el bastón de mariscal. Y para entender su significación hay que tener en cuenta que este grado no lo había alcanzado nunca ningún militar profesional del Ejército griego. El bastón se reservaba siempre a los miembros de la familia real. El general Markus desaparecía en la niebla. Un bastón de mariscal que nunca llevaron más que los príncipes de la sangre lo recibía un soldado de pulso firme.



Una manifestación de entusiastas de Papagos con pancartas en las que dicen «Mariscal, salva a Grecia», durante la última campaña electoral



Esta fotografía fué obtenida en una recepción ofrecida por el Presidente alemán, doctor Heuss, al mariscal Papagos y a su esposa, con quienes aparece conversando en la reciente visita que el jefe del Gobierno griego hizo a Alemania



El mariscal Papagos distribuyendo paquetes familiares de socorros americanos en una ceremonia simbólica

CONFLICTO EN PALACIO

El 30 de mayo de 1951 resignaba su puesto de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas con el pretexto de no encontrarse

bien de salud. La noticia cayó como una bomba no sólo en Grecia, sino en el mundo. El embajador norteamericano en Atenas, John E. Peurifoy, que se encontraba realizando una visita a su país, regresó inmediatamente.

Las noticias más absurdas circularon entonces por las plazas atenienses. Sin embargo, las noticias parecían concretarse en una sola: desacuerdo entre el Rey y el mariscal. ¿Causas

Al parecer, el mariscal, entonces con sesenta y ocho años, estaba en desacuerdo con la personalidad de algunos de los oficiales que rodeaban al Rey. Y el mariscal, firme como siempre en sus principios realistas, no transgía en ese otro terreno. El embajador americano intervenía para aplacar los ánimos. En las calles la gloria del mariscal estaba fuera de toda duda. Y tan cierta y asombrosa que parece, por su fuerza y potencia, la que se concede posteriormente a la vida. En aquellos momentos todo el pueblo recordó las victorias de Albania y las recientes y cercanas contra el comunismo. Papagos entraba de lleno en el marco de una popularidad que le arrastraba, lo quisiera o no, a la política.

El Rey, mientras tanto, se hacía cargo de la carga suprema del Ejército, pero creando, por motivos constitucionales, un delicoso problema a Venizelos, ya que el comandante supremo del Ejército depende del Ministerio de Defensa. La situación estaba

EDIPO ESTABA ALLI, ¡ERA UN MILAGRO!

Lea el poema de Manuel Rodero

EDIPO EN MERIDA

En el número 32 de POESIA ESPAÑOLA

así cuando el mariscal comienza a intervenir en la política.

UNA CAMARA INGOBERNABLE

Después de la guerra contra los comunistas, con las batallas del monte Grammos y del monte Vitsi, en las que se destruyó completamente el ejército que efectivamente existía detrás de las guerrillas de Markos, la nación quedó en un período político de enorme inestabilidad. La pacificación fué lenta. Millares de refugiados y de gentes procedentes de las zonas afectadas por las invasiones acudían a Atenas, ya sobrecargado con más de dos millones, impedían la normalización. Y en esos momentos, 5 de marzo de 1950, se celebraban las elecciones generales.

Se presentaron a ellas una verdadera y fantástica proliferación de partidos políticos de todos los colores que impedían, por su propio peso, cualquier clase de concentración nacional. La Cámara que salió de ellas resultó ingobernable. Los populistas de Tsaldaris llegaron a los 61 diputados; los liberales de Venizelos, a los 53; los progresistas del general Platsiras, a los 45; los socialdemócratas de Papandreu alcanzaron los 35. Y todavía una colección de partidos se dividieron los 56 asientos restantes.

EL «RASSEMBLEMENT» DE PAPAGOS

En ese equilibrio inestable que era la política griega, el mariscal se creyó en la necesidad de una intervención directa. En 1951 fundaba un partido político que recordaba, y en ello han coincidido todos los comentaristas, el «Rassemblement» del general De Gaulle. Este partido unitario, de carácter profundo, daba fusión a un pueblo ferocemente desunido. Esto, sin embargo, no quiere decir que fuera acogido por todos con agrado. Los políticos profesionales le recibieron con los dientes apretados. La maledicencia se cebó como pudo en sus defectos de formación, pero lo que era obvio era su éxito popular.

En agosto de 1951, el Rey Pablo disolvía el Parlamento por incapacidad física y funcional de dar al país un Gobierno duradero. Teniendo en cuenta, además, que la situación de Grecia era, sintomáticamente, alarmante: la economía estaba hundida.

En diecisiete meses el Gobierno había pasado por seis crisis ministeriales y había perdido todo prestigio. Los partidos, deslavazados y sin energía ninguna, se habían, a su vez, proliferado. Un diplomático escribía a su país: «Estamos en un verdadero caos político.»

En las elecciones que se celebraron el 9 de septiembre de 1951, la curiosidad internacional se centraba, como es lógico, sobre el partido unitario del mariscal Papagos. Varias naciones mandaron sus enviados personales para saber exactamente el rumbo que llevaba la política interior

griega, que sería decir tanto como su política exterior.

El resultado de las elecciones fueron las siguientes: el partido de Concentración Nacional del mariscal Papagos obtuvo 533.159 votos; la Unión Progresista de Plastiras, 364.371; el partido liberal de Venizelos, 301.417; el partido procomunista, E. D. A., 101.832; los socialdemócratas de Papandreu, 31.871; los agrarios, 22.599, y el partido socialista de Svoulos, 4.287.

A pesar de la victoria, el partido de Papagos sólo obtenía en la Cámara 115 asientos, sobre los 250 totales que, si bien le convertían en el bloque más poderoso y coherente, no le permitía gobernar con toda la eficacia y la energía necesaria. Por eso, cuando le llamó el Rey para formar Gobierno con los demás, esto es, con Plastiras y los liberales de Venizelos, el mariscal Papagos renunció a formar parte del Gobierno. El partido pasó así a ser el árbitro de la oposición.

LAS ELECCIONES QUE LE DIERON EL PODER

Quando se celebraron las elecciones generales del 16 de noviembre de 1952 la victoria del mariscal fué aplastante. La atmósfera de esa noche, en las calles de Atenas, era increíble. Las cifras pasaban a voz en grito por entre las gentes: «Victoria en Patras; avanzamos en el Peloponeso, el enemigo ha perdido Salónica. Victoria en Volos y Lesbos..., tenemos ya Atenas... combatimos todavía por el Pireo.» ¿Había alguna diferencia con el parte de una operación militar? Pero el éxito no estaba conseguido por la fuerza, sino que se lograba por la presión entera del pueblo. El mariscal Papagos obtuvo la victoria a pesar de no haberse concedido el derecho del voto a las mujeres y a los soldados. Estos últimos lo único que pudieron hacer fué recordar que, el mariscal, estuvo con ellos en la victoria de Albania y en la retirada de Asia. A la hora de las verdes y de las maduras.

EL «AÑO ALFA»

Con el triunfo del mariscal Papagos, que le convirtió en jefe del Gobierno griego, se ha abierto un nuevo y sorprendente capítulo de la historia de Grecia y del Mediterráneo. Cuando los periodistas rodearon esa misma noche al mariscal confirmaba éste con sus palabras la impresión general: «no se trata de celebrar fiestas, sino de ponerse a la obra. Una era de austeridad comenzaba.

Después de dos años de Gobierno, el mariscal Papagos y sus colaboradores pueden enorgullecerse de haber puesto en orden al país que, se puede decir, había perdido contacto con la paz después de varios siglos de calamidades y guerras inacabables. Alguien ha dicho que Grecia concibe en el año 1954, su «año alfa».

En el entretanto han cambiado muchas de las agrias costumbres griegas. Nada más hacerse cargo de la Presidencia, su primer gesto fué la persecución de todos los traficantes y negociantes sucios que pululaban por los ministe-

rios. Antes de él, en efecto, las grandes oficinas de la avenida Zolokosta y de la Reina Sofía recordaban más a un «souk» levantino que el aspecto que debe tener un despacho ministerial. «A toda hora, por los salones de sus excelencias circulaba una verdadera invasión de gentes que campaban por sus respetos, fumaban, bebían, pedían café y grandes vasos de agua y discutían a voces.»

UN HOMBRE DE CHAQUETA BLANCA Y GAFAS NEGRAS

El mariscal ha cerrado la puerta a los inoportunos y ha invitado a sus colaboradores a hacer lo mismo. Y todas las mañanas, a las nueve, un coche se detiene ante el peristilo de mármol del palacio. Un civil, vestido con una chaqueta blanca cruzada, se apea del coche y saluda con un leve movimiento del sombrero a la guardia, se quita sus clásicas y famosas gafas negras y sube ligeramente las escaleras para ir a su despacho. Allí permanece, invariablemente, este soldado condecorado por todas las naciones europeas hasta las ríos de la tarde, hora en que se retira a Ekali, una aldea perdida a 25 kilómetros de Atenas, donde el mariscal tiene una casa de campo entre los pinos...

El mariscal suele dialogar con sus compatriotas cuando va de viaje. Es un hombre de una talla media, y con un aire enormemente cultivado. Acostumbra a hablar con gestos de gran precisión: la mano derecha extendida y razonadora, mientras, la mano izquierda sostiene, con hábito militar el sombrero blanco que lleva, como único adorno, una leve cinta de seda oscura. Viste sencil-



Alejandro Papagos, mariscal de campo y primer ministro de Grecia

llamente, las más de las veces la chaqueta blanca, cruzada y pantalones grises. Tiene una cabeza enormemente expresiva, aunque se oculte, en parte, la vivacidad de los ojos con las anchas gafas negras. La impresión que produce es la del diplomático. Sólo su imperiosa firmeza, la velocidad tremenda de sus decisiones, anuncian al hombre de acción. Su honestidad es de tal modo firme y vinculada a la tradición de su propio país, que nadie se atreve a hacerle el menor reproche que afecte al honor. Este soldado navega entre aguas claras.

Enrique RUIZ GARCIA

AMERICANAS *de Sport*



Las nuevas colecciones están realizadas con la más cuidada y minuciosa labor artesana, ajustándose exactamente a la moderna línea —hombros recogidos, tres botones, delanteros con caídas más marcadas—, y sus tonalidades están logradas con las mezclas que en los telares se denominan de color «impropio».

395,
495 y
575 ptas.

Para combinar, Pantalones en magnífica Franela y Melton, en toda la gama de grises.

PLANTA TERCERA
ENVIOS POR CORREO

El Corte Inglés

DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO

"DE FUTBOL NO SABE NADIE NADA"

SE ESPERA CON INTERES
LA PROXIMA APARICION DEL
LIBRO ANUNCIADO
POR SANCHO DAVILA

"La mejor táctica es la raza"

"DE VUELTA A CASA" ES UNA EXPOSICION
OBJETIVA DE LO OCURRIDO DURANTE UNA
BORRASCOSA EPOCA DE FUTBOL NACIONAL

La F. I. F. A. y sus métodos, al descubierto

"MIRO hacia atrás; mejor, cierro los ojos y más que recordar, escucho, y veo junto a mí a los que fueron nuevos hombres, nuevos escenarios y nuevos problemas.»

Estas son palabras del prólogo del libro «De vuelta a casa», que Sancho Dávila, presidente que fué de la Federación Española de Fútbol, va a publicar dentro de unos días.

Sancho Dávila ha ocupado, al frente del organismo rector del fútbol nacional, dos años. Tiempo, puede decirse, con dos mitades distintas totalmente la una de la otra. Primero, la época Escartín; segundo, la época Iribarren. Ha sido el mandato de Sancho Dávila uno de los más discutidos en el reciente fútbol nacional. Sancho Dávila, con este libro sensacional, va a descubrir muchas cosas. No es, como

nos dirá él mismo más tarde, una defensa personal y particularísima de su presidencia; es, sencillamente, un relato, un reportaje si se quiere, minucioso, detallado y preciso, de todos y cada uno de los sucesos y de los hechos que fueron por él directamente presenciados. Estos son, por ejemplo, el caso Kubala-Oliva, el caso Di Stéfano, los partidos contra la Argentina, el actuar solapado de la F. I. F. A., la comparación Escartín-Iribarren y, como remate, «lo de Turquía». A lo largo de sus páginas van apareciendo, cronológicamente, los personajes de nuestro fútbol que actuaron en aquellas circunstancias. Y sus acciones se nos presentan bajo la pluma de Sancho Dávila, el que un día fuera su jefe, sin un mínimo velo de falsedad, tal como ocurrieron, para que la historia balompédica, integrada en la enorme masa de



«El organismo de la F. I. F. A. está muy influenciado por la política», afirma Sancho Dávila

la afición, los juzgue definitivamente. Entonces cada cosa y cada caso estará en su sitio, en el que verdaderamente les corresponda. Y sólo entonces podrá decirse si alguien tuvo la culpa de aquello; si es, por otra parte, que hubo culpa.

**«HABIA QUE RENOVAR
TOTALMENTE EL EQUI-
PO NACIONAL»**

Habla ahora, antes de las palabras escritas, Sancho Dávila. Y sus palabras fonéticas, como su historial humano —un historial lleno de valores personales— son rotundas, claras y certeras.

BARRA.—¿Qué se propone usted con este libro?

SANCHO DAVILA.—Hacer la historia de esos dos años, expuesta en una especie de guión cinematográfico. El libro recoge tres facetas principales: lo anecdótico, la exposición de los problemas fundamentales que encontré planteados o que se plantearon durante mi presidencia y poner a la F. I. F. A. al descubierto por la falta de seriedad en sus decisiones, uso de métodos antiguos y fallo de Barassi, su representante en Roma.

DELEYTO.—¿En qué consistió el fallo de Barassi?

SANCHO DAVILA.—Barassi demostró siempre su poca amistad a la Federación Española. Ejemplo de ello es que quiso interrumpir la celebración de la Copa Latina y sustituirla por la Copa Mediterráneo, sin dar entrada a España en esta competición.



Nuestros redactores Deleyto y Barra anotando las declaraciones del ex presidente de la Federación Española de Fútbol

BARRA.—¿Y qué causas justifican la actitud del señor Barassi?

SANCHO DAVILA.—El orgánico de la F. I. F. A. está muy influenciado por la política. Además, Barassi guardó siempre rencor a España, ya que nosotros no le votamos para el cargo que desempeñaba.

DELEYTO.—¿Puede considerarse el libro de usted una defensa personal?

SANCHO DAVILA.—«De vuelta a casa» no es, ni mucho menos, una justificación mía, ya que la justificación la debo únicamente al mando. Es simplemente, como ya he dicho, una exposición de lo ocurrido durante aquella época, borrascosa del fútbol español, con problemas, a mi llegada, importantes y de solución difícil.

DELEYTO.—¿Cuál era lo más importante con que se encontró usted en la Federación Nacional?

SANCHO DAVILA.—El equipo nacional fué el problema principal: estaba quemado. Había que renovarlo por completo. De los hombres que fueron a Río, sólo dos o tres estuvieron en condiciones de alinearse contra Argentina.

(Un nuevo personaje entra en escena: es el libro mismo de Sancho Dávila, el que abiertas sus páginas va soltando las palabras:)

«La Prensa, un día, dió la noticia cierta de mi nombramiento. Sentí temor de mí mismo; pero me llenó de orgullo la confianza que en mí depositaban. La verdad es que en ningún momento tuve la menor apetencia de aquella entrega que se me hacía. Comprendí que mi nombramiento podría suscitar el veto de los "enterados".»

BARRA.—¿Quería entonces usted ser presidente de la Federación Española de Fútbol?

SANCHO DAVILA.—Yo fuí designado para el cargo y lo acepté como aceptaría cualquier otro puesto de servicio al que se me llame.

DELEYTO.—¿Era usted muy aficionado al fútbol?

SANCHO DAVILA.—Yo, a todo deporte siempre; sin embargo, he conocido el fútbol lo bastante para servirle lealmente los dos años.

«Sí, diré con toda sinceridad que confesé algo que me enorgullece; que mi vinculación con el deporte viene por antiguos y clásicos caminos: los toros y los caballos, por los que toda mi vida he sentido pasión.»

Ahora Sancho Dávila no habla de fútbol. Habla de caballos y de toros. Alto, ancho de espaldas, de perfiles decididos, la figura de Sancho Dávila, si no estuviese en esta su casa de Madrid, podría enmarcarse en un cortijo luminoso de Jerez. De ese Jerez gaditano del que él, sin disimulado orgullo, confiesa que es bodeguero. No un bodeguero de publicitario nombre y de estipulados concursos radiofónicos, sino un bodeguero de íntima estancia, de recatada cosecha y de generoso obsequio. Generoso, más que nada, sea, quizá, la leyenda

que pudiera llevar un escudo—si en el fútbol los hubiera personales— para él. Porque los dos años de su mandato han estado presididos por una marca de generosidad y de entrega definitivas hacia un puesto—el más impopular cuando hay derrotas— olvidado cuando hay triunfos a repartir.

LA ELECCION Y EL FRACASO DE IRIBARREN

De los toros y de los caballos volvemos al fútbol.

BARRA.—¿Defendió usted la candidatura de Iribarren para el cargo de seleccionador nacional?

SANCHO DAVILA.—Yo fui quien lo propuso y quien lo nombró.

(El libro nuevamente interviene con su callada palabra):

«Hace muchos años que conocí a Luis Iribarren. Sabía que reunía buenas cualidades. Antiguo jugador «amateur», aficionado de toda su vida, siempre siguió de cerca las incidencias del fútbol: su pasión deportiva favorita. Creo que no hay mejor combinado que fundir lo nuevo con lo antiguo, la ilusión del que llegue con la experiencia del veterano. Tuve sólo un pecado: mi ingenuidad. Me olvidé de que soy andaluz. Le di posesión de un cargo en martes y 13. Puesto a echarle la culpa a alguien, prefiero que recaiga sobre mí la banalidad de las supersticiones.»

(Ahora Sancho Dávila se ratifica):

BARRA.—¿Por qué lo eligió usted?

SANCHO DAVILA.—Creía que sería favorable para el desarrollo del fútbol español inyectarle savia nueva con experiencia vieja. ¿Por qué el aficionado no puede ocupar puestos directivos en el fútbol nacional? Era, en definitiva, incorporar al hombre de la grada en la marcha del fútbol español.

DELEYTO.—¿Cree usted que fracasó Iribarren?

SANCHO DAVILA.—Yo creo que fracasó un sistema, cual es ser el fútbol hoy un espectáculo tan amplio que lleva anejo el defecto de que el equipo nacional no podrá nunca ser bien seleccionado.

BARRA.—¿Qué pasó en Turquía?

SANCHO DAVILA.—Siempre advertí que el partido de Turquía sería muy disputado e incluso hice declaraciones en las que hacía notar la posibilidad de un tanteo adverso. En primer lugar, el campo no reunía condiciones para el juego y oportunamente protestamos para que el partido no se celebrara en él. De cualquier forma, yo creo que se perdió porque los jugadores no fueron al choque. Por otra parte, la Prensa había expresado su conformidad con el equipo formado. Se dijo en un periódico: «No hay más cera que la que arde». La crítica, pues, se mostró totalmente partidaria de la selección designada.

DELEYTO.—¿Es cierto que los componentes del equipo español

no se sometieron a una disciplina en las horas anteriores al partido de Estambul?

SANCHO DAVILA.—Yo conozco a los jugadores y creo que son incapaces de hacer una felonía de ese tamaño.

(Es el libro el que habla ahora:)

«Kubala no juega en Roma, pues si tal hubiera hecho y el resultado hubiera sido favorable a España, nos hubiesen eliminado por contravenir el telegrama.»

(Y Kubala, por motivo imperioso, surge en el diálogo.)

BARRA.—¿Cómo explica el veto puesto a la alineación de Kubala?

SANCHO DAVILA.—Este jugador fué alineado en un principio porque todos nosotros creímos que estábamos en el derecho de hacerlo. Luego Barassi, en Roma, me entregó, en mano, el famoso telegrama en el que se nos advertía que en el caso de victoria se consideraría la alineación de Kubala como indebida. ¿Qué presidente de Club no hubiera hecho lo que nosotros ante un caso semejante?

BARRA.—¿Influyeron los arbitrajes en los resultados de los encuentros?

SANCHO DAVILA.—En el extranjero se permiten jugadas que el público español protesta ruidosamente. Yo creo que se debía abrir la mano en este aspecto y dejar al fútbol la manifestación que tiene de choque viril, pero noble, entre dos contrarios. El público, también, no debería abuchear a los jugadores cuando salen los tiros altos o por el lado de la portería, puesto esto desanima y desmoraliza al delantero, que en muchas ocasiones rehuye la jugada decisiva por temor al fallo.

DELEYTO.—Se ha dicho que no favoreció a España el celebrar el partido de desempate a los ocho días de la derrota de Turquía. ¿Hubo alguna posibilidad de aplazar el encuentro?

SANCHO DAVILA.—Estaba todo estipulado en el sentido de que había que jugar el desempate a los ocho días en Roma. No estuvo, pues, en nuestras manos ir en contra de lo reglamentado. Desde el momento en que nos comprometimos a participar en el Campeonato del mundo nos comprometíamos también a sujetar nuestra actuación al Reglamento del mismo.

DELEYTO.—Si se hubiera ganado a Turquía, ¿qué papel hubiera hecho el equipo español de fútbol en Suiza?

SANCHO DAVILA.—Nosotros no teníamos nada que hacer en Suiza.

DELEYTO.—¿Por qué?

SANCHO DAVILA.—El fútbol extranjero ha subido mucho de nivel. Este deporte se ha expandido mucho, la crítica en superior y se han dado orientaciones nuevas en los estilos de juego. El fútbol es el deporte más fácil de hacer y el que más atrae a la juventud.

BARRA.—¿Influyó usted en la labor del señor Iribarren como seleccionador?

SANCHO DAVILA.—¡Dios me libre! Para nada en absoluto.

DELEYTO.—Se ha dicho que

la exclusión de Miguel del equipo que jugó en Roma, fué debida a una decisión de usted.

SANCHO DAVILA.—El seleccionador me dió en el hotel la lista de los que habrían de saltar al terreno de juego, y entre estos últimos no se encontraba Miguel.

DELEYTO.—¿Qué opina de las tácticas?

SANCHO DAVILA.—La mejor táctica es la raza.

Sancho Dávila, con esta respuesta, se ha definido. Y su definición, traspasando lo meramente externo cual es el fútbol, penetra en lo más profundo, en lo más íntimo de su personalidad. Porque Sancho Dávila entronca y ejecuta, a lo largo y a lo ancho de su recta y limpia vida, las mejores virtudes de la raza, de esa raza que es suya y nuestra y que tiene por patronímico un viejo sustantivo histórico: lo hispano.

LAS ACTUALES COMISIONES ECONOMICAS Y EL PROFESIONALISMO EN TERCERA DIVISION

Turquia no es el libro. Turquía es un episodio más entre los muchos que en «De vuelta a casa» aparecen. Así tenemos, por ejemplo, el caso Di Stéfano, cuando el argentino se lo disputaban el Madrid y el Barcelona.

DELEYTO.—¿Qué le pareció el acuerdo de que Di Stéfano jugase dos temporadas en el Madrid y otras dos en el Barcelona?

SANCHO DAVILA.—Yo no admití nunca aquel descabellado acuerdo de que Di Stéfano jugase en el Madrid y en el Barcelona. En aquel asunto intervinó el señor Muñoz Calero, puesto que yo estaba fuera. A mi regreso hice ver al señor Muñoz Calero y al entonces presidente del Barcelona, don Enrique Martí, lo antideportivo del trato. Es más, auguré al señor Martí que tal asunto le costaría la presidencia del Barcelona, como así sucedió. Luego, el Madrid acertó más en la diana.

De estos dos años es también el acason de otro hombre: Escartín. Y el nombre del seleccionador español que instituyó una época surge ante nosotros.

BARRA.—¿Qué causas determinaron la sustitución de Escartín?

(En las páginas de «De vuelta a casa» está la respuesta.)

«La campaña contra el "pizarrismo" por días ganaba la partida. Parecía a veces—de tal manera lo escribían—que Escartín era el hombre abominable de las nieves. No acepté su dimisión en seguida por dos razones: la primera y principal porque, indiscutiblemente, parte de la ofensiva tenía un carácter de enemistades personales, al margen del deporte. La otra, porque me hubiera remordido la conciencia echar a las afueras—las había como elefantes—un hombre que había sido leal al cargo y a la Federación.»



El autor de «De vuelta a casa» escucha atentamente las opiniones de sus hijos

BARRA.—¿Tiene el fútbol español los mismos problemas hoy que cuando usted estaba de presidente de la Federación?

SANCHO DAVILA.—Ahora se han buscado otros.

Los problemas del fútbol nacional, los temas de discusión y los acuerdos de los organismos rectores del mismo, están tan al día que es ocioso enumerarlos. Todo el mundo los conoce y todo el mundo habla de ellos. Y nosotros también.

DELEYTO.—¿Qué opina usted de la reciente constitución de las Comisiones Económicas?

SANCHO DAVILA.—A esta disposición le ha faltado un pequeño detalle. Los Estatutos de la Delegación Nacional de Deportes ordenan, para la Federación Española de Fútbol, la celebración de un pleno anual por lo menos. Durante mi período de presidente se celebraron tres: dos reglamentarios y uno extraordinario. Pues bien: el funcionamiento de las Comisiones Económicas se ha dispuesto sin consultar con el Pleno de la Federación. Si a mí se me hubiera ocurrido la creación de tales organismos económicos no me hubiera faltado este pequeño detalle reglamentario.

BARRA.—¿Usted cree que este acuerdo si se hubiera planteado ante un Pleno de la Federación hubiera sido aceptado?

SANCHO DAVILA.—El Pleno no lo hubiera aceptado.

DELEYTO.—¿Es beneficiosa la supresión del profesionalismo en Tercera División?

SANCHO DAVILA.—Una vez M. Rimet, a quien yo hablaba un día en Helsinki de mi preocupación por el excesivo profesionalismo en el fútbol me dijo: «Sancho, prefiero este peligro a un amateurismo camuflado».

BARRA.—¿Cuál fué su obra predilecta durante su permanencia en la Federación?

SANCHO DAVILA.—Yo ayudé con todos los medios posibles a la construcción y mejora de campos modestos, y logré dedicar

a estos fines varios millones de pesetas.

BARRA.—¿Y se ha seguido esta línea por la nueva Federación?

SANCHO DAVILA.—Hoy no se sigue ayudando a los campos modestos en las proporciones que yo lo hice. Es posible que esto sea momentáneo debido a la falta de partidos internacionales, principal fuente de los ingresos fedrativos.

Sancho Dávila dice estas últimas palabras con cierta amargura. El siempre ha sido un amante de la juventud y sobre todo de la juventud que empieza. En los campos modestos está la eterna semilla del fútbol nacional. Una semilla que, por encima de las tácticas, de las técnicas y de los jugadores importados, no debe perderse. Sancho Dávila se ha quedado callado y se ha mirado, inconscientemente quizá, sus manos vacías. Y por su mirada horizontal de caballero andaluz ha pasado, imperceptiblemente, una sombra de tristeza.

«MUCHOS PARTIDOS INTERNACIONALES, AUNQUE SE PIERDAN»

Hablando de fútbol podría estarse una vida entera. Siempre hay tema nuevo, porque la renovación surge cada domingo, aunque la esencia sea la misma. Pero hay también cuestiones que afectan al fútbol como deporte puro, como deporte sin espectáculo. Es la formación atlética de sus hombres; más aún, la formación atlética de toda una generación.

DELEYTO.—¿A qué se debe la falta de atletas y de atletismo en España?

SANCHO DAVILA.—El atletismo es una cosa que sale de la raza y el español no siente predisposición ni afición a este deporte. Luego está el aspecto económico: hacer atletismo es mucho más caro que darle patadas a una pelota de trapo.

El fútbol llega otra vez a ser tema, como llegan las fechas inexorables de los calendarios. A



Sancho Rávila saborea una copa de jerez después de brindar por el éxito de su libro

Sancho Dávila le gusta hablar de fútbol. Dos años viviéndolo día a día, minuto a minuto, han dejado su huella.

BARRA. — ¿Cree usted favorable para el fútbol español que se celebren muchos partidos internacionales en la temporada?

SANCHO DAVILA. — Yo creo que sí, incluso para perderlos.

(Como trasfondo, por última vez, el personaje impreso sustituye al personaje humano:)

«Reconocía que era justa la indignación. Y hasta me parecía lógico que, en aque-

lla ocasión, fuera insuficiente la dimisión del seleccionador, costumbre que, por lo visto, se ha hecho ley cuando las cosas marchan a contrapelo. Bien que piáisen más cabezas visibles. Bien que nadie recordara entonces mi incompetencia técnica, ni la independencia que otorgué en materia de selección de jugadores. Sereno, tranquilo en mis reflexiones, ¿por qué había de levantarse una voz haciendo resaltar mis servicios, mi historia y mi desinteresada

devoción durante dos años al fútbol? Muchas veces se ha dicho y se ha escrito el tópico veraz: "Así es la vida". Yo pensé: "Así hay que tomarlo". Gracias a Dios, somos españoles: La cosa más sería que se puede ser.»

DELEYTO.—¿Perder un partido internacional es una tragedia nacional?

SANCHO DAVILA. — Es una pena nacional; vamos a dejarlo en eso.

A los tres nos hubiera gustado poner aquí, entero, el libro que va a publicarse. Un libro que, como su autor dice, «contribuirá a hacer ruido y a mantener ese estado de pasión que es fundamental en el fútbol como espectáculo». Pero el libro, cual si de la hora de empezar un partido se tratase, pronto estará en juego. Un juego duro y de empuje, un juego sin volver la cara como la nitida manera de entender la vida de su autor. De un autor que llegó a un puesto directivo del fútbol nacional «porque le llamaron». Y allí estuvo dos años: sirviéndole, con espíritu de disciplina y de sacrificio. Quizá por ello no haya más remedio que preguntar, minutos antes del final, lo último, lo que si no hubiéramos inquirido parecería como que faltase alguna pieza a una máquina o, más sencillamente, algunos minutos a un partido.

—¿Aprendió usted mucho de fútbol durante los dos años que ejerció la presidencia de la Federación Española de Fútbol?

Por las escaleras, como despedida, resuenan las palabras de su respuesta:

—De fútbol no sabe nadie nada.

(Fotografías de Mora.)

Señora:
He aquí su
media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio...
nada caro!

Vilma
KNIT OF DUPONT NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

Delineante
MECANICO Y
CONSTRUCCION

Cursos por correspondencia

ASIGNATURAS

Que se estudian en estos
Cursos: Teoría del Dibujo,
Técnica del Dibujo, Perspectiva, Rotulación, Elementos de Construcción,
Elementos de Máquinas, Cálculos de Taller, Geometría, Arquitectura
y Práctica de Dibujo.

GRATIS

Entregamos Compás, Bigotera, Tiralíneas,
Juego Escuadras, Plantilla Curvas, Cargador
automático y hasta 17 piezas de dibujo a
todos los Alumnos que siguen estos Cursos.

OTROS CURSOS: APAREJADOR, TÉCNICO DE LA CONSTRUCCIÓN, TOPO-
GRAFO, HORMIGÓN ARMADO, DECORACION, TECNICO MECANICO.

CEAC Depto. 366 Apartado Correos 1140 - BARCELONA

SOLICITE FOLLETOS GRATIS

CENTRALES TERMICAS CONTRA AÑOS SECOS



Vista de la fachada norte de la central térmica de Escatrón. En primer término una de las balsas de carbón

SE TRABAJA ACTIVAMENTE PARA AMPLIAR EL MARGEN DE RESERVA DE ENERGIA ELECTRICA

MEDIO MILLON DE KILOVATIOS FUTUROS EN NUEVAS INSTALACIONES

La demanda aumenta continuamente

La época más crítica para el suministro de energía eléctrica no la constituye el verano, como pudiera creerse a primera vista, sino el otoño. Y sucede esto porque si el verano ha sido extremadamente seco o las precipitaciones acuosas ocurridas durante él han carecido de profundidad o no han empezado, en el otoño las normales y fuertes lluvias propias de esta última estación, los embalses, que proporcionan energía hidroeléctrica, están prácticamente vacíos, y los suministros de electricidad que solicita la demanda establecida no pueden ser atendidos.

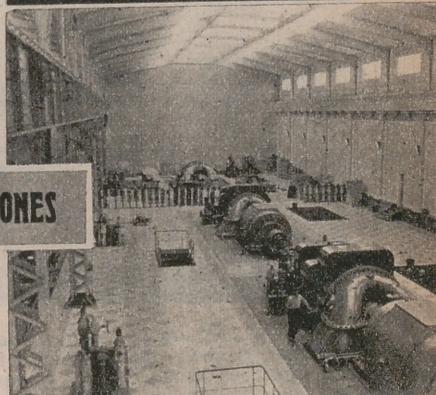
Por ello, en este año de 1954, al veraneante del Norte y de algunas zonas de Levante que ha sufrido las inclemencias de un continuado verano frío y lluvioso le resulta difícil aceptar la afirmación de que para la electricidad las condiciones meteorológicas han sido desfavorables. Y considerando el conjunto de la Península ha ocurrido así por cuanto las lluvias norteañas han carecido de profundidad y han alcanzado solamente los saltos muy cercanos a la costa, que son los menos potentes y, en cambio, en la meseta y en el Sur, el verano ha sido extremadamente seco.

En otras zonas también, y por desgracia, especialmente en las cabeceras del Tajo y Júcar, han

faltado las lluvias no solamente durante los meses de verano —normalmente secos—, sino que aun en el invierno han sido tan escasas las precipitaciones que los grandes embalses construidos en dichos ríos hayan empezado el verano vacíos en casi su total capacidad. Hoy el embalse de Alarcón está seco, pues solamente tiene almacenado el 0,3 por 1.000 de su cabida, consecuencia, por otra parte, de que el máximo alcanzado durante el año 1954 fué solamente el 5 por 100 de su capacidad total.

AUMENTA CONTINUAMENTE LA DEMANDA DE ELECTRICIDAD

Esta carencia de lluvias en las zonas citadas es la que ha creado la difícil situación por la que se ha atravesado estos últimos meses en el Centro, Norte, Noroeste, Cataluña y Levante, zonas entre sí interconectadas. Contra estos fallos, que pudiéramos llamar de la Naturaleza—fallos pre-
visibles, no obstante, en un país de tan irregular régimen de lluvias—hay que disponer de un margen de reserva entre la posible producción y la demanda de energía eléctrica. Sucede, sin embargo, que, por razones de la creciente industrialización que se está llevando a cabo en España, tendente a la elevación del nivel de vida de nuestro país, con

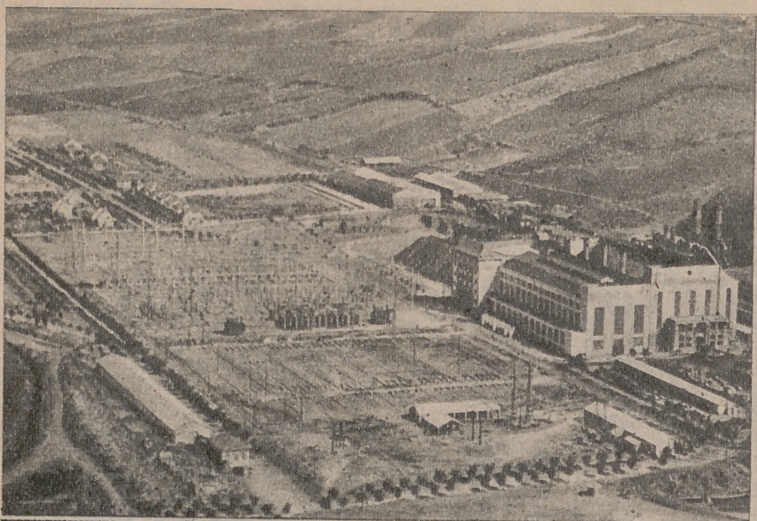


Sala de máquinas de la central de Escatrón. Dispone de dos grupos de 25.000 kilovatios en funcionamiento. Se está montando un tercer grupo de 60.000 kilovatios

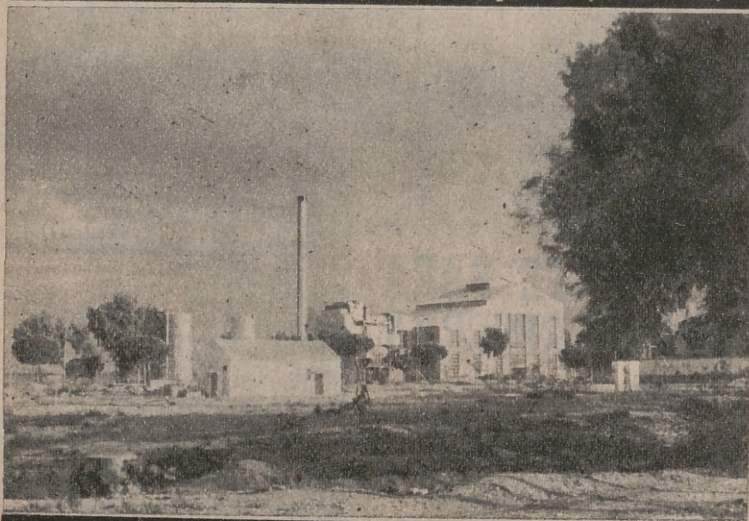
un acertado y vigoroso sentido de la cuestión, el margen de reserva disponible es pequeño. Las instalaciones capaces de producir energía eléctrica, sobre todo las de carácter hidráulico, son de construcción lenta dadas las naturales y gigantescas características de las mismas. El margen de reserva disponible es mejor hoy que lo era en 1951 y en 1952, y, sin embargo, en dichos años no hubo problema de energía eléctrica porque uno fué húmedo y otro normal.

Si el año es seco en conjunto, la situación se hace difícil, y aun cuando la escasez de lluvias sólo afecta a una zona, si ésta es importante o la sequía muy intensa, como ocurre en el caso de las cuencas del Júcar y del Tajo, el país entero se resiente, por cuanto es preciso suplir con energía de otras zonas el déficit de la zona seca.

Tres soluciones pueden acep-



Panorámica de la central térmica de Compostilla (Ponferrada)



La nueva central térmica de Huelva

tarse: la primera, transvasar la energía, es decir, interconectar las distintas zonas entre sí y ceder electricidad las zonas en las que se produzca mayor cantidad de energía a aquellas otras carentes, por las causas que sean, de la misma. Este sistema ya se ha puesto en práctica por el Ministerio de Industria y se ha conseguido con ello un equilibrio dentro de lo que las condiciones técnicas lo permiten entre la demanda de las distintas zonas y la producción de las demás.

Otra solución a la que va en caminado el Plan Nacional de Electricidad es la construcción y ampliación del número y potencia de las centrales hidroeléctricas. Y la tercera, orientada especialmente hacia los años extremadamente secos, es la inauguración y construcción de centrales térmicas, las cuales no están en modo alguno, naturalmente, influenciadas por la sequía.

UNA CENTRAL DENTRO DE UN BARCO

Desde hace varios años se trabaja activamente en ampliar el margen de reserva. El I. N. I. ha tomado parte muy activa en la construcción de centrales térmicas, poniendo en servicio desde 1949 las cuatro potentes ins-

talaciones de Escatrón, Compostilla, Puertollano y Puente de García Rodríguez. Ha instalado también diez centrales móviles de potencia media repartidas en varias zonas, y recientemente ha puesto en servicio una central flotante en Cartagena de 9.000 kilovatios y otra termina en Huelva de 7.500 kilovatios, que desde el mes de septiembre aporta su energía a la red andaluza.

Lo más extraño en un grado de fantasía es ver una central productora de electricidad sobre el agua. Cualquier aficionado a la metáfora diría que es un barco que se mueve. «Nuestra Señora de la Luz» tiene por nombre el barco anclado junto al muelle cartagenero. Dos chimeneas como de fábrica van delante de la nave. Y en la popa, una alta torre metálica enlaza la gran tripa del barco —donde se ges-

ta la energía—con la tierra firme en donde se consume. Del mar hacia la tierra la luz. Como el nombre simbólico del barco.

CENTRALES TÉRMICAS CONTRA AÑOS SECOS

Gracias a todo el gran conjunto de centrales térmicas—fijas, móviles y flotantes—ha sido posible facilitar energía a zonas estratégicamente económicas que, carentes de electricidad por la sequía, necesitaban imprescindiblemente, por su carácter industrial, sanitario, etc., de la misma.

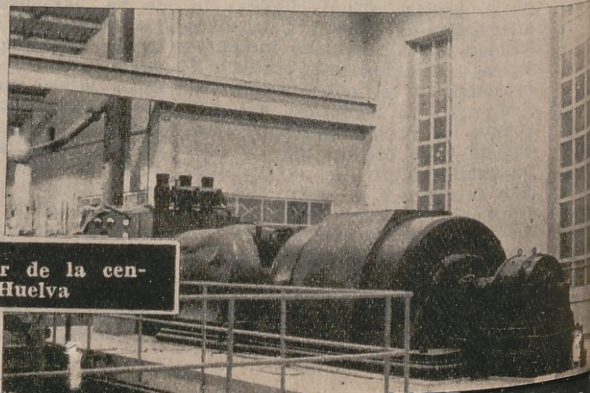
Los avances en la producción de energía térmica han sido muy importantes, como muestran las cifras de producción. Así, en los nueve primeros meses de los años 1952, 1953 y 1954, se produjeron, respectivamente, 879 millones, 1.251 millones y 1.418 millones de kilovatios hora de energía eléctrica de origen térmico. Y en la semana del 15 al 21 de septiembre de los tres mismos años, la producción térmica media diaria ha sido de 4,70 millones, 7,09 millones y 8,63 millones de kilovatios hora.

Estas cifras, mejor que cualquier otra aseveración, indican de manera rotunda y definitiva el esfuerzo y el servicio inmejorales prestados por las centrales térmicas a la industria y alumbrado nacionales.

Pero el objetivo no está cubierto todavía. La demanda crece cada vez más y hay, por tanto, necesidad justificada de nuevas construcciones. El ciclo de inauguración y puesta en marcha de nuevas centrales térmicas no se ha detenido. En los primeros días de septiembre último se ha puesto en servicio en la central de Compostilla un turbo-grupo de 57.000 kilovatios, con lo que esta central está produciendo ya del orden de los dos millones de kilovatios hora por día, con una potencia total instalada de 107.000 kilovatios.

En Escatrón se está instalando muy activamente el tercer grupo, con potencia de 60.000 kilovatios, con lo que esta central alcanzará una potencia total instalada de 110.000 kilovatios y podrá producir dentro de pocos meses cerca de los dos millones y medio de kilovatios hora día, doblando la producción actual.

Este conjunto de cifras quiere decir, ni más ni menos, que quizá para el próximo año, tal vez para el siguiente, las centrales térmicas cubrirán los riesgos de la presentación del año seco. No ha de resaltarse, pues, la importancia de las térmicas dentro del sistema eléctrico español y, más aún, dentro de toda la economía nacional.



Turboalternador de la central de Huelva

MEDIO MILLON DE KILOVATIOS FUTUROS EN NUEVAS INSTALACIONES TERMICAS

Como la demanda de energía eléctrica es una función creciente—de gran altura y de gran velocidad—, el Plan Nacional de Electricidad tiene previsto el montaje, a más largo plazo, de nuevas y potentes centrales térmicas que mantengan su beneficioso efecto sobre la industria española.

En la actualidad están ya contratados los grupos siguientes:

Ampliación de	Kv.
Lada: nuevo grupo de.	50.000
Guadaira: nuevo grupo.	37.500
Escatrón: nuevo grupo.	60.000
Burceña: nuevo grupo.	60.000
Central de Cartagena: dos nuevos grupos...	120.000
Total	327.500

Y en trámite inmediato de contratación se encuentran los siguientes grupos:

Central de	Kv.
Málaga	30.000
Cádiz	30.000
Almería	30.000
Barcelona	60.000
Palma de Mallorca ...	15.000
Ceuta	7.500
Total	172.500

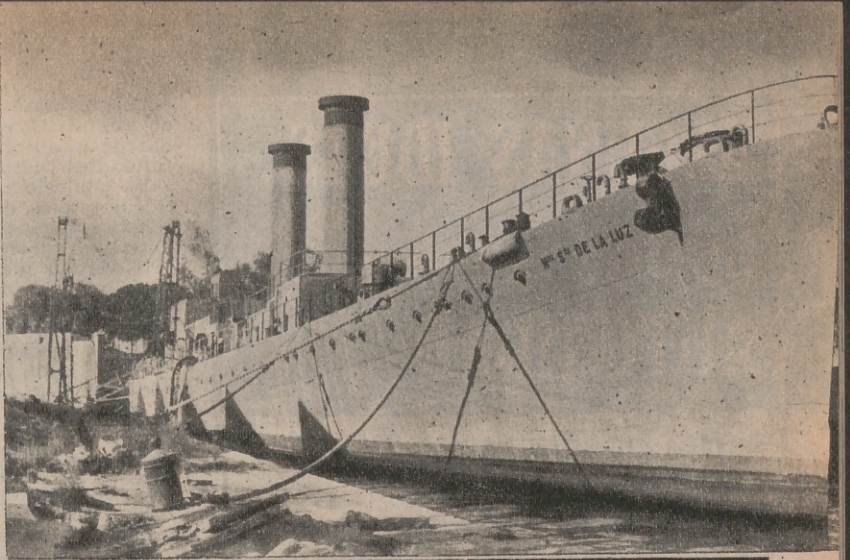
Esto hace un total de medio millón de kilovatios de nuevas centrales o ampliaciones que pueden entrar en servicio en los próximos tres años y que en los años difíciles podrán producir hasta 2.500 millones de kilovatios hora por año, cifra que equivale aproximadamente a un 25 por 100 del total de la producción del país y que permite esperar fundadamente que en años próximos se pueda evitar de una manera tajante y total la angustia a que nos lleva la contingencia de que el año sea seco.

NUEVAS GRANDES LINEAS DE ALTA TENSION

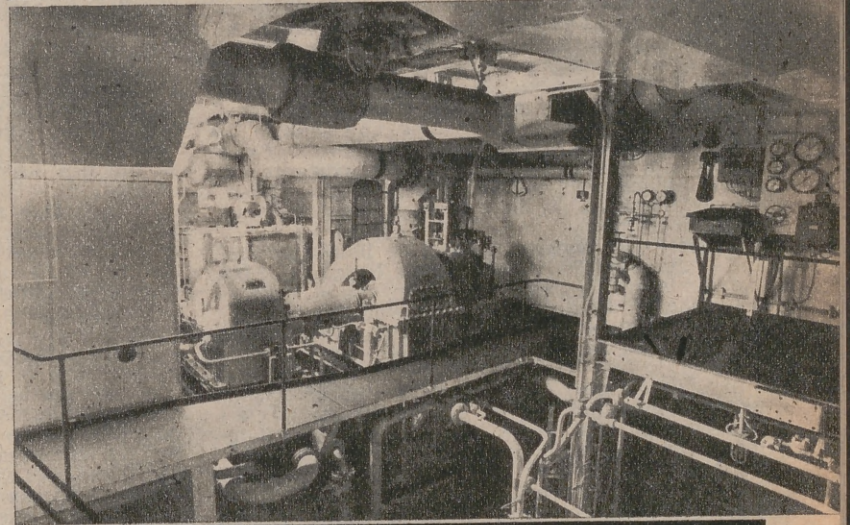
En los últimos meses se ha realizado un gran esfuerzo para mejorar el servicio de la zona Centro a base de poder aportar energía hidroeléctrica del Noroeste y también la térmica producida en las centrales de Compostilla (Ponferrada) o del norte de España. Elemento importante es la nueva línea construida por Saltos del Sil y que ha enlazado la subestación La Mudarra, de la Empresa Nacional de Electricidad en Valladolid, con Madrid.

Esta línea que actualmente funciona a 132.000 voltios será puesta en servicio a 220.000 voltios dentro de algunos meses, con lo que el servicio en el Centro en las épocas en que haya abundancia de energía en el Norte o Noroeste quedará plenamente asegurado.

Las dificultades que se han presentado este año hasta ahora en la zona Centro han podido ser vencidas a base de estas aportaciones del Noroeste y del sistema Duero y en parte también con la ayuda facilitada por la Red Eléctrica Francesa que está cediendo cantidad bastante importante de energía, parte a la zona vascongada y parte a la zona catalana. Existía un rela-



El barco «Nuestra Señora de la Luz», central flotante en su emplazamiento actual de Cartagena



Sala de máquinas de proa de la central flotante de Cartagena

tivamente modesto contrato de intercambio entre la Red española y la francesa para auxilio y mejora de las condiciones de explotación de las dos Redes, pero desde finales de septiembre y al terminarse nuevas instalaciones en las redes francesas han permitido a éstas ceder energía de sus centrales térmicas en cantidades algo superiores al millón de kilovatios hora por día, que han servido y sirven para aminorar las dificultades de algunos sectores.

Cuando nuestras centrales térmicas estén en su pleno funcionamiento estas ayudas externas no serán precisas y, por tanto, se habrá conseguido una nueva y doble satisfacción.

MADRID Y SU SERVICIO ELECTRICO

El verano y otoño hidroeléctrico se pueden resumir en el sentido de que se trabaja activamente en la terminación de las grandes centrales hidroeléctricas en construcción y con más hincapié, si cabe, en acelerar todos los trabajos para incrementar las reservas térmicas con el desarrollo del Plan Nacional aprobado, hace poco más o menos un año, por el Gobierno.

Cuando este Plan esté ultimado—en fecha no lejana—se habrán superado totalmente las condiciones adversas al presentarse un año excepcionalmente

seco, condiciones que este año han podido ser paltadas merced a la valiosa y estimabilísima ayuda prestada por las centrales térmicas en funcionamiento.

Madrid ha podido mantener el servicio en su red gracias a estas instalaciones y gracias también a la colaboración de los usuarios que han procurado reducir todos los consumos que no eran prácticamente imprescindibles. En las grandes capitales son muchos los servicios importantes que requieren un suministro permanente y muy grandes las extorsiones que en los complicados servicios de toda clase, sanitarios, industriales de transportes urbanos, etc..., se verifican cuando el suministro eléctrico se interrumpe.

Por ello los cortes mínimos hasta ahora efectuados han sido los meramente inevitables al empeorar las condiciones hidráulicas y disminuir, como consecuencia del consumo, las reservas eléctricas.

Más no obstante, la cercanía de las lluvias, que, es de esperar no tardarán en llegar, con abundancia, aliviará la situación eléctrica. Situación que cuando las previsiones del Plan Nacional de Electricidad se cumplan en la totalidad—como se van cumpliendo en sus plazos temporales—, habrá desaparecido para siempre.

ALGUNAS IDEAS SOBRE AUTORIDAD

Por Enrique DELGADO

Obispo de Pamplona

NO en el estricto sentido de la palabra, sino por que conoció la fuerza con que siguen las consecuencias de los principios, ha sido llamado Dnoso Cortés «Profeta político» de su siglo. Pronunció éste un discurso en el Congreso el 30 de enero de 1850, y en él afirmó: «La verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja a la Europa está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana.»

Y eso a pesar de ser la «autoridad» un principio muy parecido a las ideas innatas, que algunos filósofos enseñaron; pues es base y cumbre de todas las cosas, y es pieza maestra más importante del sistema humano en todos sus conceptos, cumpliendo sus funciones en muy diversos teatros y con nombres distintos.

Si preside el hogar doméstico se llama paternidad; y sin fausto ni ruido gobierna la familia, hace florecer la virtud, regula el trabajo, que a la vez es redención y fuente de riqueza, desempeñando siempre un papel más útil que brillante, beneficiando a la sociedad con más eficacia que conciencia de ello.

Si la autoridad gobierna pueblos o naciones aparece con majestad real en la persona que la ejerce con derecho propio derivado de Dios. Salomón hizo de ella un poético retrato en el Cantar de los Cantares III-7: «El lecho de Salomón está rodeado de sesenta esforzados, escogidos entre los más valientes de Israel; todos son sobresalientes en el arte de la guerra; cada uno lleva su espada pendiente al lado a causa de los temores de la noche.» Aquí se vislumbran las diversas magistraturas que dirige la autoridad para gobernar y guardar la sociedad.

Más augusta es aún la autoridad religiosa; y el hombre que la reviste es constituido «pontífice para los hombres» (S. Pab. ad Hebr. V-1) y en ella se ve claro que nada toma de los hombres y toda ella procede de Dios.

El origen claro de la autoridad religiosa ilumina la fuente de toda autoridad, que no puede venir de los gobernados (aunque con ciertas reglas puedan señalar la persona que la ostenta), entre otras razones por que podrían destruirla, si le dieron el ser. El pacto de Rousseau y otras teorías semejantes son aberraciones de un entendimiento, que no

encuentra base firme en que apoyarse. Más acertado anduvo Cicerón en su tratado «De legibus» al dar de la autoridad esta bella definición. «La autoridad es Dios.»

Ya por esto no extraña nada que se confundan los derrcteros de la autoridad con los del espíritu religioso de los hombres, que por él se acercan a Dios para reconocerlo en todas sus obras.

Es verdad que el catolicismo descansa en el principio de autoridad; pero también lo es que desde Jesucristo para acá adquiere esta vida por el catolicismo, pudiendo asegurar que la autoridad entra en los entendimientos con el catecismo y le sigue en su retirada. Y no por que la imponga, sino por que es su principio vital, dándole vigor y crecimiento por intuscepción, no por yuxtaposición. El poder es fuerte por sí y por el principio en que descansa; nunca por la violencia o la suspicacia, que son sus enemigos. La tiranía y la conspiración son síntomas de debilidad en la autoridad.

Viendo que el capítulo más largo de la Historia es el dedicado a narrar las rebelidias contra la autoridad, parecería inútil preguntar si hay alguien que niegue la autoridad, como tal, ya que lógicamente conduciría a la negación de Dios. Sin embargo, hay muchos inconsecuentes e ilógicos en este mundo, que atacan a la autoridad, sin querer llegar a Dios.

La autoridad de la familia ha sido la menos combatida a pesar de cercenarle muchos derechos, especialmente en la educación de los hijos. El código de Napoleón puso osadamente sus manos en los derechos de la paternidad en favor del Estado omnipotente; y el código bolchevique de Rusia pone en práctica sus últimas consecuencias blasonando de ateo.

La autoridad política parece menos maltratada. Se discuten sus prerrogativas, la critican, quizá la minan sordamente; pero pocos la niegan abiertamente. Las frecuentes revoluciones no son negaciones de la autoridad, sino confirmaciones, ya que es el asalto para detentarla en un hombre o institución.

La autoridad religiosa es la más negada, aun por aquellos que se precian de tener religión. Sueñan que ésta puede ser individual, comunicando con Dios sin intermediario alguno. El germen de esta doctrina está en el protestantismo; y los librepensadores la cultivan. Debe a su majestad incommovible el ser más violentamente atacada. Conoce las tempestades, pero nunca el naufragio total. Como a Jesucristo, pueden atarla y llevarla al pretorio para que el populacho grite; la azotarán en la columna y la coronarán de espinas. Callará o seguirá diciendo la verdad de su misión, aunque le carguen con la cruz; pero al fin resucitará triunfante.

En toda autoridad se observa siempre la unidad de fondo y la variedad de forma. La primera le viene de su origen divino, y la segunda del elemento humano.

La autoridad doméstica, como es casi toda obra de Dios, ofrece más unidad que variedad; al contrario de lo que sucede a la autoridad política.

En la autoridad religiosa hubo alguna variedad de forma hasta Jesucristo, que dió la forma invariable hasta el fin de los tiempos. Fuera de la Iglesia, como en el paganismo, habrá infinidad de ensayos que por falta de base caen por su peso. Y así San Pablo pudo encontrar en el Areópago de Atenas entre los innumerables altares a los dioses, uno levantado al dios desconocido, para que no quedara ninguno sin altar; Bossuet, que, para expresar esa verdad del paganismo dijo en su Discurso sobre la Historia Universal «todo era Dios, excepto el mismo Dios», escribió también para retratar al protestantismo su célebre Historia de las Variaciones, y en su frontis esta verdad: varias, luego no eres la verdad. Más aún: los que vivimos después podemos asegurar que esa Historia no está terminada; y sería preciso que cada veinticinco años se añadiera un nuevo capítulo a esa obra magistral, poniendo al final del mismo como en los folletines: «Se continuará.»

En la autoridad política, sin desaparecer nunca la unidad de su origen divino, se ve más variedad en la forma a través de los tiempos. De estas formas se ocupan los autores largamente.

Es cierto que en nuestros tiempos hay crisis de autoridad en el mundo. Pero sin detenernos a estudiar este fenómeno, no cabe duda que el mejor medio de conjurarla y fortalecer la autoridad es agarrarnos bien a Dios, como se agarra fuertemente el naufrago al salvamento que encuentra en el naufragio.

- 1 - VIRGINIDAD
- 2 - DIME SI ME QUIERES
- 3 - CUANDO NACI

ESTOS SON LOS TITULOS DE LOS

TRES POEMAS

de SOR LAURA CHAER, que puede usted leer en el número 32 de

POESIA ESPAÑOLA

*En Vanguardia
de la Moda*

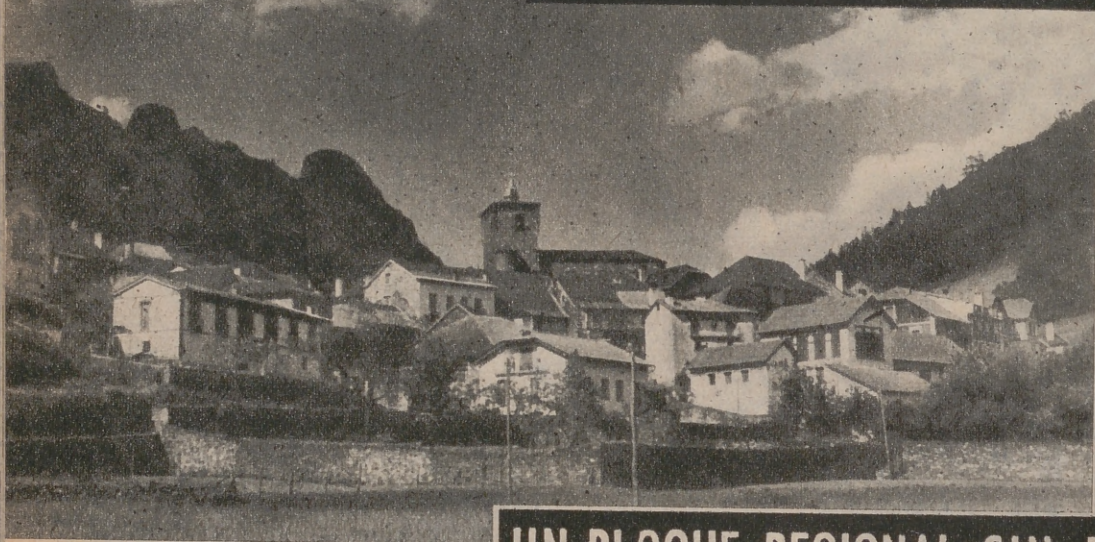


Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

DEP. DE PUBL. FONCUBERTA 129

NAVARRA, SINTESIS DE ESPAÑA



UN BLOQUE REGIONAL SIN FISURAS, UNIDAD ROTUNDA, UN BALUARTE DE LA RAZA QUE YA LUE EN LA RECONQUISTA

TODO ES POSIBLE EN PAMPLONA

MIENTRAS el Taf avanza hacia Navarra, esta tarde de principios del otoño, recuerdo mi primera llegada a Pamplona. Aunque no puedo precisar la fecha con exactitud, debió ser por los primeros días de septiembre de 1936. Entonces, prendidas aún en los ojos las trágicas estampas de la guerra en la zona roja, del incendio de Irún contemplado desde Hendaya, adonde evacuaron a la fuerza, los rojos, a la colonia veraniega de Fuenterrabía, entré en Navarra por Daucharinea y la cruce de Norte a Sur, camino de Logroño, haciendo noche en Pamplona.

Pamplona mostraba la cara de la otra zona, la cara de la liberación: boinas rojas por todas las calles de la ciudad y ecos alegres de canciones, de los primeros «carrascías» y los primeros y proféticos «no hay quien pueda, no hay quien pueda», que subían desde las calzadas y las aceras hasta los balcones, que llegaban, algo amortiguados, desde los corros de voluntarios—¡tres generaciones en el mismo Tercio de requetés!—concentrados en la plaza del Castillo hasta la habitación de una fonda de la calle de la Estafeta.

Quizá fué entonces, ante el espectáculo emocionante de un pueblo, de una región entera, que empezaba una Cruzada cantando, cuando pensé, por primera vez, algo confusamente, que ante Navarra no cabían términos medios, que era preciso dejarse conquistar por ella, hacerse, en la medida que lo permitiera la sensibilidad de cada uno, algo navarro para siempre... o apartarse, evitarla en el trazado de cualquier itinerario.

Han pasado dieciocho años y hoy el Taf nos mete de pronto en Pamplona sin que la noche, que ha caído y se ha cerrado antes que el tren traspasara los límites de la provincia, nos permita entrever, para ir templando el ánimo, ni un trozo del campo, ni un perfil de los pueblos navarros.

El recuerdo se agudiza mientras el taxi trepa de la estación a la ciudad. ¿Cómo estará, ahora, esta noche, Pamplona? ¿Dónde andarán aquellos tíos estupechos de los cantares fanfarrones de la Ribera? Seguramente, como no llegamos al calor de ninguna fiesta, como es la noche de un martes cualquiera, sorprenderemos a Pamplona medio dormida, con poca animación, poca luz y mucho silencio.

Pero, todo es posible en Pamplona. La plaza del Castillo está llena de luz, de música, de gente. Tertulias y parejas sentadas en las sillas que los bares de los cuatro costados de la plaza extienden bajo los soportales y más a fuera de la línea de las columnas y los arcos. Grupos que pasean por el cuadro arbolado del centro, parejas que bailan rodeando el quiosco de la música y en él una banda de aspecto marinero—uniformes azules y gorras de plato blancas—luminada por el resplandor impersonal de unos tubos fluorescentes acoplados a la circunferencia de la cúpula que cubre el quiosco.

La banda toca esas piezas que suenan medio a vals campesinos, medio a pasodobles rurales, que son, a un tiempo, lentas y rápidas y tienen un tono entre melancólico y bravo. Algo, en fin, muy distinto a la monótona y lánguida música de baile moderna. A ratos descansan los músicos y entonces los bailarines pasean en círculo alrededor del templete, en cuya plataforma quedan solos los atriles con las partituras. Y alguno, además, cubierto por una gorra blanca, oficiando, en el descanso, de percha.



—Ahora, en el verano—me informa un camarero del Guria—hay música de baile los martes y los sábados. Y de concierto los jueves y los domingos. ¡Ah! Y ahí cerca, en ese paseo que arranca de la estatua de los Fueros, se baila «sueito», al son del chistu y el tamboril.

Un par de cafés me han quitado el sueño. El baile termina y la plaza, por todas sus salidas, empieza a despoblarse. En lo alto, coronando la oscura fachada roja de una casa, brilla un anuncio luminoso mitad rojo, mitad verde: «Gabardinas EL BUFALO». En otro lado, sobre la masa sencilla y sólida de un edificio de piedra, destacan las letras azuladas del Crédito Navarro. Los bares empiezan a cerrar, uno tras otro.

Muy pronto, la plaza, desierta y silenciosa, se ensanchará en la quietud de la noche. Pero antes tienen que apagarse todavía tres ruidos: las últimas carreras del sereno, el zumbido de un coche que arranca y se aleja por la avenida de Carlos III y las frases, unas sonoras, otras apenas perceptibles de dos hombres que prolongan su despedida en una esquina.

En las redacciones de los periódicos de la mañana se trabaja de noche. Mariano Prado, el director de «Arriba España», sentado ante una mesa inmensa, corrige unas galeradas, titula otras, monta planas... y ameniza todo su trabajo, entre sorbo y sorbo de café, con comentarios humorísticos que van destinados, según parece, ante todo, a él mismo, a la satisfacción de su propio temperamento ingenioso y alegre.

—¿Un reportaje sobre Navarra? Navarra tiene muchas facetas, muchos contrastes, muchas cosas que contar...

El lápiz rojo tacha una frase. Los ojos brillan tras los cristales de las gafas. Sonríe y me advierte:

—Si «entras» en ella, en su ambiente, en sus tierras y sus gentes, te gustará mucho.

Mariano Prado es de Avila, pero ha «entrado» en Navarra y

Navarra en él. Es contagiosa, se pega.

Desde Pamplona, centro de Navarra, de la que volveremos a hablar más despacio y en varias ocasiones—vamos a desplazarnos a los campos, los valles, los pueblos y lugares de la provincia—. Antes de partir no será inconveniente lanzar sobre toda ella un vistazo general, hacernos una idea del conjunto de la región. Para saber por dónde nos movemos.

NAVARRA, SINTESIS DE ESPAÑA

Navarra no es una región uniforme, igual de geografía homogénea. No se puede hablar de su tierra, de su pueblo, de su paisaje, generalizando, aceptando un «cliché» único. Tiene zonas distintas, paisajes varios, gentes diversas.

En el plano inclinado por el que se vuelca, desde los Pirineos al Ebro, hacia Castilla, encierra tres zonas: una montañosa, al Norte; otra, en el Centro, en la que se mezclan llanos y montes, altos y bajos, zona intermedia que prepara el tránsito a la llanura abierta del Sur.

Impresionante estampa del «pinar pobre» de La Bardena



Descendiendo hasta el punto que marca la «vista de pájaro», sobre estas tres zonas se empiezan a percibir más detalles. En la zona montañosa hay, por lo menos, dos partes claramente diferenciadas: la oriental—valles pirenaicos del Roncal, Salazar y Aezcoa—de picos altos, gargantas angostas, vegetación dura; y la occidental—valles del Baztán y de la Barranca—, de montaña más suave, de color más dulce y clima más húmedo, por su servidumbre a la influencia del Cantábrico.

En contraste completo, y relativamente a poca distancia, ya que entre el Ebro y los Pirineos median solamente unos 100 kilómetros, se extiende al Sur la Ribera: tierra llana, de regadío a la que suelen llamar aquí «la Andalucía navarra», precedida del río Aragón para abajo, hacia la raya de Zaragoza, por una extensión seca: La Bardena, en cierto modo, un trazo de la Castilla tónica, en parte, una evocación, dicen, de paisajes africanos.

A estas diferencias geográficas corresponden distintas expresiones sociales: la montaña es ganadera y forestal, habitada por hombres ensimismados y prudentes; la ribera, hortelana, tierra de gentes abiertas, sonoras, bravas. Por el medio, la conjunción. En total, toda Navarra, que sabe por Occidente a Vasconia, que se alegra por el Sur con aires riojanos, que se mezcla con Aragón por Occidente y aun le salpica con dos trozos de su suelo—Baztán de Petilla y Petilla de Aragón—viene a resultar una síntesis de España, un compendio de sus contrastes y diversidades geográficas. Y un resumen de sus virtudes. Un baluarte de la raza, que ya lo fué en los tiempos de la Reconquista.

—¿Será necesario advertir que toda Navarra, pese a su diversidad, forma un bloque regional sin fisuras, una unidad rotunda?

EMPECEMOS POR LO PEOR: LA BARDENA

Navarra tiene montada su economía sobre su riqueza agrícola. Y no hay en ella trozo de tierra desaprovechado. Está todo su suelo cultivado palmo a palmo. Sin olvidar el más



La Bárdena, el espacio seco de Navarra

pequeño corral, sin abandonar esas tres cuartas de tierra que, entre dos rocas, pueden albergar cuatro pinos o diez tallos de avena o de maíz. Los sembrados llegan justo hasta la linde de los bosques. Las huertas se empalman, sin solución de continuidad, con los cultivos de secano. Hasta el trozo «peor» de la región, el que consideran más pobre, el espacio seco de La Bárdena, produce, unos años más, otros menos, una cosecha de trigo. Y cada tres o cuatro, un cosechón. Por ejemplo, éste, año estupendo para el cereal en casi toda España. Cuenta, además lector amigo, que el trigo de esta zona es de fina calidad y alcanzaba antaño, según dicen, una cotización superior en el mercado de Zaragoza.

Por todo ello, cuando se piensa en otros trozos de otras provincias españolas, trozos «peores» verdaderamente, extensiones improductivas todos los años, las tierras blanquecinas de La Bárdena, en cuyo centro se adivina la mancha oscura de unos pinares, no resultan, ni mucho menos, tan malas. No se pueden imaginar como una mancha que estropee el perfecto cuadro agrario de toda la provincia, sino, en todo caso, como un lunar que le da gracia a la cara campesina de Navarra.

Además, La Bárdena, tal y como está hoy, va a durar poco. Por obra y gracia de los pantanos y los canales de que hablaremos más adelante, que van a traer a estas tierras descoloridas y rudas, a estos pelados y planos cerros de páramo, un verde nuevo. Nuevo porque pese a algunos, engañados por las manchas lejanas de los solitarios pinares achaparrados, han imaginado unas Bárdenas antiguas señoreadas en toda su extensión por el pino. unas míticas Bárdenas verdes, parece seguro que jamás hayan

disfrutado de otro clima más favorable, ni de mayor riego que hoy. De forma que están ahora como estarían en los días medievales en que se alzaron en ellas algunos castillos fronterizos. Vamos, como quedaron después del Diluvio. Al menos, cuando se secase el tremendo barrizal que debió formarse aquí.

Cumplida esta breve visita al único «paisaje lunar» de Navarra —¿qué dirían los que llaman así a La Bárdena, si contemplaran, aunque sólo fuera de pasada, el de Almería!—. Lo «peor» ya está visto.

POR EL VALLE DEL RONCAL. — EL TRIBUTO DE LAS TRES VACAS

El valle del Roncal, estampa y ejemplo de la Navarra montañosa oriental, baja de Norte a Sur, desde la frontera con Francia hasta el límite con la provincia de Zaragoza, que inicia a la altura de Tiermas y Salvatierra una penetración hacia Navarra. De tal modo que si se sigue la carretera de Monreal a Lédena y a Yesa, se salta de Navarra a Zaragoza y después de describir una amplia curva, se vuelve a penetrar en tierra navarra justo por la garganta angosta que sirve de pórtico al valle del Roncal. Al llegar a este punto, la carretera, como el camino hacia un secreto, se adelgaza entre peñas cortadas a pico, se desliza cauta como para pasar inadvertida, al pie de enormes montañas que se dirían guardianes silenciosos de los siete tesoros del valle, los siete pueblos que se suceden a orillas del Escal: Burgi, Bidangoz, Garde, Roncal, Urzainqui, Isaba y Ustarritz.

Vamos ascendiendo, pueblo tras pueblo, por el valle, bajo un cielo azul limpio de nubes. El aire fresco, delgado, huele a pinar. Y pinos y hayas, robles y abedules cubren las montañas. A espacios

la mancha verde oscura de los bosques se abre, queda cortada por una quebradura que descubre el oculto macizo gris de piedra que se esconde en la entraña de los montes. A trechos, por las laderas, el arbolado deja huecos libres, pequeñas ondulaciones, por las que se extiende la alfombra verdiclara del césped corto y espeso.

Jaime del Burgo, culto y oportuno, que conoce de cabo a rabo la historia y las leyendas de Navarra, esboza a grandes rasgos la tradicional ceremonia del tributo de las tres vacas:

—La pugna entre los habitantes del valle del Roncal y sus vecinos franceses del valle bearnés del Baretons, es muy antigua. Se remonta, según algunos textos, a ciento veinticinco años antes de Jesucristo. El caso es que, después de varios episodios sangrientos, el Tribunal de Anso para establecer la paz entre ambas regiones, dictó en 1375 una sentencia, acatada por todos, por la que se condenó al valle de Baretons, a los navarros franceses, a «seguir pagando», porque el tributo ya existía, a los roncaleses la entrega de tres vacas «de dos años, de un pelaje, de un dentaje y un cornaje». O sea, tres vacas iguales, parejas en color, edad y tamaño. La entrega se hacía todos los años, el día 13 de julio, en el puerto de Hernaz y muga —mojón o término— de San Martín.

Hasta hace años la ceremonia de la entrega del tributo tenía un ritual complicado y humillante para los franceses. Los del Roncal acudían a la cita armados, disparando las escopetas hacia Francia, clavando su bandera en suelo francés y los baretones tenían que llegar desarmados y con la bandera blanca en señal de paz.

Frente a frente los dos bandos capitaneados, el roncalés por el Alcalde de Isaba, preguntaba

éste a los franceses si estaban conformes en continuar la paz y jurar las antiguas condiciones. Respondiendo los franceses afirmativamente, sobre una cruz formada por dos lanzas —la española desde luego encima e hiriendo la tierra francesa— los Alcaldes del Baretons y los roncaleses formaban una pila de manos coronada por la mano del Alcalde de Isaba, y todos, de rodillas, gritaban tres veces: «¡pax avant!» y juraban, por la Cruz y los Santos Evangelios, cumplir la sentencia de 1755.

Después se procedía a la entrega de las vacas, previo reconocimiento que asegurara a los roncaleses sus condiciones concordes con las que fija la sentencia. Por último, todos juntos celebraban un banquete y se despedían amistosamente, dando vivas a España y a Francia.

Actualmente se conserva lo sustantivo de la ceremonia. Pero han caído en desuso algunos detalles. Las vacas recibidas se dividen así: dos para la villa de Isaba; la tercera se reparte cada año entre los pueblos de Ustarroz, Urzainqui y Garde, pero de modo que Ustarroz alterna con los otros dos, teniendo el mismo derecho que ambos juntos. La ceremonia empieza a las diez de la mañana y durante el resto del día se abre el libre tránsito entre ambos valles.

Las últimas palabras de Jaime del Burgo han sonado ya en el silencio magnífico de Isaba. ¿El pueblo más bonito del Roncal? Yo creo que sí.

ISABA, «LUZ DE LOS ANTEPASADOS»

Isaba no tiene, calculando a ojo, más de cuatro docenas de casas. Unas, de paredes blancas y tejados rojos. Otras, de piedra oscura, rematadas por escamas de pizarra gris. Reunidas todas en un paréntesis mínimo abierto por el río entre las montañas, cuyas laderas, casi verticales, circundan el pueblo como dos manos gigantes que protejeran una llama del viento.

Las calles de Isaba no pueden ser más irregulares en el trazado y en el nivel. No creo que haya una lo suficientemente recta para merecer este nombre. Ni de piso que pueda llamarse llano. Están empedradas todas —¡que se conserven así siempre, señor Alcalde, sin concesión alguna al antiestético cemento!— con pequeños guijarros de río, con cantos rodados que forman caprichosos dibujos. Tradicional forma de solar, de la que se conservan todavía algunos pavimentos en los portales de las casas antiguas de Pamplona.

Isaba, que significa «luz de los antepasados», es silencio, soledad, rumor de rebaños y olor a maderas, a blancas maderas recién cortadas y a secas y pulidas maderas viejas. Y anchas y redondas chimeneas montañosas cubiertas por un tejadillo circular, que evocan las nieves del invierno. Y rumor de ríos fríos que hielan las piedras pulidas de su cauce angosto.

Entramos a comer en una fonda que se anuncia sin ninguna presunción, pero en la que brilla el entarimado de madera. cubren la mesa con manteles tan limpios que no cabe más. sirven en una vajilla nueva, sin grietas, sin traza de golpe alguno; cocinan bien, y pueden ofrecer, para remate, coñac francés y puros habanos. Como madrileño, me he ruborizado en esta fonda, recordando la cantina de la estación de Atocha, donde, desgraciadamente, intenté comer antes de subir al tren que me trajo a Navarra.

En Isaba fabrican el mejor queso del Roncal, un queso de la variada familia de los «manchegos», de carne más fina y sabor más agudo, pero menos aspero. La tradición quesera de Isaba aparece plasmada en una talla tan expresiva como simple en la sillería del coro de la iglesia. Donde aparece recogida también la ceremonia tributaria de las tres vacas. ¡Y qué gesto de humilde acatamiento, de vencimiento irremediable tienen las tres figuras que representan a los franceses!

Más arriba de Isaba, caminando hacia la frontera, queda, a la izquierda, apiñado en una depresión, el último pueblo del valle: Ustarroz. La carretera y el valle terminan en una pradera amplia, centro de un anfiteatro montañoso que por una de sus crestas limita con Francia. Por ahí está situada la entrada a la famosa cueva de San Martín. Esta ovalada llanura verde es Belagoa, un final de España. La última casa, la Venta de Arraco, pone una diminuta pincelada blanca en el verde casquete de un monte.

Apunta en tu memoria, lector, que merece la pena: Isaba, cabe la Peña Ezkaurre...

ARBOLES, REBAÑOS Y LETREROS LUMINOSOS

El regreso tiene un alto forzoso. Hay que detenerse un momento en el Roncal, cuna y tumba de Gayarre. En el marco reducido del pequeño cementerio, enclavado en un horizonte abierto de montaña y pinar, el mausoleo de Benlliure se beneficia, las esculturas adquieren un aire de especial firmeza que no es corriente en el autor y aparecen

limpias de perfiles melindrosos.

En la pared del frontón que, además del edificio destinado a escuelas regaló Gayarre a su pueblo, en la juntura de dos piedras brota un pino. Este detalle basta para imaginar las dimensiones del reino del árbol en el valle del Roncal: nacen los pinos sobre las piedras.

La producción maderable de Navarra es la segunda en España. Alcanza más de cien mil metros cúbicos anuales. De ellos, dos tercios de madera de haya. El transporte de los troncos en camiones va borrando, en estos valles que viven del bosque y el ganado, la estampa «canadiense» del acarreo por vía fluvial. Pero aun se divisan, en algún rincón insospechado del río, pequeñas presas y troncos flotando en los remansos.

El invierno es duro en el Pirineo, y los rebaños, a fines de septiembre, emprenden su lenta bajada trashumante a La Bardenana, donde tienen el derecho tradicional de asentarse para invernar; de permanecer de San Miguel a San Juan. La lucha que mantuvieron los primeros cultivadores de La Bardenana contra los pastores montañeses, lucha de conquista de tierras y pugna de distintas mentalidades, debió ser muy dura.

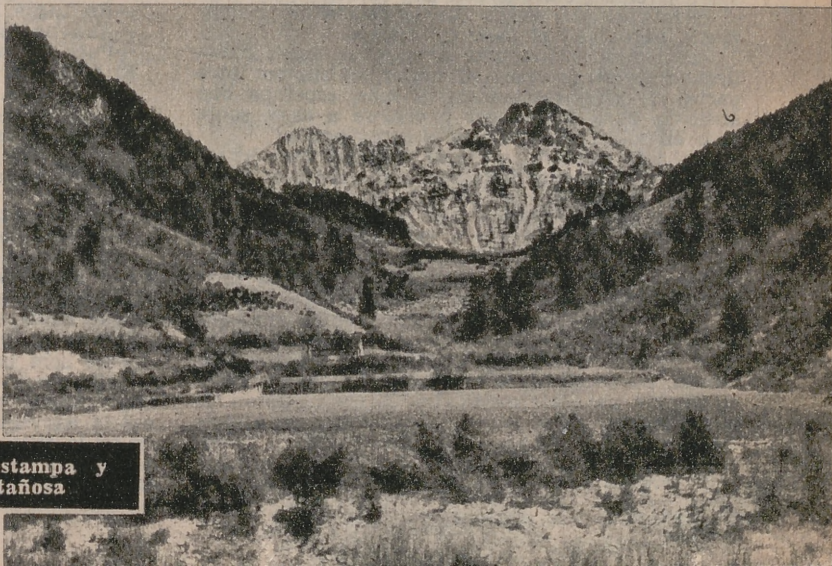
El crepúsculo ilumina con resplandores rojizos el cielo y apaga todos los colores de la tierra con matices violáceos: verde violeta toda la vegetación, desde la copa del árbol a la mata de tomillo; pardo violeta toda la tierra; grisvioleta todas las peñas. En el Alto de las Coronas, el viento choca con los pinos que cubren los montes. Y suena a mar, a oleaje, a resaca.

Los faros del coche hacen reducir los pulcros letreros fosforescentes que marcan los cruces y anticipan el nombre de los pueblos a los automovilistas. En todas las carreteras de la provincia ha clavado la Diputación los nuevos letreros indicadores.

Arboles, rebaños, letreros luminosos... ¿No podría encerrarse en esta trilogía una de las «claves» de Navarra?

(Continuará en el próximo número.)

De nuestro enviado especial,
DIEGO JALON



Un bello paisaje del Roncal, estampa y ejemplo de la Navarra montañosa



MIENTRAS DUERME LA CIUDAD

NOVELA

Por Ramón SOLIS

SE paseó nervioso de un lado a otro de la habitación, las manos en los bolsillos, la cabeza baja, el pelo revuelto de tanto mesárselo haciendo de peine con los dedos.

Aquella habitación era toda la casa. Los días de lluvia, allá en el rincón, se colaba el agua por un resquicio del tejado formando una copiosa gotera. Se hacía necesario colocar en la vertical una palangana para que no se encharcara toda la habitación. Había intentado arreglarlo él mismo muchas veces; pero, tarde o temprano, acababa por brotar de nuevo. Su mujer se desesperaba; pero en realidad, como pasaban la mayor parte del día fuera, tampoco era un grave problema.

Una cama de metal en uno de los ángulos de la habitación y una mesa en el centro formaban la parte esencial del mobiliario. También había tres sillas y un armario. En la pared habían improvisado algunas perchas con clavos de los largos, pero no había ni un triste marco; tan sólo sobre la cama, clavado con dos chinchetas, estaba el retrato de una mujer con la pátina de la fotografía parda por el paso del tiempo.

José seguía intranquilo. A aquellas horas había llegado ya otras veces su mujer, quien, por otra parte, no solía retrasarse: es más, esperaba con ansia la hora de recoger y venirse a casa, sobre todo en los días desapacibles como aquél.

Crujió la cama al sentarse. Se dejó caer lentamente hasta quedar acostado. Estuvo así un buen rato pensando. Siempre pensaba cuando se estiraba sobre el lecho. Otros días le bastaba tumbarse para empezar a soñar y a fantasear. Solía siempre llegar cansado de su trabajo, y ése era el único rato al día en que podía dejar vagar la imaginación. Sin embargo, le preocupaba la tardanza de su mujer. Estando así como estaba era para preocupar a cualquiera.

Se oyeron unos pasos en la calle. José esperó atento, conteniendo la respiración y con la cabeza torcida para oír mejor. Los pasos siguieron de largo; luego hubo un silencio. Sería el Andrés que volvía del trabajo. El Andrés vivía en la casucha de al lado; quizá su mujer supiera algo.

Se levantó de la cama y salió a la puerta de la

sucha. Ya no llovía, pero en la oscuridad del cielo se adivinaban los negros nubarrones que habían pesado sobre la ciudad todo el día.

—¡Maldita sea!—exclamó entre dientes.

Dejó la puerta abierta y paseó de nuevo de un lado a otro de la habitación. Sus zapatos de recia suela estaban manchados de barro y su pantalón permanecía húmedo todavía de la lluvia.

Al fin decidió ir a casa del Andrés. Se echó la pelliza al hombro y cerró la puerta tras de sí. El pequeño callejón estaba enfangado y tuvo que ir sorteando los arroyos de agua que se habían formado al pasar los carros. Llamó con los nudillos en la puerta de madera.

—¿Quién es?—contestaron del otro lado.

—Soy yo, José.

—Espera, ahora te abro.

Era la mujer del Andrés, que, segundos después, aparecía en el marco de la puerta, iluminada por la lámpara de carburo que pendía del techo.

—¿Sabes algo de la Filo?

—No. ¿Qué pasa?

—Aun no ha venido.

—Pues es raro... ¿Qué le habrá ocurrido?

El Andrés gritó desde el fondo de la habitación:

—Pasa, José, y siéntate un rato.

El hombre estaba indeciso, no sabía qué hacer. Allí le sería más cómoda la espera; pero sentía un vivo temor de que le hubiera pasado algo a la Filo y no tenía tranquilidad para estar allí sentado.

—No te preocupes, no será nada.

—Es que, como estaba así...

—Sí, claro..., comprendo...; pero ya verás cómo no es nada. No debes preocuparte.

La mujer del Andrés hacía la cena en un anafe que había sobre la mesa. De vez en cuando se volvía para intervenir en la conversación.

—No será nada, hombre.

Hablaron en los primeros momentos de cosas sin importancia, pero como José no se preocupaba por la conversación terminaron callándose. Sentado en la silla, con la cabeza entre las manos, peinando sus cabellos con los dedos, José estaba lejos de todo lo que le rodeaba. El Andrés le miraba

en silencio. La situación comenzaba a ser violenta para los dueños de la casa.

Al fin se levantó repentinamente. Andrés, que estaba afilando una herramienta, le miró sorprendido. Lo mismo hizo su mujer, que seguía cocinando la cena.

—Creo que debo ir a buscarla.

—¿Y si te cruzas con ella en el camino?

Se quedó indeciso de nuevo.

—Es idiota pensar que se haya retrasado... Ha tenido tiempo más que de sobra para venir o avisar.

—¿Has preguntado en la taberna si llamaron por teléfono para dar algún recado?

—Fui hace un rato. Quedaron en mandar al chico si había alguna noticia.

Tanto el Andrés como su mujer pensaban en lo mismo; sin embargo, no se atrevían a comunicarle sus sospechas. Estando como estaba era fácil que ocurriera esto un día u otro. Debería haber dejado el trabajo hacía tiempo.

Al fin José tomó una determinación.

—Me voy a buscarla.

Salió, poniéndose la pelliza.

—Si viniera, decirle que he ido a preguntar... o si no... Bueno, no creo que vuelva ya.

El Andrés y su mujer quedaron en silencio un largo rato. Al fin ella comentó, sin volver la cabeza, mientras avivaba con el soplillo el fuego del anafe:

—¡Pobre Filo!

Andrés maldijo entre dientes:

—¡Cochina vida!...

La mujer sacó de la lumbre la cena y se dispusieron a comer unas sopas de pan faltas de aceite.

Eran las doce y media de la noche, y los tranvías de los Carabancheles volvían a Madrid casi vacíos. José se dejó caer en uno de los asientos de madera. El cobrador, que había dejado pasar unos segundos antes de ir a cobrar, se acercó con el billete entre los dedos.

—¡Vaya nochecita!

—Sí—contestó José indiferente mientras pagaba.

Unas paradas más adelante se bajó una pareja, y en el coche sólo quedó José. El cobrador, sentado en uno de los asientos cercanos, se puso a anotar no sé qué cosas en un impreso que había sacado de! bolsillo. Después bostezó ruidosamente.

El tranvía se agitaba en un vaivén frenético que hacía vibrar los cristales. La carrocería sonaba también con ruido de hierros.

Al llegar a la fuente, el conductor se bajó para beber agua y subió a poco limpiándose los labios con un pañuelo.

—Estaba helada—le dijo al otro.

—Por eso no bajé yo. Ahora, en la plaza Mayor, nos tomamos unos vasitos.

José les daba vueltas y más vueltas a sus preocupaciones, sin responder a las invitaciones de conversación que iniciaba el cobrador. Este terminó por aburrirse y se fué a la plataforma delantera a charlar con su compañero.

—¡Pues sí que es expresivo el gachó!

—¡Irá preocupado.

Los cristales estaban empañados y entraba el aire frío de la noche por infinitos resquicios. En el techo del coche, por una grieta minúscula, caía constante una gota de agua.

José pensaba en la Filo. A lo mejor... Pero aún no era tiempo para eso. El no se había preocupado de llevarle la cuenta, pero estaba seguro que no habían pasado los meses necesarios. Además no estaba abultada como para pensar en una cosa inmediata.

Sintió remordimientos por haberla dejado ir a trabajar; pero, si no iba la Filo, ¿quién se había de ocupar de la venta? Cuando no se tiene dinero no se puede pensar en andarse con miramientos. La venta era lo primero.

Pensó en las vecinas. Ellas tampoco dejaban el trabajo hasta el mismo día en que sentían los dolores, y algunas trabajaban incluso en oficios más pesados que el de la Filo. Manuela, la de Agustín, tuvo su segundo hijo en el Metro, en una de esas cabinas que hay en todas las estaciones, y ahí estaba el chico tan gordo y tan grande, que no parecía hijo de su padre. Sin embargo, la Filo era otra cosa... ¿Y por qué había de serlo? ¿No era una mujer como las otras, criada también en la miseria...? Los remilgos se quedan para las que están acostumbradas a una vida fácil.

Sus intentos de desechar las preocupaciones eran inútiles. Se le anudaba la garganta pensando en

ello. Ahora comprendía lo hondo que se le había metido en el corazón aquella mujer.

¿Dónde estaría? Quizá en la calle, en el Metro... ¿Quién sabe? Dando a luz a la intemperie en un día como aquél. Pero esto era absurdo: la habrían metido en un portal o en una casa y la atenderían bien. Una duda llenó por completo su cerebro. ¿Cómo la encontraría? ¿Hacia dónde ir?

Las ruedas del tranvía producían un agudo chirriar al torcer la esquina para entrar en la plaza Mayor. Era un silbido agudo que se metía en el cuerpo como arañándolo y que producía un gran malestar. Volvían a chirriar de nuevo en la curva, y al fin se paró el coche.

—¡Fin de trayecto!

Se bajó del tranvía y caminó hacia la Puerta del Sol. En los cafés y bares de la calle de Postas había aún muchos clientes. Los cristales estaban empañados por el vaho, y el murmullo de las conversaciones llegaba hasta él. En la esquina se le aproximó un hombre.

—Vendo una pluma barata.

José continuó su marcha sin hacerle caso. ¿A dónde iría? Lo mejor era preguntar al lado del puesto. La Filo era muy amiga de la lechera de enfrente. Allí le darían razón... Pero ya estaría cerrada la lechería y era casi seguro que la dueña no viviera en la misma casa. Claro que, de haber pasado algo, lo sabrían los vecinos. Lo mejor sería preguntar en una de las porterías cercanas.

Aligeró el paso y se metió por una de las bocas del Metro de Sol. Una gran impaciencia por llegar pronto se apoderó de él.

II

La Filo había pasado la tarde normalmente, despachando periódicos, en el puesto que solía montar en el «boulevard». Fué ya al caer la tarde, cuando se iniciaba la venta de los diarios de la noche, cuando comenzó a sentirse mal. Un dolor como un cuchillo parecía que le rasgaba las entrañas. Intentó ponerse en pie y avisar a la lechera para que telefonara a su marido. La Filo no esperaba el hijo para tan pronto, pero desde el primer momento comprendió la causa de su mal y que estaba próximo el momento de dar a luz. Cuando se le calmó un poco el dolor corrió a la lechería sin preocuparse de recoger el puesto. El esfuerzo la venció y el dolor le volvió con mayor intensidad.



Debía llevar la cara descompuesta cuando cruzó la calle, pues algunos transeúntes se quedaron mirándola, y una señora se acercó a la lechería a preguntarle qué le pasaba, aunque la dolencia saltaba a la vista.

La lechera llamó a la portera y luego intentó telefonar a una clínica; pero era tal su nervosismo que apenas podía pasar las hojas de la guía para buscar el número. La portera gritaba llamándola. En el escaparate se habían parado algunos mirones.

—¿Qué quiere usted?

—No me deje sola con ella—decía la portera.

—Pero, ¿por qué?

—Puede tener el hijo de un momento a otro...

—Pues por eso debe usted quedarse a su lado.

—Pero ¡es que no sabría qué hacer! Yo sol soltera y no entiendo de eso.

—¿Y qué que sea usted soltera?

Cuando iba a salir de nuevo a preguntar por teléfono se dió cuenta de la gente que miraba a través del cristal del escaparate.

—Vamos a llevarla a su casa; allí no podrán curiosear.

La señora Manuela, portera de la casa, torció el gesto.

—¿A mi casa?

—Pues, claro, no se va a quedar aquí.

Un policía armada entró en la lechería.

—¿Qué ocurre?

—Esta señora, que está indispueta.

—¿Tiene teléfono?

—Sí, ahí está, al fondo.

—Llamaré a una ambulancia.

La lechera cogió a Filo de un brazo y le indicó con un gesto a la señora Manuela que hiciera otro tanto. Entre las dos le ayudaron a caminar.

—Así se aliviará mientras viene la ambulancia.

La portera rezongaba por lo bajo y llegó a indignar a la dueña de la lechería.

—Pero ¿es que no tiene usted corazón?

—Lo tengo, y muy en su sitio, pero no me da lástima. Algunas mujeres no piensan más que en eso. Si lo pasan mal no hacen sino pagar las consecuencias.

—¡Claro, a usted, como no se le ha arrimado un hombre en la vida!

—Y muy bien que me va sola.

—A la fuerza ahorcan...

La Filo, mientras, se quejaba una y otra vez con voz lastimera. Cuando salió el guardia de hablar por teléfono intentó ayudarlas.

—Esto no es para hombres—le dijo la lechera. El guardia quedó indeciso.

—Mi obligación es atender..., en estos casos como en otros...

—Pues espante usted a los mirones del escaparate.

El guardia salió a la puerta.

—¡Vamos, circulen!

La ambulancia tardaba en llegar. La lechera insistía en llevarla a casa de la señora Manuela.

—Pero, ¿qué necesidad hay?

—Podrá echarse en la cama mientras vienen a por ella.

—¡Eso!... ¡Y me pondrá todo perdido!

—¿Y qué que se lo ponga? ¡No puede estar así!

—Pues no me da la gana. Mi casa no es un sanatorio.

La lechera hizo ademán de irse para ella con ánimo de pelear, pero en el camino lo pensó mejor:

—¡Eh! ¡Guardia!

La portera no tuvo más remedio que admitirla en su piso. Salieron por la puerta interior de la lechería que daba frente al piso de la portera. El guardia las ayudó a llevarla. La tumbaron sobre la cama.

La señora Manuela tenía su piso, y en especial la alcoba, muy arreglado y limpio. En todas partes tenía colgados cuadritos con estampas y cartones de almanaques. En la cómoda había una figurita de San Antonio, frente a la cual, en una

lamparilla de aceite, se agitaba una pequeña llama de un lado a otro. Había muchos tapetitos en los muebles y sobre la cama—una cama amplia, de madera torneada—una colcha de encaje de ganchillo que era el orgullo de la señora Manuela.

La Filo comenzó a agitarse en la cama. Su dolor debía ser más fuerte, pues ya no podía reprimir los ayes angustiosos. La señora Manuela se paseaba nerviosa de un lado a otro de la habitación.

—Acabarán de venir los de la ambulancia...

De vez en cuando miraba de soslayo hacia la cama, hacia la colcha, que se arrugaba bajo el peso del cuerpo desfigurado y abultado de la Filo.

—¿Cuándo vendrán?

Se oyó la campanilla de la ambulancia y el freno ante la puerta. La gente que pasaba se paró ante la puerta de la casa.

—¿Qué ocurre? ¿Ha habido alguna desgracia?

—Una señora que va a tener un crío.

—¡Niño! ¡Tú eres muy chico para saber esas cosas!

—¡Pues sí que es tonta la vieja!

A poco sacaron la camilla. Una manta cubría el cuerpo de la Filo y también la cara. Bajo la tela espesa se oía un débil quejido.

La portera se quedó en la puerta gruñendo y dando explicaciones a los curiosos.

—¡Con la vida como está de cara y no piensan más que en eso, en tener hijos. Algunas mujeres son como animales...

Mientras tanto la lechera recogía los periódicos y los guardaba en su tienda. Al volver comprendió que debía llamar por teléfono y dar aviso a su marido. Se quedó un momento pensativa tratando de recordar el domicilio de la Filo. Era curioso: hacía más de un año que la conocía, que hablaba con ella casi todos los días, y, sin embargo, nunca se le había ocurrido preguntarle dónde vivía.

* * *

Comenzaba a llover de nuevo cuando José salió del Metro. Se subió la solapa del chaquetón y caminó ligero por el «boulevard». Poco antes de llegar a San Bernardo era donde la Filo tenía su puesto de periódicos. Se acercó con curiosidad y comprobó que lo habían recogido. Tenía la esperanza de encontrar alguna anomalía, algo que le diera una pista. Pensó que podía haberse puesto mala después de recoger, cuando iba camino de la casa. Entonces no la podría localizar. La idea le atormentó por unos instantes, luego reaccionó. Si le hubiera ocurrido antes no iba a dejar el puesto abierto: alguien se habría encargado de recogerlo. Eso no quería decir nada. Debía de preguntar.

La calle estaba desierta. Sólo se veía de tarde en tarde alguna que otra persona caminando pegada a las casas para resguardarse de la lluvia. Los portales estaban cerrados. Miró a un lado y luego al otro. ¿A cuál llamaría? Vió la muestra de la lechería sobre unos cierres metálicos: una vaca de grandes ubres y el letrero: «Lechería La Riojana». ¡Si no estuviera cerrada!... Pero quizá viviera la dueña en la misma casa. Se quedó unos instantes indeciso mirando al portal. Tras de la puerta de hierro se veía el zaguán como un túnel oscuro que terminaba en una mampara de cristales. Los cristales brillaban cuando algún coche iluminaba la calle. El sereno se acercó.

—¿Sabe usted si vive la lechera en la casa?

—No, no vive aquí.

José se quedó pensativo unos segundos; luego, cuando ya el sereno se decidía a marcharse, le contó lo que le ocurría.

—A lo mejor la portera sabe algo.

—Pero no la vamos a despertar a estas horas.

—Es que... no sé dónde puede estar ahora mi mujer...

—Pero no vamos a despertar a la gente porque su mujer se haya marchado. Espere usted a mañana para buscarla.

—Mi mujer no se ha ido por ahí. Ha debido dar a luz en la calle o algo así, y se la habrán llevado a algún sitio.

—Pues entonces pregunte usted en los sanatorios.

—Pero, ¿por qué no se puede molestar a la portera? ¡La cosa creo que es razonable!

El sereno bostezó, y sin decir una palabra metió la llave en la cerradura y abrió. Caminaron los dos por el pasillo oscuro. Al llegar a la mam-

para, el sereno encendió la luz de la escalera. Frente al ascensor había un corto pasillo; entraron por él y el sereno llamó a una puerta pequeña. Tardaban en abrir y tuvo que llamar por segunda vez.

—Se levantará de mal humor..., pero ¡allá usted! José estaba impaciente. Al fin, una línea de luz se distinguió bajo la puerta de madera. Alguien les espiaba por la pequeña mirilla.

—¿Quién es?

—Soy el sereno.

—¿Y qué quiere?

—Este hombre dice que quiere hablar con usted urgentemente.

—¿Es que ha ocurrido algo?

A José le era molesto tener que hablar a través de la puerta.

—Abra usted.

—No, no estoy vestida. Vamos, diga, ¿qué quiere?

—Era para saber qué le ha ocurrido a mi mujer.

—¿Y quién es su mujer?

—La del puesto de los periódicos.

—¡Ah! Se la llevaron esta tarde; iba a tener un hijo.

—Pero, ¿a dónde?

—No sé; se la llevaron en una ambulancia. ¿Y para eso me han hecho levantar de la cama? ¡Pues sí que los hay con poca vergüenza!

—Como usted comprenderá estoy preocupado. ¡Es mi mujer!

—¡Su mujer!... haberla dejado tranquila, vería usted como no estaría ahora como está.

—Pero es que...

La luz se apagó y se oyeron los pasos de la mujer alejándose.

—Vámonos—le dijo el sereno—; ella no sabe tampoco dónde la han llevado.

Salieron los dos y el sereno cerró la puerta de la calle. En la acera de enfrente se oyó un chasquido de una palma.

—¡Va!

Se alejó corriendo. Llovía ahora intensamente.

José se pegó al muro de la casa y estuvo allí unos minutos sin saber qué hacer. Al cabo de un rato volvió el sereno. Parecía también preocupado.

—También es mala suerte—le dijo para consolarle—. Y ahora, ¿qué va usted a hacer?

—No sé.

—Vaya a la Comisaría. Allí a lo mejor saben a qué hospital la han llevado.

—¿Dónde está la Comisaría del distrito?

—En Daoiz, número 14.

—¿Y eso dónde está?

—Es una calle que sale de ahí, de San Bernardo.

José echó a andar calle arriba. Había cesado la lluvia, pero seguía en el ambiente una humedad que amenazaba con nuevos chubascos. El viento era frío y tuvo que guarecer sus manos en los bolsillos del chaquetón.

Atravesó la glorieta de San Bernardo por en medio. En ninguna de las calles que desembocaban a la plaza vió coche alguno. El reloj que servía de muestra a una tienda marcaba las dos menos cuarto. Todo estaba apagado, excepto las líneas de faroles, que corrían paralelas a las aceras de las calles. Sus pasos resonaban en el silencio de la noche. El ruido de sus zapatos le hizo pensar en cosas extrañas que apartaron por completo sus preocupaciones. No, no es que sonaran más fuertes las pisadas en la noche; pero era curioso pensar que se oían precisamente porque era él el único que pisaba en aquella gran plaza. Si fueran muchos los que caminaran por la calle, en lugar de oírse más ruido no se oiría ninguno absolutamente. Cuando las aceras estaban llenas de gente que iba y venía no se oían las pisadas: se oían los coches, las conversaciones, pero nunca las pisadas. En seguida comprendió que era una tontería lo que estaba pensando. Buscó el nombre de la primera calle, Malasaña. Siguió caminando. Había vuelto de nuevo a pensar en la Filo, e instintivamente aligeró el paso.

Al fin llegó a la esquina de la calle Daoiz y vió el farol de la Comisaría. Les explicó a los guardias de la puerta a lo que iba.

—Pase ahí dentro y pregunte.

Una vez dentro se le acercó un sargento.

—¿Qué quiere?

Comenzó a explicar de nuevo lo que le ocurría. El guardia estaba sentado ante una mesa, donde





había un vaso vacío de los que se usan en los bares. Debía de haber contenido café, pues el vaso estaba sucio y aún conservaba dentro la cucharilla.

—¿Y no sabe dónde está?

—Sólo sé que se la llevaron en una ambulancia.

—Bueno, pero alguien avisaría a la ambulancia, ¿no?

—Sí, pero no sé quién sería.

—Eso es lo malo, porque ambulancias... todos los hospitales y sanatorios tienen la suya. ¡Vaya usted a saber de dónde la mandaron!

—Pero habrá algún sitio donde lo sepan.

—Puede que fuera del servicio de ambulancias...

El guardia se interrumpió. En ese momento entraban dos policías con un hombre esposado. El hombre tenía el rostro lívido e iba despeinado. Lo entraron dentro. El sargento se apresuró a entrar en la habitación. Se oía hablar a los policías. José no se preocupaba de la conversación y seguía dándole vueltas y más vueltas en su cabeza a la idea cruel de que no fuera posible localizar a su mujer. No, no era posible; en algún sitio podrían informarle.

El guardia tardó un rato en salir. Se veía que quería ayudarle, pero que, por más que hacía, no encontraba la manera de aconsejarle.

—Podemos llamar por teléfono a las Casas de Socorro.

—Si hiciera el favor...

—Claro que en una Casa de Socorro no es probable que esté.

—Pues se puede llamar a los hospitales.

—Lo intentaremos.

El sargento llamó a un guardia.

—Pregunta en las Casas de Socorro y en el Servicio de Ambulancias si saben algo de una señora... ¿Cómo se llama su mujer?

—Filo García... Filomena...

El guardia se marchó a cumplir la orden. El sargento le dió un cigarrillo a José.

—¡Bah! No se preocupe. En dondequiera que esté la cuidarán bien.

—Sí, pero ¿esto de no saber nada!...

—Desde luego, comprendo que es para estar así. Cuando mi mujer tuvo el chico también pasé muy mal rato, y eso que estaba a dos pasos de ella, en la habitación de al lado. Siempre se pone uno muy nervioso.

—A lo mejor ya lo ha tenido.

—Seguramente; si se la llevaron en una ambulancia es porque estaba ya para soltarlo.

Los policías que trajeron al hombre salían ahora de la Comisaría.

—Hasta mañana.

Hubo un largo silencio. José se mesaba de nue-

vo los cabellos mientras esperaba impaciente la vuelta del guardia. Cuando se abrió la puerta por la que éste se había marchado, el corazón le dió un vuelco. El guardia le comunicó al sargento el resultado de sus llamadas, sin mirar a José siquiera, como si la cosa no fuera con él.

—No está esa mujer en ninguna Casa de Socorro.

—Y en el Servicio de Ambulancias, ¿qué han dicho?

—Han llevado a dos mujeres: una, al Hospital General, y la otra, a un sanatorio.

José intervino.

—¿No le han dicho de dónde las llevaron, si fué de un puesto de periódicos?

—No han sabido darme detalles. Habían turnado el servicio, y en el libro sólo consta el lugar a donde ha sido llevado el enfermo, y la causa. De parto sólo han hecho dos servicios.

El sargento aportó nueva luz a las dudas que se iniciaron en la mente de José.

—Si la cosa se inició en la calle, lo probable es que llamaran al Servicio de Ambulancias; por lo tanto, su mujer es casi seguro que es una de esas dos, y como a un sanatorio no la iban a llevar, estará en el Hospital General.

José se puso de pie para marcharse; pero el sargento, que parecía un buen hombre, se ofreció para llevar hasta el fin la información, encargándole al guardia que preguntara en el Hospital si la habían llevado allí. Luego le explicó.

—Así irá usted sobre seguro.

No tardó mucho en venir el subalterno, afirmando que eran ciertas las sospechas del sargento. José se despidió y salió de la Comisaría.

Ya en la calle estuvo unos momentos indeciso sin saber por dónde tomar. El Hospital estaba lejos. A esa hora ya no circulaban los tranvías ni los autobuses: tendría que ir andando. Por fortuna, no llovía. Se subió el cuello del chaquetón y echó a andar para la calle de San Bernardo, y bajó por ella camino de la Gran Vía. Algunos bares estaban todavía abiertos. Hasta las tres no cerraban los cafés, y en ellos se refugiaban los escasos trasnochadores que el frío hacía cobijarse bajo techado. Pasaba de vez en cuando algún que otro taxi con la luz verde encendida, marchando despacio y atento a la primera señal. De una taberna salió un borracho cantando y rompió por unos momentos el silencio y la paz de la calle. No tardó en llegar el sereno imponiendo silencio.

José sintió que el frío le dominaba. Recordó que no había cenado y que llevaba el estómago vacío. Sería conveniente tomar una copa para entrar en calor. Como no llevaba mucho dinero desechó rápidamente aquel pensamiento. Si hubiera habido una taberna abierta quizá habría entrado, pero eran sólo los cafés y los bares más lujosos los que estaban abiertos a esas horas. El frío seguía metiéndose en los huesos cuando llegó a la Gran Vía.

La avenida de José Antonio contrastaba con las otras calles. Se veían muchas personas, y los taxis iban de un lado para otro. También había mucha más luz. Tras las lunas de los cristales se veían los cafés y los bares casi llenos de clientes. Por las calles caminaban busconas elegantes que miraban de reojo a los transeúntes. También se veían parejas que iban presurosas o que siseaban a los taxis para que pararan.

Estaban ya cerrando los bares. Oyó cómo el sereno daba con el chuzo en el suelo en la puerta de una cafetería. De un momento a otro—pensó—se cerrarían todos y la gente se iría a sus casas. Entonces se quedaría él solo en la calle. La idea le hizo estremecerse. La soledad le resultaba cruel. Parecía que sentía alivio viendo a otras personas aunque no hablara con ellas.

Recordó de nuevo que llevaba el estómago vacío, y achacó a esto el frío que se le colaba como un cuchillo por el cuerpo. Debía tomar una copa de cazalla para que el cuerpo reaccionara. ¡Cualquiera sabía el tiempo que tardaría aún en llegar a casa, y, si no se decidía pronto, cerrarían todos los bares. Se metió por una de las callejas de la calle del Carmen y entró en el bar que le parecía más modesto.

—Una copa de cazalla.

—No tenemos... Anís, coñac...

—¿Chinchón tampoco tienen?

—Sólo anís.



—Deme entonces una copa del más seco que tenga.

Mientras le servían la copa miró la marca de la botella y se arrepintió de haber entrado allí. Seguramente le cobrarían caro y apenas tenía dinero. Empezó a calcular mentalmente lo que podría costarle. Con la mano en el bolsillo contaba las monedas que llevaba. Si no recordaba mal, llevaría cuatro pesetas y pico. ¿Y si no tuviera dinero para pagar? Bebió un trago de anís, que sintió correr por su garganta, calentando todo su cuerpo. Estaba bueno.

Después de beber se sintió más tranquilo, más optimista. La Filo estaría bien atendida en el hospital, y la copa no costaría por arriba de las cuatro pesetas y pico que llevaba. Se estaba bien allí, en aquel bar. La calefacción estaba encendida y había gente que charlaba y reía. Casi todos bebían vino y estaban ya casi borrachos. Al fondo había un grupo de hombres del Norte que cantaban canciones a coro, moviéndose de un lado para otro al compás de la canción. En una mesa había una mujer con las piernas cruzadas al lado de una vieja que dormitaba apoyando su cabeza sobre los brazos. La joven miraba insistentemente a los borrachos. De vez en cuando se le acercaba alguno y ella se ponía muy seria. A José ni le miró. Era fácil comprender que no tenía dinero. Pero José sí la miraba de vez en cuando. Entre las piernas, bajo la falda que apretaba sus muslos, se veía la combinación rematada con encajes lujosos. A José siempre le habían causado una gran voluptuosidad los encajes de la ropa femenina. Si él tuviera dinero, pensó, le compraría una ropa interior de lujo a la Filo. La Filo era una mujer muy hermosa. Cuando él la pretendía merodeaban a su alrededor muchos hombres. Algunos incluso con dinero, que no iban sino para perderla; pero la muchacha fué siempre una chica seria.

Repasó en su memoria aquellos días en que la Filo comenzó a hacerle cara, cuando ya él comenzaba a decepcionarse de sus coqueteos y sus negativas. Pensó también en un sinfín de recuerdos íntimos. La Filo era una mujer hermosa, mucho más hermosa que aquella otra mujer y que todas las que veía por la calle. Si él tuviera dinero para comprarle ropa de lujo, en lugar de aquel trajecillo raído que llevaba, pocas mujeres podrían compararse con ella.

Se echó al colete el resto del licor de la copa y volvió de nuevo a sus pensamientos.

El dueño dió unas palmadas.

—¡Vamos a cerrar!! Ya ha pasado la hora.

Los clientes se hicieron los remolones. El dueño, que tampoco tenía grandes ganas de cerrar, porque el negocio era el negocio, no les daba prisa.

Sólo los camareros, cansados y muertos de sueño, repetían la cantinela:

—¡Señores, que vamos a cerrar!

—Ya no se sirve más, porque es la hora.

Sin embargo, aún tardaron un rato, y hubo de entrar el sereno y golpear con el chuzo en el suelo.

—¡Que ya es la hora!

A la hora de pagar, José tuvo de nuevo miedo de que no llegara el dinero.

—¿Cuánto le debo?

—¿Qué ha sido? ¿Anís? Cuatro pesetas.

Respiró aliviado y pagó, saliendo del local.

¡Qué ladrones eran en algunos bares! Pensar que una copa parecida le hubiera costado en la taberna del Curro, allá al lado de su casa, hasta 1,20. Pero allí, en el centro de la ciudad, todo costaba más caro que en ninguna parte.

Atravesó la Puerta del Sol y subió por Carreritas para coger por Atocha. Comenzó a sentir escrúpulos de haberse retrasado. No debió entrar en el bar, sino seguir de largo camino del hospital. Había gastado cuatro pesetas tontamente por un poco de calor para el cuerpo, mientras ella estaría en la cama del hospital sola y sufriendo.

Comenzó a llover de nuevo. Esta vez torrencialmente. Al chaquetón se le iban formando hombreras, y el agua le corría por la cara tras de mojar sus cabellos. Se refugió bajo la marquesina del teatro Calderón.

La lluvia caía con fuerza sobre el asfalto y producía un ruido escandaloso al chocar con los cristales de la marquesina. La calle estaba desierta. De pronto, de una de las esquinas surgió una figura negra que corrió a ampararse a su lado. Se quitó el mantoncillo con que se tapaba la cabeza y se secó con él la cara. Era una mujer vieja, de ropas miserables.

—¿Quiere tabaco, cerillas...?

—No, no llevo dinero.

—Mala noche para los que no tienen dinero.

—Todas las noches son malas, y también los días, cuando no se tiene.

La vieja se quedó unos minutos silenciosa. Luego preguntó:

—¿Fumas?

—Cuando tengo tabaco.

—Pues, toma.

Y le alargó un cigarrillo rubio que sacó del paquete entreabierto.

—No, de ninguna manera.

—¡Qué más da! ¡De perdidos, al río!...

—¿Cuánto cuesta? Aun tengo unos céntimos.



—Te lo regalo yo. Acéptalo. Hoy se me ha dado bien la noche.

Aceptó el cigarrillo. La vieja sacó de una de las cajas que llevaba para la venta una cerilla, con la que le encendió el cigarro. Se echó una chupada al pecho con ansiedad.

—La lluvia también es inoportuna.

—¡Y que no viera!

—¿Y qué haces por las calles a estas horas?... Porque tú eres un trabajador; salta a la vista.

—Estoy buscando a mi mujer.

—¿Se te ha escapado con otro?

—No. Se la han llevado para dar a luz.

—La vieja rió:

—¿Vas a ser padre?

—Sí.

—Entonces estarás muy contento.

—Tengo mucho miedo.

—¡Bah! Para una vez que sale mal, sale bien cientos de veces.

—Pero es la primera vez, y ella...

—¿No se encuentra bien?

—Sí, si se encontraba..., pero tengo mucho miedo.

En la marquesina se refugiaron una mujer y un hombre. No era aventurado suponer que ella lo había pescado a él a la salida de un bar. El hombre se acercó a la vendedora:

—Deme una de «Lucky».

—Cómprame a mí otra—dijo la mujer.

—Bueno, deme dos... Quédese con la vuelta.

Se fueron los dos, caminando pegados a las casacas. El parecía impaciente y no esperó a que amainara la lluvia.

—¡Valiente tórtolo! ¿Ves? Ya está pagado y con creces el cigarrillo que te di. Como que la Manolita los atonta. Yo no sé cómo se las arregla.

—¿La muchacha?

—Sí, es una buena mujer. Siempre que puede me echa una mano. Claro que ella va a lo suyo, y cuando coge a un primo como éste lo despluma.

—Hace bien.

—Si no se aprovecha ahora, se verá cuando sea vieja, como yo: vendiendo tabaco.

La lluvia comenzó a cesar. Sólo caían unas gotas distanciadas. José le deseó buena suerte a la vieja y echó a andar por la calle Atocha en dirección del hospital. Caminaba con paso ligero, impaciente por llegar al lado de la Filo.

En la plaza de Antón Martín había algunas mujeres que le miraron insimulantes. También había algunos chulillos que charloteaban con ellas.

Era agradable caminar cuesta abajo; parecía que se andaba más de prisa y que las zancadas eran mayores. Sus pisadas sonaban fuertes en aquel trozo de calle, desierto a aquellas horas. Ya se veía el edificio de la Facultad de Medicina; al lado

estaba el hospital, y allí estaría ella. ¿Quién sabe si tendría ya al hijo en sus brazos? O... Pero mejor era no pensar en ello. ¿Por qué habían de salirle a él las cosas mal? Claro que muchas mujeres no pueden soportar el trance y mueren al dar a luz. Pero eso ocurre sólo de tarde en tarde. Y la Filo estaba fuerte y nunca había estado mal... Muchas mujeres, aun siendo fuertes, no pueden resistirlo. Si las cosas salen mal... ¿Y por qué había de ser así?

Se limpió la cara con el pañuelo. ¿Estaba sudando? No, sería la lluvia. Pero era raro que ya no sintiera frío.

¿Y si la Filo se hubiera sentido indispuesta porque se hubiera dado algún golpe o una cosa así? Ni él ni ella lo esperaban tan pronto; al fin y al cabo, la portera no le dió muchos detalles. Podía ser eso: que se hubiera dado algún golpe y se había puesto repentinamente enferma. Eso sería de mucha gravedad. A lo mejor, incluso, se había muerto. Pero, ¿por qué había de pensar en esas cosas, ahora que estaba llegando al hospital?

Llegó a la puerta y llamó. Un ordenanza salió a abrirle.

—¿Qué desea?

—¿Está aquí Filomena García?

—Espere, voy a ver—consultó un gran libro—. Sí, aquí está.

—¿Y cómo se encuentra?

—¡Y yo qué sé! ¡Estaría bueno que yo tuviera que saber cómo están todos los enfermos!

—Pero podré enterarme en algún sitio.

—¡Claro que podrá enterarse, pero no a las cuatro de la mañana! ¡Digo yo!

—Es que es mi mujer y estoy preocupado. Compréndalo.

Se quedó en silencio unos momentos antes de preguntar:

—¿Podría subir a verla?

—A estas horas no es posible. Está en una sala y duermen todos los enfermos.

—Pero es que no sé nada de ella.

—¡Y yo qué le voy a hacer! Vuelva usted por la mañana y se entera.

—¿A qué hora puedo venir?

—A las ocho es buena hora.

José se marchaba angustiado, pero se paró en la puerta y volvió de nuevo al lado del conserje.

—Dígame, ¿llevan algún libro con el nombre de los que mueren?

El portero se le quedó mirando unos segundos sin pestañear. Luego cogió un libro y miró.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Filomena García.

La voz de José estaba quebrada por el temor. por el nervosismo.

Esperó con angustia.

—No, no está aquí. Esté tranquilo. Vuelva por la mañana; ya no queda mucho.

José se perdió tras los cristales empañados de la puerta. El conserje cerró el libro, que aún estaba abierto, y no pudo dejar de suspirar, a pesar de su experiencia en aquellos casos:

—¡Pobre hombre!

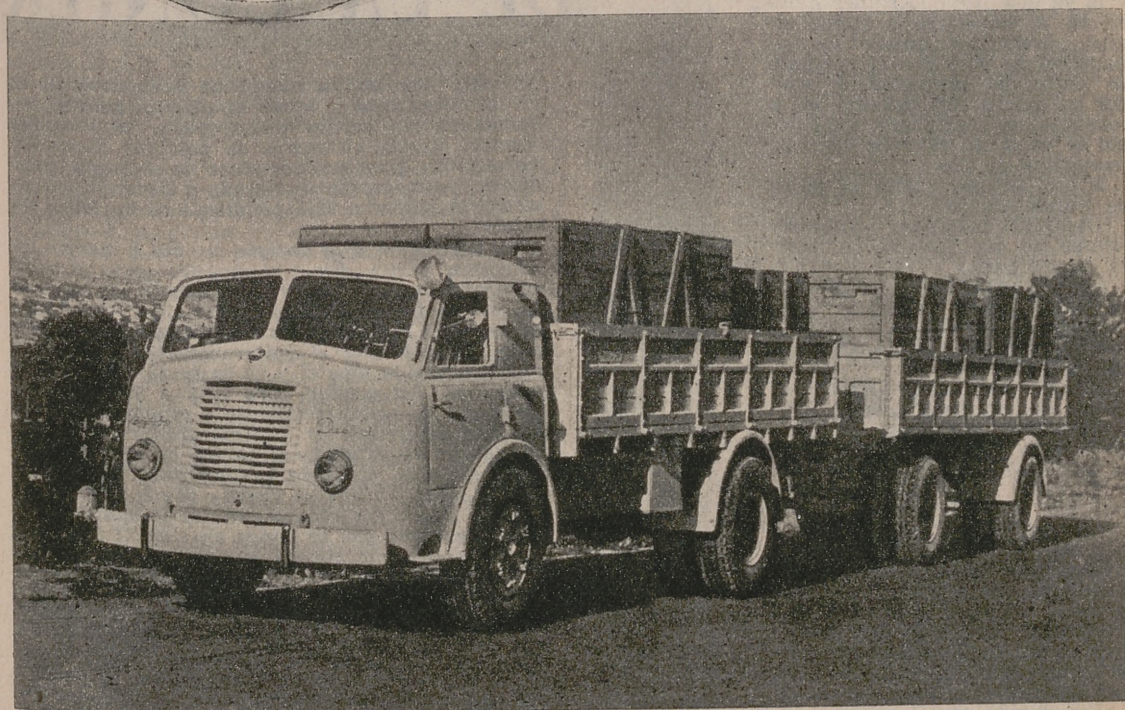
Ya no podía volver a su casa. Hacía ya tiempo que no circulaban los tranvías, y no tenía dinero para pagar otro medio de transporte. Caminó por el paseo del Prado. Caía una lluvia menuda, pero iba tan abstraído en sus pensamientos que no se inmutó. El chaquetón estaba empapado de agua y sentía la humedad en sus hombros y en los pies. Volvió sobre sus pasos, camino de la estación del Mediodía, con idea de refugiarse en ella. Bajo el tejadillo de las puertas de entrada se sentó en el suelo. Había de esperar hasta las ocho de la mañana para ir al hospital. El reloj de la estación marcaba las cuatro y cuarto.

Apoyó su espalda en la pared y estiró las piernas. El sueño le iba cerrando los ojos. Un pensamiento dulce dió paz a su espíritu: la Filo estaría en una cama del hospital con su hijo en los brazos. Esperaría, como él, a que dieran las ocho de la mañana para darle un abrazo y mostrarle con orgullo al niño. Sería un varón, estaba seguro; un niño hermoso que se parecería a su madre.

El sueño fué velando sus pensamientos y se quedó dormido, con una sonrisa brotando en sus labios.



AL SERVICIO
DE LOS
TRANSPORTES
ESPAÑÓLES





“NO PUEDE UNO CONFIAR EN LA INTELIGENCIA”, afirma Núñez Alonso

ACABA DE APARECER SU NOVELA “LA GOTA DE MERCURIO”, FINALISTA del ULTIMO PREMIO NADAL

A ORO ANTIGUO SUENA SU PROSA

“La gota de mercurio» comienza así:

«La presente novela—que consta de un solo capítulo—narra doce horas de vida del pintor Pablo Cossío, primera persona nominal del relato. Como en distintas ocasiones, el protagonista se refiere o alude a su pasado, creemos conveniente proporcionar al lector un cuadro sinóptico de su biografía, que recoge, concisamente, aquellos datos informativos de que se hace omisión en la novela.

1901. Nace en la ciudad de Méjico el día 15 de mayo...»

Este modo de entrar en la novela ya nos dice que Núñez Alonso va a emplearse a fondo en una novela que quiere ser exhaustiva no sólo por el recuento de datos del protagonista, sino por su misma fórmula, que va a consistir en vaciar una vida como se vacía un calcetín lleno de moneditas de oro.

A oro antiguo suena la prosa de Núñez Alonso.

GRACIAN LOAYSA.—¿Cuánto tiempo le ha llevado su «Gota de mercurio».

NÚÑEZ ALONSO.—Unas ciento veinte horas en cinco años consecutivos.

GRACIAN LOAYSA.—¿No hacía más que esto?

NÚÑEZ ALONSO.—Hacia al mismo tiempo otras novelas.

GRACIAN LOAYSA.—¿A qué generación española se considerará adscrito?

NÚÑEZ ALONSO.—Estoy ramificado a la de Lorca, Gerardo Diego, Salinas.

CONCHA FERNANDEZ LUNA.—Hasta qué punto está en su personaje central? ¿Cuánto hay de usted en Pablo Cossío?

NÚÑEZ ALONSO.—Mi personaje es autobiográfico, pero aparte de mí. Sus opiniones en arte, por ejemplo, son suyas, no mías. Le he dejado ser él mismo, mo-

verse en su mundo con absoluta libertad. Está autobiografiado, pero no es enteramente autobiográfico.

C. FERNANDEZ LUNA.— Su novela es abisal. Pienso que sólo podía haberla escrito un hispanoamericano y, concretamente, un mejicano. ¿Es así?

NÚÑEZ ALONSO.—El tipo mejicano está muy familiarizado con la idea de la muerte y tiene siempre los dados que juegan

a amar y a odiar, a vivir y a dejarse morir.

BAQUERO.—Para poder escribir «La gota de mercurio», ¿tuvo que someterse a algunas disciplinas especiales?

NÚÑEZ ALONSO.—Sí, a la pintura. Y como el protagonista es un artista surrealista procuré seguir en mis cuadros la técnica adecuada.

BAQUERO.—¿Durante cuánto tiempo se sometió a este ejercicio?

DE LA CONFERENCIA

DESDE hace algún tiempo va desapareciendo de la circulación el modo de disertar teatral, rimbombante, de espesa prosopopeya, de verborrea maciza, diluida en mares de palabras vacías. Ya no se estila, y en muchos sitios no se acepta, el auditorio pasivamente interesado y benévolo que en completo mutismo está pendiente de los labios del orador.

La exposición a la antigua usanza y manera del «magister dixit», dijo el maestro, y no se puede replicar, o sea, no se pueden discutir sus ideas en el campo de la verdadera educación y formación intelectual. Eso de verse uno obligado a admitir todo lo que le dice el conferenciante sin discutirle nada porque lo dice él y es bastante, ya no puede aceptarse. Tal actitud obra muy a menudo como un medio de embrutecimiento y pronto, muy pronto, sólo conservará un tipismo académico, histórico, decorativo, tradicional, propio de otros tiempos.

Se entiende, recuerda y comprende mejor, y es más eficiente lo que se discute que lo que simplemente se oye, por atenta que sea la audición, por mucho cuidado que se ponga en ella. El monólogo, el soliloquio de la clásica conferencia, terriblemente aburrida, de gravedad afectada, presuntuosa, artificiosa y postiza, verdadero sermón en el desierto, o que aprisiona al oyente como en un suplicio está en decadencia, y en ciertos círculos y medios culturales ha desaparecido, para ser sustituida por el diálogo que reconoce la importancia y el valor del oyente sin convencionalismos ni fórmulas manidas; por el coloquio, entendida esta palabra en

NÚÑEZ ALONSO. — Durante cinco años.

BAQUERO. — ¿Realizó algún cuadro de los que se mencionan en la novela?

NÚÑEZ ALONSO. — Sí, el de «La columna dórica».

BAQUERO. — En su obra dice que ese óleo provocó un escándalo. ¿Cree que su cuadro podría también provocarlo?

NÚÑEZ ALONSO. — No creo.

BAQUERO. — ¿Se considera un escritor surrealista?

NÚÑEZ ALONSO. — Tampoco. Sin embargo, en la obra yo he dejado elementos expresivos surrealistas para caracterizar al personaje «Pablo Cossío», que sí lo es.

AHONDANDO EN LA NOVELA

Núñez Alonso es calmoso y sereno. No se inmuta fácilmente. Contesta a las preguntas con firmeza y resolución. Tiene muy madurado todo lo que se refiere a su personaje y a su obra.

GRACIAN LOAYSA. — Su personaje es religioso, ¿sí o no?

NÚÑEZ ALONSO. — Pablo cree, pero no tiene fe. Cree conceptualmente, pero no tiene sentimiento religioso.

GRACIAN LOAYSA. — Desde el punto de vista clínico, ¿cómo juzga a su personaje?

NÚÑEZ ALONSO. — Como a un paranoico.

C. FERNANDEZ LUNA. — Yo veo en su Pablo Cossío algo así como una influencia o rastreo de su madre.

NÚÑEZ ALONSO. — Sí, podría hablarse de una influencia scamática, casi de un complejo de Edipo.

C. FERNANDEZ LUNA. — ¿Cómo está elaborada en usted la ecuación de Sonia?

NÚÑEZ ALONSO. — Yo la conocí, pero está recreada por mi imaginación. Existe y vive actualmente.

C. FERNANDEZ LUNA. — ¿Más allá de qué punto es real Acronisia?

NÚÑEZ ALONSO. — Acronisia es un producto imaginativo. A mí me ha servido para facilitar esas introversiones que Pablo hace. Desde el momento en que ve a una mujer en un restaurante y se va con ella, se desdobra y hace una ausencia en la que Acronisia es arranque y motivación.

BAQUERO. — ¿Ha tratado a muchos locos?

NÚÑEZ ALONSO. — Algunos.

BAQUERO. — ¿Recluidos?

NÚÑEZ ALONSO. — Hospitalizados, bastantes. Pero muchos más sueltos.

BAQUERO. — ¿Cuántos locos reales figuran en «La gota de mercurio»?

NÚÑEZ ALONSO. — Algunos, por ejemplo, Rivas, la réplica de Pablo Cossío. Está inspirado en un secretario que tuve. Este hombre intentó suicidarse por tres veces.

BAQUERO. — ¿Cuántos personajes existentes de veras hay en su novela?

NÚÑEZ ALONSO. — Casi todos son reales. Muchos aparecen con su nombre verdadero.

C. FERNANDEZ LUNA. — ¿Cómo explicaría el atavismo de su personaje, lo que podríamos llamar su regreso a la sangre ancestral?

NÚÑEZ ALONSO. — Yo metí esas dos regresiones, como «La huella de sílex», por ejemplo, para dar una idea de la importancia de ser humano, por la radical importancia y valor que concedo a la vida humana. Precisamente porque soy católico.

CIRCUNSTANCIAS DE UNA NOVELA FINALISTA

Núñez Alonso hace un año era totalmente desconocido en España. Venía de Méjico con su obra, bajo el brazo, y entre visitar editores y concurrir a un Premio, decidió acudir al Nadal. No con-

tuvo mucho en que lo rechazaran. Pero tenía confianza de que si lo conocían esto le bastaría para darlo a conocer.

A Núñez Alonso no le cayó el Nadal, como quien dice, por los pelos. Fué María Luisa Forrellad la que lo desbancó en la última votación.

GRACIAN LOAYSA. — Su obra esconde y revela una tesis. ¿Quiere explicarla un poco?

NÚÑEZ ALONSO. — Mi tesis personal es que no puede uno confiar en la inteligencia. Que hay que ser más humanos. Mi obra es una apelación contra el espíritu crítico.

GRACIAN LOAYSA. — ¿Qué impresión le hace cuando oye que le llaman el Proust español?

NÚÑEZ ALONSO. — A mí, de Proust sólo me ha interesado el mecanismo.

GRACIAN LOAYSA. — ¿No sospecha que este mecanismo puede estar superado?

NÚÑEZ ALONSO. — Eso yo no lo sé. Yo quiero que cada novela mía tenga su lenguaje, un lenguaje que le vaya al tipo. A Pablo le iba ese procedimiento.

GRACIAN LOAYSA. — ¿En su próxima novela usará otros modos?

NÚÑEZ ALONSO. — Sí, «Segunda agonía» es más telúrica, más cósmica más instintiva, más sensorial. El lenguaje es más directo y sencillito ya.

C. FERNANDEZ LUNA. — ¿Existe en ella de veras la mujer?

NÚÑEZ ALONSO. — Existe y está dentro del personaje. Vive y es real. El personaje no lo es, pero ella sí.

BAQUERO. — La crítica, al hablar de su novela, siempre cita, además de Proust, a Kafka, a Joyce, etc., ¿admite influencias de estos autores?

NÚÑEZ ALONSO. — Como es natural, no me son desconocidos dichos novelistas, incluso han

ENCIA AL COLOQUIO

Por Ricardo Royo-Villanova
Catedrático de Universidad

su más amplio sentido; por las preguntas y respuestas entre los que escuchan y el que diserta; por la polémica, cuando pueda ejercerse sin cortapisas, con puntos de vista y desde ángulos de mira elevados.

Todas estas maneras constituyen de los mejores métodos, sino los mejores de los verbales, para sujetar y mantener la atención, para sugerir ideas e imágenes, para fijar conocimientos y conceptos, para reunir convenientemente depuradas las informaciones indispensables sobre cualquier asunto o materia. La controversia, con un clima de cálida humanidad, tiene algo de crisol que funde y purifica. Hoy más que nunca en toda enseñanza oral, en la lucha contra el fastidio y el bostezo de la conferencia plúmbea, pesada como losa, que desgraciadamente aun es muy frecuente, se impone el modo ágil, amable, generoso, cordial, cual es el de las tertulias familiares y el de las tertulias de la amistad, presididas por el pensamiento coloquial, tan antiguo y tan moderno y ahora tan actual. Pero adaptando y administrando convenientemente el rito del coloquio al fino arte de la conversación, de una conversación animada y fértil en saludables y afeccionadoras incidencias, y, en todo caso, al carácter de los temas, a su objeto de peculiaridades, al blanco que los organizadores y directores de la charla en cuestión se proponen.

Esta especie de debates, bajo la vigilancia del maestro o el profesor, de su instinto rector y de su tacto, discutiendo agrupados en torno a él, más

en apacible palique que en estridente y violenta controversia, constituyen excelentes ocasiones para ejercitar simultáneamente el sentido crítico y la imaginación profesional, científica, cultural, provocando así, con cierta facilidad, las mutuas reacciones coloquiales.

Estamos persuadidos, firmemente convencidos, de que quien ha sufrido este entrenamiento conserva los beneficios del mismo a lo largo de toda su vida mental e intelectual, principalmente al enfrentarse con cuestiones arduas y dudosas. El modo y manera de la conversación que da cohesión y aglutinación familiar, que hace que las ideas se prolonguen más allá del contenido de las palabras, constituye, efectivamente, una gran lección, una experiencia viva y actuante, una técnica muy digna de tomarse en cuenta, ejemplo y modelo para la formación del intelecto de los que desean aprender, fijar, esclarecer, asociar nociones y conceptos.

En resolución, que el complejo verbal del comedido coloquio va reemplazando a la imagen del hierático conferenciante alzado sobre el pavés, aislado sobre el estrado, figura que toca a su fin y hasta es poco menos que incompatible con nuestro modo de ser hoy día, con nuestra vida y ambiente actual. No se trata ya de hablar al público, sino de hablar con el público, en su lenguaje y dentro de sus mismas coordenadas intelectuales. El conferenciante, sin el menor engreimiento, debe escuchar también al que le escucha, debe admitir y graduar las discusiones y correcciones de los oyentes.

constituido mis lecturas más frecuentes en los últimos años. Es difícil saber hasta qué punto se reciben las influencias y sedimentan en uno. Creo que todo escritor actual se encuentra en estas vías, abiertas con la aparición de la novela psicológica, y mucho más con las doctrinas psicoanalíticas.

GRACIAN LOAYSA.—¿Qué le parece Baroja?

NÚÑEZ ALONSO.—Hace veintidós años que no lo leo.

GRACIAN LOAYSA.—¿Cuál es un autor que se acerca, entre los españoles, a su tipo de creador de novelas?

NÚÑEZ ALONSO.—Gabriel Miró.

BAQUERO.—¿Cree que su novela originará escándalo en Méjico?

NÚÑEZ ALONSO.—Posiblemente sí, porque la actitud de Pablo Cossio respecto a los pintores muralistas, especialmente hacia Diego Rivera, coincide con un buen grupo de artistas de caballete.

BAQUERO.—¿Qué supone que hubiera hecho Pablo Cossio si hubiera visto, por ejemplo, la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid?

NÚÑEZ ALONSO.—Tendría un motivo más para agregar a la causa (entiéndase suicidio).

C. FERNANDEZ LUNA.—En su obra de arte su mujer, ¿es «musa» o esposa, amiga, compañera?...

NÚÑEZ ALONSO.—Mi mujer es mejicana. Es mi secretaria además. Estoy profundamente enamorado de ella. No es mi «musa». Yo creo que no hay inspiración, sino creación.

DETALLES DE UN CREADOR QUE ASPIRA A UN ESTILO PERSONAL

BAQUERO.—Insistiendo en la fama de Proust español, que le ha puesto algún periódico, ¿qué dice de ello?

NÚÑEZ ALONSO.—Es un título que me halaga, pero no creo ni merecerlo ni, mucho menos, poder sostenerlo. En «La gota de

mercurio» los trozos proustianos sólo se aplican en determinados momentos, concretamente en todo lo que se refiere a la «Marquesa de Tresguerras» y su círculo social.

GRACIAN LOAYSA.—El puro elemento plástico, ¿es muy importante para usted en la novela?

NÚÑEZ ALONSO.—Es muy decisivo.

BAQUERO.—¿Realizó alguna otra experiencia además de la pictórica para poder escribir la obra?

NÚÑEZ ALONSO.—Como el protagonista se escapa al delirio, me vi obligado a darle un lenguaje *subconsciente*. Para realizarlo, ensayé durante muchísimo tiempo la escritura automática surrealista.

BAQUERO.—¿De qué forma?

NÚÑEZ ALONSO.—Dejando libremente los dedos frente a las teclas de la máquina para que escribieran en una especie de sonambulismo.

BAQUERO.—El protagonista de su novela, ¿llegó a escaparse del dominio del autor alguna vez?

NÚÑEZ ALONSO.—El protagonista siempre lleva al autor.

BAQUERO.—¿Siempre?

NÚÑEZ ALONSO.—Desafortunado el novelista que no se deja arrastrar por sus personajes, e igualmente desafortunado si se pierde en ellos.

C. FERNANDEZ LUNA.—Puesto que el marco de su obra es la pintura, ¿quiere decirnos?...

NÚÑEZ ALONSO.—Para mí hay un denominador absoluto en la técnica, que es Velázquez. Después de él, la pintura es otra cosa. Velázquez, junto con Cervantes, que es el genio escritor, como el otro lo es de la pintura, son los dos hombres más representativos de lo español. Son españoles - españoles y españoles-universales.

GRACIAN LOAYSA.—Háganos una especie de tabla de sus preferencias literarias.

NÚÑEZ ALONSO.—Ahora empiezo a conocer la literatura actual española. Me interesó mucho

«Hospital General», de Pombo Angulo. Cela me ha parecido muy inteligente. No conozco todavía a Gironella.

C. FERNANDEZ LUNA.—Tres nombres de mujer, y por este orden Elena Quiroga, María Luisa Forrellad y Carmen Laforet.

BAQUERO.—Puesto que pudo publicar su novela en Méjico, ¿qué le hizo presentarla en España?

NÚÑEZ ALONSO.—La mayor difusión del libro y la interpretación de la crítica.

GRACIAN LOAYSA.—La literatura, ¿le daba dinero en Méjico?

NÚÑEZ ALONSO.—Por supuesto, y más todavía los guiones cinematográficos. Todo novelista que no conozca exactamente esta técnica está desenfocado. El cine enseña mucho, muchísimo.

BAQUERO.—«La gota de mercurio», ¿es minoritaria?

NÚÑEZ ALONSO.—Las opiniones que tengo es de que las mujeres la leen de un tirón, mientras que los hombres la leen con más calma. Me parece que tiene los elementos suficientes de intriga y acción para mantener despierto el interés.

GRACIAN LOAYSA.—Díganos nombres de algunos escritores mejicanos que interese conocer, según su criterio.

NÚÑEZ ALONSO.—Gregorio López Fuentes, Mauricio Magdaleno, José Revueltas.

CONCRETANDO:

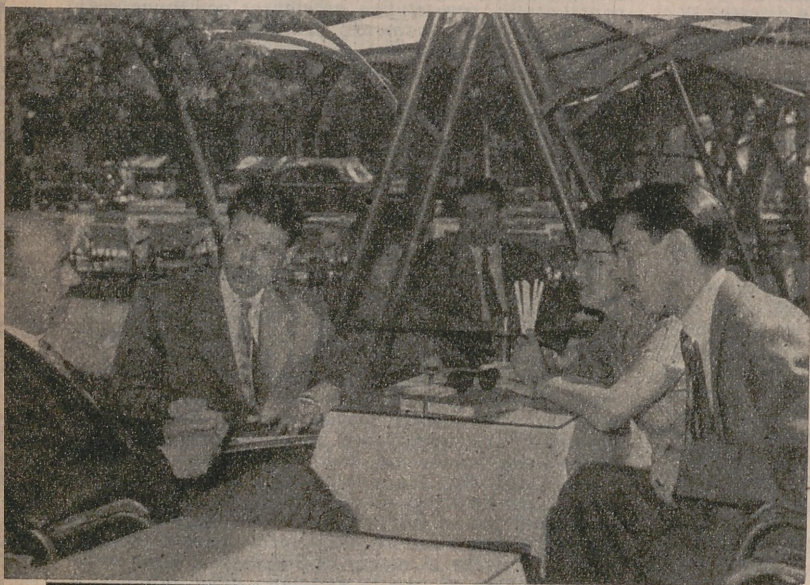
Nos encontramos ante un hombre hecho. Hombre con temperamento y rango de escritor, que viene preparado a dar, no la batalla de un libro, sino la de toda una serie de creación muy personal y ardua. Núñez Alonso cultiva un estudio depurado, cargado de resonancias líricas y armado de toques plásticos de gran belleza. Al mismo tiempo, va al fondo de los asuntos. Su arte no es de ningún modo un arte fácil. «La gota de mercurio» resume un castellano rico, muy matizado y es de tanto más interés cuanto que sus vocablos, muchas veces, no están al alcance de cualquiera. Es el castellano que vuelve de Méjico, quizá tal y como lo llevaron nuestros conquistadores.

Núñez Alonso está casado y tiene un hijo de diecinueve años. Pero está joven, y su tarea empieza ahora.

«La gota de mercurio» termina así:

«Cinco meses después, Pablo Cossio moría violentamente, arido de contriciones, en el manicomio, el día de su cumpleaños. Probablemente esa era la fecha que le tenía destinada Acronisia. En el cementerio de Mircoac, Méjico, donde se encuentra su tumba, pocos visitantes saben que bajo la lápida que muestra una cruz y la sola inscripción de «Res est sacra miser» —sin nombre y sin fecha, sin nada de lo demográfico, que tanto le repugnaba—, reposan los restos materiales de aquel que fué uno de los espíritus mejicanos más singulares y selectos de nuestro tiempo.»

(Fotografía de Basabe.)



«Ahora empiezo a conocer la literatura actual española», dice Núñez Alonso a nuestros redactores

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL SUICIDIO DE LA BURGUESIA EUROPEA

Por Pierre DAYE

PIERRE DAYE

El SUICIDIO de la BURGUESIA EUROPEA



BUENOS AIRES

PIERRE Daye nació en Bruselas en el año 1892. Hoy es ciudadano argentino y profesor universitario.

Periodista de pluma ágil y profunda, viajero misionero, conferencista y autor de una extensa bibliografía, en la que se cuentan más de treinta obras, Pierre Daye ha escrito sobre temas muy diversos. Africa, Asia, Australia y América entran en el derrotero de su incansable peregrinación. Fruto de estas exploraciones, realizadas con sentido de crítica y observación política, son sus numerosas obras, casi todas escritas en francés y vertidas después a otros idiomas.

Entre su densa bibliografía sobresalen, por su mérito literario y su sagacidad crítica: «Moscu en el soplo de Asia», curiosas impresiones de la Rusia soviética a poco de estallar la revolución comunista; «La Europa en pedazos», acertada e imparcial visión panorámica del mundo occidental de nuestros días y llenas de anotaciones y curiosos detalles están sus libros sobre China, Marruecos, Inglaterra, Japón, el Congo Belga, los Estados Unidos y las islas del Pacífico. Todos ellos contienen impresiones sabrosas y pintorescas de viajes, conversaciones con las más destacadas figuras de la política mundial, que sirven al autor para dar a sus libros un tono de objetividad, ajena a toda imparcialidad subjetivista.

Por un tiempo, Pierre Daye dedicó su atención al género biográfico, en el que podemos señalar la vida de Leopoldo II, Jundador del Congo. Entre sus cuentos y novelas, sugeridas por su constante peregrinación a tierras lejanas, su fuerte colorido y apasionante tema, «Blancos».

«El suicidio de la burguesía europea» es un libro con aristas, quizá polémico, aunque su autor no lo pretenda. El mundo actual presenta complicadas tramas en sus relaciones sociales, económicas y humanas, como para que un observador que conoce la política por experiencia propia, por haber ocupado cargos representativos y oficiales en su país durante largos años, pueda, autoritadamente, ofrecernos, sin tergiversar, la realidad viva de nuestro tiempo.

Pierre Daye: «El suicidio de la burguesía europea». 163 páginas. Editorial Claridad. Buenos Aires.

evoluciones, en todos los campos, tanto en la material como en lo espiritual.

Después, bruscamente, en menos de ciento cincuenta años, la atterrador audacia de los descubrimientos y de las realizaciones ha sobrepasado todos los límites. La transmisión de las ideas expresadas, la velocidad en todos los aspectos, envío de la palabra con más rapidez que el relámpago de un extremo a otro del globo, traslación de la imagen animada, el lanzamiento de los más destructores proyectiles. De resultados, toda nuestra existencia se ha transformado. La técnica amenaza con ahogar al hombre.

Pero en la mayoría de los países la organización de la sociedad humana no ha evolucionado paralelamente. El código de Napoleón sirve todavía de base al Derecho en numerosas regiones. El ordenamiento político, ya sea República parlamentaria o Monarquía constitucional, ha quedado, poco más o menos, con las viejas fórmulas del siglo pasado. Las relaciones entre las naciones no han logrado, pese a algunas respetables tentativas, ningún progreso; las Aduanas estrechas existen aún; la forma geográfica de los Estados deriva todavía de peticiones y conquistas realizadas durante guerras que han tenido lugar a veces hace muchos siglos.

El espíritu, en sus aplicaciones a la vida social o política de los hombres y los pueblos, no ha seguido del todo al espíritu en el desarrollo de la vida material de esos hombres y esos pueblos. De este desequilibrio debían venir la anarquía y los desórdenes actuales.

Se deduce, entonces, que las modalidades de existencia del individuo deben ser reformadas en sus mismas bases, si se quiere encontrar de nuevo el equilibrio y la paz.

Si consideramos el dominio de la geografía política, se evidencia que los pequeños Estados, como Holanda, Bélgica o Noruega, se están volviendo, en su forma actual, anacrónicos, al menos individualmente. Y que los Estados medianos lo son en la misma proporción.

Es que hemos entrado en la era de los grandes Imperios. Francia, Italia o la Alemania actual no son más que potencias medianas, incapaces de realizar cosa alguna en política exterior, con sus propias fuerzas. Por algo sus dirigentes han empezado a comprender que si la soberanía de los Estados es, en teoría, muy hermosa, en la práctica ciertas medidas y una acción solidarias se han vuelto indispensables.

Sería todavía prematuro aventurarse a prever cuál será el porvenir de Europa. Pero se puede, desde luego, asegurar que las formas antiguas han muerto y que si el Viejo Continente no quiere verse reducido enteramente a la condición de satélite tiene que encontrar sin demora un sistema nuevo. Hasta que llegue ese momento, los Estados Unidos de Europa no dejarán de ser pura ilusión, mera utopía. Un gran cataclismo es hoy posible. Otras civilizaciones se han desmoronado en el pasado. Suele evocarse la disolución del Imperio Romano. Pero esta caída fué obra de siglos. Pocos contemporáneos la percibieron. ¿No se debería pensar más bien en la caída de Bizancio? Fué definitivamente borrada de la vida del mundo, por no haber sabido ver, comprender, adaptarse, reconciliarse en sí misma.

APOCALIPSIS

¿A qué atribuir el desconcierto inmenso que conmueve a un mundo cuyas profundidades morales han sido duramente quebrantadas y frente al cual se abren perspectivas que llenan de congoja a quienes no les niegan su reflexión?

Sin duda, al desequilibrio entre el prodigioso desarrollo de los progresos materiales y al estancamiento de los organismos políticos, espirituales y sociales. Desde Sesostris a Napoleón, el hombre no había podido alcanzar una velocidad superior a la de un caballo al galope. La evolución había sido lenta y coordinada, a través de las sucesivas

Porque una civilización puede morir.

La juventud de muchas naciones del Viejo Mundo ha perdido la fe en sus propios destinos. Enerrada en esta pobre actitud, a la juventud occidental se le puede considerar vencida antes de luchar. Es una cuestión de fe. El estado de espíritu de la juventud burguesa es harto inquietante.

Para colmo, la mayor parte de las naciones de Occidente se hallan divididas interiormente. No saben por quién combatir y, por tanto, se revelan resueltas a luchar lo menos posible.

Habría sido deseable que la Organización de las Naciones Unidas se hubiesen transformado en campeón de una posición superior a los Estados individuales o a los grupos de intereses. Habría debido afirmarse como el gran Tribunal neutral. Sin embargo, cada día se hace más evidente que esta Organización no es otra cosa que el campo cerrado de las rencillas internacionales que corre el riesgo de llegar a ser el instrumento de la política del Estado que logre afirmarse en ella con más solidez.

En su forma actual, la Organización de las Naciones Unidas tiene muchas probabilidades de seguir un camino semejante al que condujo a su condenación a la primera Sociedad de las Naciones.

Durante el primer lustro, Rusia ha jugado, salvo error, cerca de cincuenta veces el derecho del veto y, en disensión abierta con los Estados Unidos, los ha paralizado igual número de veces. Inglaterra ha destacado una oposición vigorosa contra el plan Schuman, de un «pool» de la producción de carbón y de acero entre Francia y Alemania y contra los proyectos del Ejército europeo; Francia nada quiere saber del rearme de Alemania. Bajo el nombre de Benelux, las tentativas de acercamiento económico entre Holanda y Bélgica se han dificultado por el egoísmo particular de cada una de las dos y están a punto de fracasar.

Así, en medio de una completa desesperanza, nos preguntamos: ¿En qué están unidas las «Naciones Unidas»?

Europa perece por haber exagerado su libertad. Y como consecuencia arriesga ahora la posibilidad de perderla para siempre. Todo está subordinado a esa libertad, a la Libertad.

No obstante, la idea de libertad política podría muy bien desaparecer de la tierra. Esta idea, estrictamente europea en su primitiva acepción, partió de Grecia, dándonos del hombre el concepto que tenemos hoy. Este hombre, salido del helenismo, fortificado en Roma, renovado y afinado por el cristianismo, ¿quién nos asegura que si Europa, con la ayuda de América, no estuviera defendiéndolo, no sería vencido por un individuo formado de acuerdo con otros principios por el hombre asiático?

Toda la historia de Europa podría reducirse al conflicto entre Occidente y Oriente. Alejandro el Grande soñaba con dominar Oriente y, sin proponérselo tal vez, le inyectó algunos gérmenes de cultura helénica. En el Imperio Romano la lucha concluyó por equilibrarse entre Roma misma y Constantinopla, forma oriental de la vida latina.

Asia oprimió a Europa durante siglos. Ghengis Khan y Tamerlan, Poitiers y Viena. Su rechazo tras el sueño oriental de Napoleón, y de inmediato, durante todo el siglo XIX, Asia subyugada por Europa. Asia sometida al estado de colonia, reducida, constreñida, a la espera...

Hoy, el retorno ofensivo de Asia, bajo su forma eslava. El Oriente, instalado a orillas del Oder. No solamente Moscú, sino Berlín, Viena, Praga, Budapest, Bucarest, bajo el aliento de Asia. La India británica (¿quién lo diría hace sólo veinte años!), la Indonesia holandesa, la Indochina francesa, abandonadas o en estado de revolución latente contra el amo blanco de ayer.

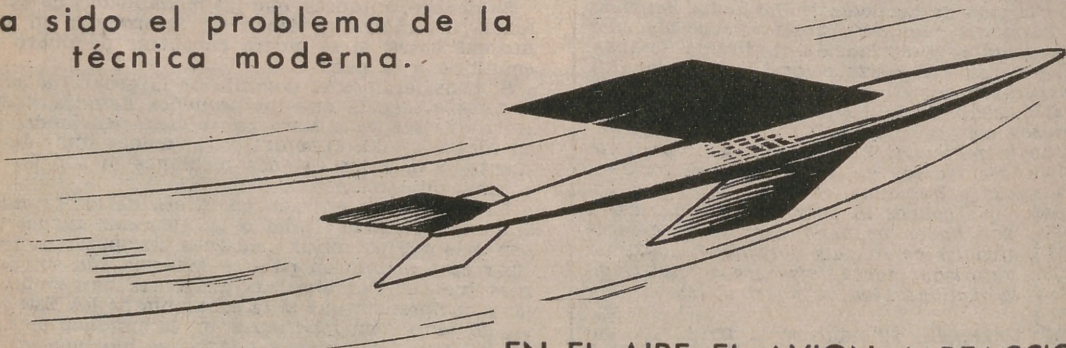
Kipling, el poeta heraldo del Imperio británico, ha dicho que Occidente y Oriente nunca habían de unirse. No, pero pueden volver a enfrentarse.

Entretanto, el resplandeciente continente europeo, que a comienzos de siglo dominaba la parte más grande de la tierra, hállese en tren de perder, al mismo tiempo que sus preciosos dominios asiáticos, todo su prestigio. Ya que en Oriente nada es

Cortar

con más **RAPIDEZ y SUAVIDAD**

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

Participe sencillo concurso mensual hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente ganará un reloj todo oro Walter Rover de 8.500 pesetas.

más grave que «perder la cara», como dicen los chinos.

El sistema colonial de los siglos XVIII y XIX, mantenido casi intangible hasta 1940, ha entrado en la agonía.

Es probable que, el 20 de febrero de 1947, escapas personas hayan advertido que ese día, cuando Attlee anunció en los Comunes el hecho asombroso de que Su Majestad había decidido renunciar a sus dominios de la India, asistíamos al comienzo de uno de los más formidables episodios de la historia contemporánea: la dimisión, en Asia, del British Empire, que iba a traer consigo la de otros, como Holanda, mientras llegaba la de Francia.

El problema de los dominios en Asia es sólo una faz de la gran tragedia que arrastra hacia la caída a la antigua sociedad, es decir, al mundo burgués.

DECADENCIA DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA

Algunos pondrán en duda que la declinación de la cultura, otra cara de la decadencia en Europa, sea una realidad. Jamás—dirán ellos—la instrucción ha estado tan adelantada como actualmente; el nivel medio se eleva: lo atestiguan los numerosos Institutos, la abundancia de libros, el interés por las artes, el desarrollo de los diarios, los numerosos conciertos, las conferencias...

Razonar así es confundir la verdadera cultura con una cierta educación que ha producido en las masas algunos progresos, sin dejar de ser superficial y empírica.

El hombre culto, ese fruto precioso de años de alta espiritualidad, el individuo poseedor del buen gusto, que ha leído, viajado y pensado, que ama la novedad, aunque ella sea audaz, y que tiene por fin volver amables, dignas e ingeniosas esas adquisiciones intelectuales, irá disminuyendo progresivamente.

La limitación de la verdadera cultura, como los embates llevados sin discernimiento contra la propiedad o las herejías contra el derecho, son golpes mortales que la sociedad capitalista y burguesa, en su locura suicida, se ha dirigido a sí misma. Constituyen señales de lo que Oswald Spengler llamó la declinación de Occidente.

Muchos creerán que hoy es un error hablar de decadencia de la cultura, de declinación de la civilización. Parece un contrasentido el concepto de decadencia en una era atómica, en el siglo de los grandes inventos, del dominio de la técnica. Sin embargo, es tal la desproporción entre el escaso adelanto del espíritu y el exceso del progreso científico, que no se puede uno equivocar si llega a pensar que este mismo desarrollo de la técnica puede llevarnos más de prisa a la barbarie.

Entretanto que se llevaban a cabo los grandes inventos he aquí lo que ocurrió desde 1939 a 1945. A fines de este año, cuando acababa la guerra, los diarios publicaron lo siguiente: «Según los cálculos hechos por los servicios del Vaticano, la guerra ha causado la muerte a veintidós millones de seres humanos. La cantidad de heridos sobrepasa los treinta millones. En total: cincuenta y dos millones y medio de víctimas». Es desconsolador el balance de la civilización moderna.

Es la técnica, la técnica prodigiosa, pasmosa, monstruosa, que ha atrofiado la parte de la civilización que no está hecha de materia, pero sí de espíritu. La técnica no es más que un efecto secundario de la civilización. El hombre, desde 1850 hasta 1950, ha cantado himnos al progreso; ha elevado la ciencia al rango de divinidad, y he aquí que actualmente, bajo sus ojos aterrados, todo amenaza desplomarse sobre una tierra, donde el desorden, la pasión, el odio, la injusticia han crecido en forma lamentable desde diez años. Es la burguesía, nodriza del capitalismo, la que comienza a destruir la estructura de ese continente europeo, que, hace unos cincuenta años, por su técnica de armamento y por otras muchas causas, reina triunfante y como dominador inmovible sobre el universo entero. Es la burguesía lo que ya anteriormente había destruido el feudalismo y su sólido sistema, sin acertar a reemplazarlo por nada de valor. Es ella la que empobreció su espíritu cristiano, la base—quíerese o no—de nuestra civilización. Es la burguesía la que, desarrollando el espíritu racionalista, ha estragado toda la envoltura moral de una civilización milenaria. Todo lo que toque la burguesía liberal se desmorona. Ha llegado al punto en que se destruye a sí misma.

La verdadera cultura, lo que constituye la medula y esencia de la cultura, está en decadencia. Faltan ideas sumarias que puedan ser comprendidas por todos. Aristóteles y Santo Tomás, Dante y Einstein, Ruysbroek y Kant, no son accesibles a la gran mayoría, que preferirá siempre una película en la que Cantinflas pierde los pantalones, o un refidido encuentro de fútbol, o un drama de Shakespeare. De donde nace también la boga de lo que ha dado en llamarse «el slogan», otra palabra anglosajona. El «slogan» es un compromiso de ideas, que cualquier inteligencia, aun la menos cultivada, puede asimilar, como el estómago una píldora, y que procura a cada uno ese mínimum de barniz intelectual que todo espíritu busca invariablemente.

Existe un problema de élites y de masas que no ha sido resuelto desde Grecia y que no lo será jamás.

¿DEBERA PAGAR SUS CRIMENES EL VIEJO CONTINENTE?

Si el Viejo Continente estuviera unido, podría volver a ser—gracias a su riqueza natural, a su situación geográfica, a su población abundante, a su genio industrial, a la grandeza de sus tradiciones—la más fuerte entidad política y tal vez económica del mundo. Pero el Viejo Continente está fragmentado, partido, despedazado casi. Se ha abierto a los rivales del exterior; ya no posee poder dominante sobre ellos; cada vez existe menos de manera autónoma.

De este modo, Europa «balcanizada» corre el riesgo de vivir en la dependencia, quíerale o no. Se encontrará con dueños nuevos y ciudadanos de categoría diferente, según sus regiones, en el estado de los países vasallos de los Césares o de Turquía en los tiempos de «l'homme malade», bajo el régimen de capitulaciones, o de las Indias de ayer sometidas al control británico. Los europeos conservarán las apariencias de independencia en el sistema político, lo que les permitirán crearse ilusiones voluntarias, pero vivirán desde entonces bajo el régimen económico de un dueño extraeuropeo.

Sin embargo, la unión de Alemania, Francia, Inglaterra e Italia hubiera podido salvarlo todo.

En espera de que las indispensables transforma-

ESTE USTED AL CORRIENTE DE LOS MÁS IMPORTANTES LIBROS PUBLICADOS EN EL MUNDO

leyendo en EL ESPAÑOL la interesante sección «El libro que es menester leer»

Los últimos títulos recogidos fueron:
«PAN EN EL DESIERTO»

Por Thomas Merton

«EL QUIJOTE DEL MICROSCOPIO»

Por Harley Williams

«YO TOCO COMO A MI ME GUSTA»

Por Humphrey Lyttelton

«PAUL VAN ZEELAND AL SERVICIO DE SU TIEMPO»

Por Jean Albert Noville

«¿QUE SIGNIFICA LA INDIA PARA LOS PORTUGUESES?»

Por Costa Brochado

«LA ALEMANIA OCCIDENTAL»

Por Alfred Grosser

ciones, apenas entrevistas, sean posibles, es urgente no eludir ciertas necesidades. El primer paso consiste en una serie de renunciaciones a los caducos derechos de soberanía. Las pequeñas y medianas potencias se dan cuenta de que ya no podrán vivir sino a costa de grandes sacrificios. Ya que, desde el punto de vista económico, la vida aislada de un Estado no es ni siquiera concebible en la organización moderna. La nueva existencia implica, desde el ángulo político y social, una continua colaboración, no exenta de una cierta y necesaria subordinación por parte del más débil.

El mundo se transforma rápidamente y en esta transformación todos los tradicionales grados de valor han cambiado.

Lejos de poder concluir un nuevo tratado de Múnster, y pese a todas las ilusiones suscitadas artificialmente, Francia, víctima de una crisis moral, con su imperio colonial que se disgrega, su población deficiente, sus retornos a las dulces debilidades de tipo republicano que ya la llevaron a la catástrofe en 1940; Francia de la burguesía, como Alemania de la burguesía, como Italia de la burguesía, está amenazada de morir por consunción.

Inglaterra, que en el transcurso de la segunda guerra conquistó laureles en grandes batallas, no quedó muy segura de su victoria y salió de su aventura más debilitada, más amenazada que antes.

El sentido común es—dicen—la mercadería espiritual más barata del mundo, aunque una terrible falta de ese producto, como de muchos otros, ha afligido a la Humanidad al día siguiente a la guerra inútil. Una total carencia de sentido común acusan aquellos que murmuran: «Necesitamos armonía en la existencia, porque no queremos volver a ser bárbaros.» Esto dicen aquellos cuyos pecados contra el orden humano han preparado, desde hace siglos, la catástrofe. Y sueñan, cuando ya es demasiado tarde, con una era de equilibrio, con los triunfos científicos y mecánicos dominados, sumisos, canalizados; con el arte reasumiendo sus derechos junto con la vida intelectual y las fiestas del espíritu. Esos europeos se niegan a darse cuenta de que han perdido el centro, y penetrados del embrujo de las sociedades decadentes se preguntan: «¿Cuándo volveremos a ver en una dicha tranquila, sin un mañana trágico, nuestra bella Europa? ¿Cuándo encontraremos, nuevamente florecientes y prósperas las tierras de la Borgoña, de Flandes, el Danubio con su luz cálida, las ciudades de la Ansa y del Imperio con sus casas góticas, la Acrópolis, donde ya no flameen banderas extranjeras; Oxford, sin la juventud que se prepara para la guerra; Holanda, Estocolmo y las aguas frías de sus lagos; París, nuevamente ligero y olvidado de las pasiones políticas; el jardín de Weimar, donde en la primavera se paseaba Goethe; Santa Sofía, sobreviviendo a Bizancio en sus mosaicos de oro; las nieblas de Londres, en un crepúsculo sobre la desembocadura inmensa y roja del Támesis; Suiza, con sus calmas nevadas; Brujas, gris; los pinos de Finlandia y las rosas de Sorrento? ¿Cuándo volverán a verlo todo eso en la alegría de la civilización, sin las crisis económicas, sin los trastornos sociales, sin guerras en presente o en futuro, sin odios de codicia?» Sin duda, no en el transcurso de esta generación, ni, ciertamente, en las condiciones que desearían...

Porque volver al pasado no es, en verdad, ni posible, ni siquiera deseable.

Europa es víctima de una crisis cada vez más grave, de la que nada permite prever una salida favorable. Si la guerra efectiva, la que especialmente no desean los Estados de la Europa occidental, no estallara, los éxitos del comunismo bajo ciertas formas, no parecen improbables, pese a todos los esfuerzos financieros del exterior. En efecto, fuera de los recursos militares y materiales, siempre aleatorios, no ha sido descubierto, en medio de la dislocación del viejo mundo, ningún medio capaz de detener la marcha del comunismo, o de conjurarlo.

Es evidente que nadie sabe adónde va el mundo, y todos, hasta los más poderosos, tienen miedo. Los descubrimientos científicos traerán indirectas consecuencias políticas y sociales que nadie puede prever.

HACIA EL PORVENIR

Después de la última guerra, hubo países que, sin serlo, se decían victoriosos. Por lo menos te-

nían la ventaja de hallarse en el campo de los vencedores, lo que representaba una realidad muy diferente.

Hay pueblos que, después de haber cometido errores, tienen el valor de hacer «su examen de conciencia»; éstos no eran numerosos. Otros hay que no han querido ver claramente, y preferían embriagarse con palabras de autoincienso y de sugerencias mentirosas de una propaganda de bombos y platillos.

¡Desdichados los pueblos que se mienten a sí mismos, más que según la indulgente norma admitida, porque pronto dejan de distinguir la realidad; plenos de ilusiones se preparan a sí terribles reveses de fortuna!

Yo siempre creí, por ejemplo, que, en 1944, la Francia del general De Gaulle (porque había otra, pero reducida al silencio) se equivocaba cuando, embriagada, se creía realmente victoriosa, triunfante, poderosa, así como lo proclamaban sus políticos en abundantes discursos. Cuando yo veía cómo se agregaba al nombre de tal o cual general el título de «vencedor del Rhin o del Danubio» (¡cáspita!) no podía sino pensar que el glorioso país de vencedores de Austerlitz o de Verdún esta redundancia no podía procrear sino arrepentimiento burlón. ¿Dónde estaban las verdaderas victorias de Francia entre 1939 y 1945? Se ha exaltado especialmente la «Resistencia». Cuando un pueblo está falto de victorias en una guerra hay que inventar lo que sea. Cumplida casi toda la guerra por Estados Unidos, el Imperio Británico y Rusia, era indispensable, para renovar la moral nacional, hallar, a falta de triunfos militares, hazañas de otro orden, que permitiesen, en la medida de lo probable, igualarse con los tres «grandes». Tal era el comienzo de la peligrosa autogestión.

Otros pueblos se sugestionaron de modo bien distinto. Y todos, sin excepción, soñaron en la embriaguez de la victoria o de la derrota, en una paz universal, eterna. Ya no había más guerras. Fué el tiempo, un tiempo corto, inminente, el que se encargó de demostrar que todo era de modo contrario.

Como lo observó muy bien Georges Degay, el dilema profundo que se presentaba no sería tanto un problema político como social: síntesis proletaria (soviética), o bien, síntesis concebida y realizada por todos los que no quieren ser bolchevizados. En las asambleas de Lake Success, ya se podía percibir ese choque. No puede negarse tampoco que enormes multitudes no quieren adherirse ni a la fórmula comunista ni a la capitalista.

Repartido a través del globo, se encuentra un número creciente de gente deseosa de agruparse bajo fórmulas nuevas para encontrar la paz. En todas partes se empieza a reconocer la necesidad de establecer «el orden». Al lado de los indiferentes de ayer se aglomeran hombres hartos de años de experiencias lamentables y resultados calamitosos. Existe, sobre todo, una enorme masa flotante y desamparada, mucho más abundante de lo que los vencedores han creído en un principio, procedente de los más variados ambientes, hasta de los extremistas de ayer, que no esperan sino realizarse en un movimiento, en un tercer movimiento, que los satisfaría más que los movimientos que hoy chocan en el mundo.

«La tercera posición», que parece insostenible en la política interna, lo es menos en los asuntos externos. Sería buena si creara algo nuevo, distinto de las otras posiciones que quisiéramos rechazar. Las terceras posiciones se teme que se diluyan en una neutralidad fácil. Y nosotros ya tenemos experiencia para saber que, en nuestra época, la neutralidad ofrece una situación difícil de mantenerse. Los próximos conflictos no admitirán neutralidad posible.

Si un retorno al pasado sería infructuoso, una estabilización en el presente será de funestas consecuencias. Y si el viejo mundo no descubre su verdad en la moderación y honradez espiritual, por encima de todas las pasiones disolventes, continuará hundiéndose en el caos. Las ruinas de sistemas muertos se acumulan junto con las pruebas de la impotencia de crear.

¿Quién será capaz de establecer la nueva conciencia de la Humanidad?

Una vieja tapicería bruselense de «Toison d'Or» lleva por epígrafe: «La justicia es la constante voluntad de hacer el derecho hasta a los vencidos».

EL PATRONATO NACIONAL DE SAN PABLO

UNA INSTITUCION ESPAÑOLA SIN PAR EN EL MUNDO

Protege eficazmente a las familias de presos y penados y procura la reincorporación del delincuente regenerado al seno de la sociedad



Entrevista con su presidente, el conde de Marsal

DON Tomás Boada Flaquer, conde de Marsal, es hombre de múltiples empresas. No es fácil encontrar resquicio en sus jornadas agotadoras. Es cosa de acertar con sus poquísimos minutos libres.

Por fin estoy con él en el despacho que como presidente de la Empresa Nacional Torres Quevedo tiene en la calle Núñez de Balboa.

De allí marchamos inmediatamente a la sede central del Patronato Nacional de San Pablo para Presos y Penados, donde tiene otro despacho presidencial.

El tránsito, la traslación de un lugar a otro, fué para mi en extremo revelador. Creo que este movimiento me lo dijo todo. Me dió a entender una transformación. Tal vez no sea este el vocablo apropiado. Aconteció, según mis apreciaciones, que su espíritu se desnudó de ese ropaje mundano que le es indispensable como hombre de empresa, y empezó a manifestarse escuetamente el conde de Marsal.

A simple vista, el conde de Marsal, ni alto ni grueso, con pelo un poco entrecano, apenas ofrece rasgo físico que destacar. Pero su presencia infunde, sin darse uno cuenta, el asedio de un cúmulo de cosas y casos que esperan estudio, que aguardan solución. No sé de dónde viene esta impresión, porque no se le ve manejar papeles. Pero así es.

Preside múltiples empresas. Además de la ya citada, la Transradio Española, la Compañía Internacional de Radio... En total, unos trescientos cincuenta millones de pesetas a sus espaldas. En el camino, sin duda pesaban sobre mí tantos millones, aunque sólo fuera por el simple motivo de una vecindad tan peregrina.

Y con el peso de los millones llegamos a la calle del Pez, nú-

mero 27, sede del Patronato de San Pablo.

Miré el amplio portalón. Y, extrañado, oí:
—Pase. Pase. Aquí es.
En la gozosa naturalidad con que fui invitado encontré la clave de todo, el misterioso resorte de la Institución.

Por una penumbrosa y amplia escalera de madera, cuidada, pero no moderna; limpia, pero sin lujo, sin cuadros, sin adornos, fui siguiendo la silueta elegante de aquel hombre de título nobiliario. Atravesamos dos modestas puertas y, después, apareció el despacho presidencial. He aquí el inventario del despacho: una mesa corriente con lápices de dos pesetas; detrás, un crucifijo; a la derecha, un cuadro de San Pablo, a la izquierda, un cuadro de Jesucristo consolando a la madre de un niño enfermo, cuyo padre está preso; enfrente, un poco a la derecha, un retrato del Caudi-

El conde de Marsal, presidente del Patronato de San Pablo, rodeado de reclusos en la Prisión Central de Gijón

llo, situado encima de una sencilla mesa que parecía tener pretensiones de ser mesa de juntas, porque cobijaba cuatro sillas; encima de esta mesa, un retrato, dedicado, de Su Santidad el Papa, y un poco más allá un gran mapa, montado en tripode, que tiene por misión levantar sobre alfileres unas banderitas indicadoras de las ciudades donde hay colegios con niños asistidos por el Patronato; y, por último, gozando de la luz directa de uno de los amplísimos balcones, una mesa redonda con tres sillones haciéndole el corro. No recuerdo haber visto más. Así es el despacho del presidente del Patronato, del conde de Marsal.

UN HOMBRE DE ACCION

—Usted, señor conde, es un hombre de acción, o tal vez dirección. Sus gestos, sus palabras,



Don Tomás Boada Flaquer muestra a nuestro redactor algunas de las curiosas cartas recibidas

tienen una enorme fuerza de persuasión. Usted tiene todo el día, todo, ocupado en algo. ¿Es así?

—Así es. Mi jornada de trabajo se llena por completo con el cuidado de las Empresas que presido, en las que ayudo a mis colaboradores; con la atención diaria a las numerosas cartas y visitas de los asistidos por este Patronato, y con el afecto que debo a mis hermanas, todas ellas religiosas de la Institución «Señoritas Operarias Parroquiales».

—¿Institución española?

—Pues, sí. Fundación netamente española, con casas de apostolado en España, Francia e Italia, precisamente muy cerca de Su Santidad, en Roma y en Castelgandolfo.

—El pertenecer sus hermanas a una Institución que se denomina «Operarias» me revela ya una tendencia, una inclinación familiar a la acción, al hecho, a la práctica. Mas todo esto que nos rodea, lo que aquí invisiblemente palpita, me indica que en usted la acción no es pura acción, sino especializadora al bien. Así que, ¿qué trabajo le hace más feliz?

—El hacer el bien a los demás. Eso es lo que da más felicidad. Es la forma en que el dinero produce una satisfacción mayor, más íntima y más duradera.

Acerté, así en la diana del tema que hasta allí me había empujado. Y el tema me lo había suscitado un hecho, reciente y ejemplar, extraño para algunos y sublime para otros: el haber recogido el Patronato a los siete hijos de un criminal, de un hombre que acababa de asesinar a su propia esposa. El hecho y la inmediata acción protectora del Patronato me habían planteado el tema, de por sí muy amplio, significativo y de una trascendencia que rebasa los límites de la sociedad, de la política y de la misma caridad.

Tal acto de protección, sin discriminación alguna de los asistidos, es un acto específico del Patronato Nacional de San Pablo para Presos y Penados. Y para dirigir e impulsar actos de esa índole, ocupa, vivifica la presidencia del Patronato don Tomás Boada y Flaquer, conde de Marsal, movido por ese deseo de hacer el bien. Las palabras recién dichas y las que escribió en otra ocasión a los reclusos, me dan el diseño de la auténtica personalidad del conde de Marsal. Aquellas palabras son: «Atender a los desamparados, escuchar a los que nos cuentan sus agobios, procurar a todo ello alivio y solución, es mucho más agradable para el que lo hace que para el que recibe el beneficio.»

MAS DE MEDIO MILLON DE CARTAS

Mas el aspecto entre moral y religioso, sucintamente bosquejado, no perfilan la total personalidad del presidente del Patronato Nacional de San Pablo. Hay que contar con su intuición rápida de las cosas, su agudeza penetrante y una agilidad mental extraordinaria, tanto para exponer con rapidez—que siempre tiene a buen recaudo un buen manantial de palabras precisas—como para reaccionar y rebatir, que pude comprobar que estaba dotado de buena fuerza dialécti-

ca. *Me llamó la atención su facilidad en reparar en los matices de las palabras y los hechos, cosa que da solidez a su discurso mental, pero que podría mermar el progreso discursivo. Mas todo se resuelve en él con la agilidad mental y su innata locuacidad. Así que, en poco tiempo, se des-pachan muchas cosas.*

Estuve esperando el final de las palabras del conde de Marsal observando el relampagueo de sus ojos, que se movían vivaces bajo unas cejas bien pobladas, mientras las manos pasaban elegantemente del interior de la solapa al jugueteo alegre con un lapicero. Al final me fui directo al tema.

—¿Esto qué es?

—Una Institución destinada a eliminar una injusticia manifiesta, consecuencia de una justicia perfecta: el desamparo de la familia inocente de un recluso o penado.

—¿Podría hacer uso de su maestría en la matización y delimitar aún más la idea de la Institución, determinada por su finalidad?

—Este Patronato nació para especializarse en asistir. Lo mismo que antes un médico lo curaba todo y hoy hay especialistas para todo, en el ámbito del sufrimiento se va llegando también a la especialización. Entre los muchos problemas que plantea la población penal está la obligación de enjugar el dolor y amargura de los seres inocentes, de los familiares no culpables; y también está el propósito humano y justo de la sociedad de procurar la reincorporación del delincuente, regenerado, a su seno. Aunque no desatendemos las necesidades de orden físico y material, prevalece en nosotros la preocupación por las de orden psíquico y moral. Este último es nuestro campo predilecto.

—¿Instrumento más eficaz para ello?

—Comprensión. Por experiencia he llegado a la conclusión de que todo el que sufre busca, ansia una persona de carne y hueso, no una entidad u organismo, a quien comunicar su angustia. Creyente o descreído, busca una especie de confesor en quien escanciar su amargura. Por eso aquí vamos directos a la consecución de la paz interior, que será principio de todo lo demás. Y para ello rehuimos el anonimato. Las relaciones nuestras con los reclusos y penados son directas y personales. Prueba de todo ello es que los millares y millares de cartas que nos llegan confunden los nombres de los organismos, pero no de los detalles de las personas.

—¿Cuántas cartas habrán llegado ya?

—Entre recibidas y remitidas... más del medio millón.

—Y usted, dentro de esta Institución, ¿qué es para los reclusos?

—El conde. Conde de esto o de lo otro—lo suelen variar—, pero conde. El nombre de la Institución es el que sufre más variaciones en los sobres de las cartas.

En realidad, si don Tomás Boada es en la Institución el conde, yo creo, por mi cuenta, que el conde es la Institución. Estoy seguro de que mis lectores llegarán a la misma conclusión.

—Y en esas relaciones directas y personales, ¿cuáles son los medios más eficaces y, por tanto, más usados?

—Damos exclusiva preferencia a las visitas y cartas.

—¿Cuántas visitas se han recibido en este local de la calle del Pez?

—Hasta ahora... más de cien mil.

—Y, realmente, ¿responden a vuestras presunciones?

—Mire usted: la misma diferencia que hay entre dar su propia sangre para una transfusión y el dar dinero como ayuda existe entre el trato que da este Patronato—diálogo, cordialidad y cartas—y la escueta audición y resolución administrativas. Donde está usted sentado ahora, habrá dentro de poco el familiar de un recluso o penado, recibido y atendido sin perjuicio alguno.

«SEÑOR CONDE, EL DE LOS PRESOS»

La Secretaria del conde de Marsal ha tenido el agudo acierto de conservar en múltiples álbumes los sobres de las cartas, como testimonio de sus anteriores palabras. No recuerdo haber visto alguno dirigido al presidente del Patronato, pero sí casi todas al señor Conde de... Después de la palabra conde entran las variantes. Así: «Sr. Conde de Arenal»; «Sr. Conde de Marsal. Jefe de todos los Penados de España y Presidente del Patronato de San Pablo»; «Señor Conde, el de los Presos, Madrid»; «Conde de Marsal, Sindicato de Presos»; «Conde de Marsella, calle del Pez, 27»; «Señor Domm Comdes Malsal, Ministerios de Justicia, de Guerra (San Pablo), Madrid, núm. 10»; «Sr. Conde De Marsal, Calle del Ped n.º 27, Madrid. Para la señora Marces de (Billaverde)»; «El celentísimo señor Conde de Molsán»; «Presidente del Patronato de los Pesares y Penados, calle Erpé, 27.» Y así, miles y miles de sobres que, con señas tan peregrinas, fueron a parar directamente a su destino, porque la personalidad del conde de Marsal y la solitud del Cuerpo de Correos no dan espacio al titubeo.

Así, que el conde de Marsal, hombre soltero, tiene a su cuidado y se cartea con una gran familia esparcida por toda España.

Más todo lo de este mundo tiene principio. Y esta concreción de amor cristiano y humana justicia, también lo tiene. Lo tiene con la satisfactoria particularidad de que, además, lo es para el mundo entero; porque una Institución así sólo la hay en España, maestra de tantas cosas cuando de amor y caridad se trata.

El punto de partida está en la insólita generosidad, en la magnanimidad del Caudillo Franco, que, recién victorioso, tenía ya en su mente la preocupación por la suerte de los vencidos. Aunque la liquidación de nuestra guerra se hizo con arreglo al Código vigente antes del 16 de julio de 1936, desgraciadamente eran muchos los que tenían sus manos manchadas con delitos comunes, previstos y condenados en el Código. Si la justicia no entorpece la magnanimidad, tampoco la magnanimidad ha de obstaculizar la

acción de la justicia. Así que en los planes de la paz, de una paz auténtica, habrían de pesar los miles y miles de familiares, no participes en los delitos y, sin embargo, pacientes de algún modo de las condenas de los delincuentes. Esto lo vió el corazón generoso del Generalísimo Franco. Y dió como norma el corazón para solucionario.

Así nació, el 28 de julio de 1943, el Patronato Nacional de Presos y Penados, al que luego se añadió la dedicación a San Pablo. Era entonces Ministro de Justicia don Eduardo Aunós. Poco después fué designado presidente don Tomás Boada Flaquer, conde de Marsal, hoy constan- cial a la Institución.

CINCO MINUTOS DE LA NECESIDAD AL REMEDIO

Ha circulado ya por donde hay gente de buena voluntad que acepta las cosas como son—y me refiero al extranjero—la frase del Caudillo Franco al conde de Marsal cuando le dió a conocer la misión que le encomendaba: «Quiero que, a ser posible, medien sólo cinco minutos entre el conocimiento de una necesidad y su remedio.»

—¿Qué más razón—me dijo el conde de Marsal—para recoger un niño que el ser huérfano a consecuencia de un delito? ¿Es poco documento la muerte del padre o la madre? Después de acogido, todos los papeles que se quieran.

—¿Se han incoado muchos expedientes de asistencia?

—Este, el último—me dijo señalando uno que había sobre la mesa—, hace el número 52.910.

—¿Quisiera analizar este Patronato. ¿Qué antecedentes tiene?

—Absolutamente ninguno. Hasta ahora sigue siendo único en el mundo.

—Entonces, ¿su cuerpo doctrinal?

—Lo ha ido dando la experiencia: las mismas cartas y visitas de penados y presos o de sus familiares. Por eso este Patronato ha resuelto infinitos postulados de caridad cristiana que, por su naturaleza, no entraban en el campo puramente administrativo. Nació para servir, no para definir.

—¿Y la organización?

—Sobre la marcha. Son múltiples y variadísimos los casos. De un caso, oído o leído, pudo salir una norma. Así, que los hechos han dictado una experiencia que hoy es norma.

—¿Con qué poder ejecutivo?

—Con ninguno. Este Patronato no tiene poder ejecutivo alguno. El no hace y deshace. Sólo gestiona en pro de los presos o de sus familiares. Es su gestor o representante ante los organismos oficiales competentes. Toda su fuerza radica en tener una gran personalidad para pedir, con el solo objeto de aliviar agobios y sufrimientos.

—Bien. ¿No tiene, pues, jurisdicción alguna?

—Ni tiene, ni ha pedido, ni le conviene tener jurisdicción alguna. Sus casos son siempre tan definidos, que no hay nunca cuestión de competencia con otros organismos.

—Pero, reducida su eficacia a pura gestión, no veo muy proba-



ble aquella rapidez exigida por el Caudillo...

—Es que nuestros mejores amigos son los magistrados, los jueces, los fiscales... En fin, todos los que tienen que vigilar por la seguridad pública. En España, todos ellos castigan con justicia, pero no dejan de ser hombres de corazón. A este respecto, recuerdo un párrafo de la carta que me escribió el presidente del Tribunal Supremo de Luxemburgo, Paul Faber: «Como seré jubilado el año próximo, podré consagrarme por entero a esta obra, que me llega al corazón tanto más cuanto que es muy justo que un viejo magistrado piense un poco en todos aquellos que en el curso de la carrera ha enviado a la cárcel, viendo más bien el acto cometido que el hombre que lo cometió.»

—Llego a la conclusión de que trabaja y se gasta usted mucho.

—Cuando se trabaja por Dios, la personalidad no se basta, se acrecienta.

—¿Gestiona el presidente del Patronato o el conde de Marsal?

No sé si fué impertinente mi pregunta. Si sé que una sonrisa fué la respuesta. Hubo que torcer el interrogatorio.

—¿A quiénes alcanzan los beneficios del Patronato?

—Además de los reclusos, a los penados si, fuera de la cárcel, no han resuelto su problema. Res-

pecto a los familiares no hay norma fija. El corazón manda. Dondequiera que haya desventura, cualquiera que sea el grado de parentesco, allí llega nuestra asistencia.

—Eso en cuanto a la extensión de la acción benéfica, ¿y en cuanto a la duración?

—No hay expedientes terminados. La condición de asistido no termina con la muerte ni tampoco con el fallecimiento. Porque siempre quedan los familiares.

—Pero todo estructurado dentro del Ministerio de Justicia, ¿no?

—No sólo se honra el Patronato con pertenecer al Ministerio de Justicia, sino que nuestros máximos valedores son el propio Ministro y el Subsecretario del Departamento, de quienes dependemos directamente.

Este diálogo, aunque largo, fué despachado pronto, porque el conde de Marsal resuelve pronto y eficazmente los asuntos. El conde es una idea operante.

«ESPOSA Y CINCO HIJOS PEQUEÑOS»

En el curso de la conversación apareció un secretario con un periódico en la mano. Inclinado levemente sobre la mesa, como no queriendo ahuyentar nuestro juego de ideas, leyó un titular a dos columnas, bajo el cual había el grabado de un grupo familiar.



Mapamundi sobre el que se han dibujado sobres indicando los países que se interesan por la obra del Patronato Nacional de San Pablo

«He matado para robar», leyó significativamente el señor Martos. Esa era la frase del asesino, cuyos cinco hijos pequeños y esposa aparecían en el grabado.

Miré al conde de Marsal, y el conde de Marsal me miró. Luego dijo:

—Nuestro delegado en Barcelona habrá actuado ya.

—¿Con el solo hecho del encarcelamiento del padre como documentación?

—Nada más. Esos hijos no tienen culpa. La sociedad, por tanto, debe no sólo disipar la pesadumbre de la madre, sino también procurar liberar a los niños del estigma. Al fin de cuentas se realiza una obra cristiana y patriótica no por caridad, sino por justicia.

—A usted, personalmente, ¿qué le bastaría para iniciar una acción benéfica de esta índole?

—El sufrimiento. Los que sufren son los que merecen nuestra preocupación y nuestro tiempo.

—¿Y qué procedimiento se sigue para liberar del mal a los niños que se encuentran en estas condiciones?

—Si son huérfanos totales, inmediatamente, sin papeleo alguno, son asistidos por el Patronato. Si tienen padre, previa autorización paternal por escrito, procuramos darle plaza, como un alumno cualquiera, en colegios.

—¿Propios?

—El Patronato Nacional de San Pablo no tiene ni tendrá colegios propios.

—¿No sería más eficaz por todos conceptos el disponer de establecimientos propios, con métodos y enseñanzas adecuados?

—La conciencia española no puede permitir que un niño inocente sea señalado por haber estado en un colegio para hijos de presos. Tal colegio sería el más triste del mundo, aunque le entrase todo el sol de España. Y la sensibilidad de los muchachos quedaría afectada para toda la vida. ¡Ex alumno de un colegio para hijos de presos! No. No puede ser. Así, como está orientado

ahora, el niño, diluido en la sociedad, puede olvidar ese mero accidente de su vida.

—¿Qué caminos para el futuro se procura facilitar a los niños asistidos?

—Todos, con tal que conduzcan al bien y a la formación de un hombre sin huellas de culpa ajena. El Patronato, que cultiva las relaciones con los directores de los colegios, de los que recibe informes del niño acerca de sus adelantos, de su desarrollo físico e intelectual, pone después a disposición del niño lo que apetezca con arreglo a sus aptitudes.

—¿Sin limitaciones?

—Sin limitaciones. Desde el oficio hasta la carrera, si tienen vocación y aptitudes excepcionales para ello.

—¿Muchos estudiantes para sacerdote?

—Hemos tenido más de cien.

—¿Se han dado muchos casos de que los padres, fuera ya de la cárcel, hayan rectificado la educación recibida por sus hijos?

—Ni uno.

Aquel gran mapa que, montado en tripode, ocupaba el centro del despacho presidencial, me contestó gráficamente el número de colegios con que el Patronato mantiene relaciones de asistencia. No quiero descender a datos, porque mi propósito es buscar los principios y razones de esta Institución ejemplar para el mundo civilizado.

Mas si he de exponer una consecuencia procedente de lo dicho: que esta Institución ha superado el concepto y ámbito de la limosna. No es, no puede ser limosna cuanto aquí se hace, porque la limosna es transitoria, alivia algo en un momento determinado. Y aquí lo que se hace, o por lo menos se pretende hacer, es resolver un problema total y para toda la vida. Me parece sublime el gesto por parte de sus autores, desde el primero de todos por primacía cronológica y jerárquica, que es el Caudillo, hasta el último de los «servidores», que así se denominan

los poquísimos empleados — alrededor de cincuenta — que el Patronato tiene esparcidos por toda España.

DE PERSONA A PERSONA

Vista una vertiente del problema asistencial del Patronato nos queda la otra, la verdadera raíz del problema: el propio recluso, separado de la sociedad por unos muros, o el del penado que, aunque ya libre y metido en sociedad, lleva sobre sí el peso de la condena, real o moralmente. Porque el tercer elemento, la sociedad, una sociedad cristiana como la española, de tan abundantes y largos antecedentes de actuación y legislación humanitarias, lo que desea es el retorno del hombre regenerado a su seno.

En las celdas, en los patios de los penales pone en juego esta Institución todo el ardor cristiano, todo el complejo de matizaciones psicológicas capaces de destruir la desconfianza, el recelo y el odio del que sufre, arrepentido o rebelde, en su amarga soledad. Aquí está la gran batalla del conde de Marsal, a la que dedica mucho tiempo y solicitud, no obstante sus ocupaciones de hombre financiero. Aquí se agiganta la figura de este prócer de la justicia.

Además de la asistencia a la familia, dijo usted que el niño, sin autorización paterna, no puede disfrutar de los beneficios ya citados. ¿Acaso la familia, el vínculo familiar es la piedra fundamental de todo el sistema operativo de la Institución?

—Es la base de todo. El preso, como tal preso, se halla plenamente atendido por el régimen penitenciario español, sin duda uno de los mejores del mundo, a través de la Dirección General de Prisiones. Pero la familia es nuestro primer objetivo. De esta manera estamos completamente dentro de la línea del pensamiento español respecto a la estructura social. Asistimos al niño sin menoscabo de esos vínculos naturales. Y, gracias al Patronato, el

recluso mantiene contacto con su familia, sabe cómo están sus hijos atendidos, y por nuestro conducto se va dando solución a las inquietudes, preocupaciones y deseos que surjan. Aquello que la madre pide, que la esposa necesita, que al hijo hace falta, aquello gestiona el Patronato en nombre del que está en reclusión. Es decir, el Patronato se encarga de llevar a efecto, dentro de las cuitas familiares, lo que la separación podría impedir.

—¿Por qué cauces se mueve todo eso?

—Por las cartas que nos envían o por las visitas que recibimos.

—Pero el punto, el momento, el gesto que estaña vuestro noble propósito con la desconfianza del que se siente deprimido por un delito o agitado por el odio, ¿cuál es?

—La comprensión. Piden con la mirada que se les comprenda. Luego, en la manera de pedir se nota la confianza de ellos.

—Y en tantas cartas y visitas recibidas, ¿qué es lo que preferentemente han pedido los reclusos?

—En verdad, más de la mitad de las cartas de los presos y penados no piden nada. Cuentan cosas. Exponen inquietudes. Ahí se advierte la confianza nacida en ellos. No olvide usted que nuestras relaciones con ellos son de persona a persona. Terminan por hacernos confidentes y casi confesores.

—Es de suponer. Porque tales hombres, desligados de su mundo, han de ser pacientes de muchos problemas de índole moral y psíquica...

—Muchos y tremendos problemas los agobian. En aquella soledad son trascibles contra la sociedad; están poseídos de complejo de celos y odios. Habría mucho que contar.

A ese punto donde se funde el gélido recelo del recluso van a parar todos los mensajes amorosos, todos los martillazos dialécticos del conde de Marsal. Recordando y asociando el patronazgo de San Pablo, me parecían verdaderas epístolas las cartas, de carácter moral y normativo, que el conde difundía periódicamente entre los asistidos. He leído un párrafo de una, en contestación a una carta de un recluso: «Me dices, por último: «Creo que sabrá interpretar mis torpes expresiones.» A lo que el conde de Marsal responde: «La sinceridad nunca puede ser torpe, porque tiene la belleza y la luz de la verdad.» ¿Puede haber mayor delicadeza, más ternura y comprensión, esa comprensión que ansian los que viven en amarga soledad?

EL CAMINO PARA EL TRABAJO

—Una vez anudada la confianza con el recluso o penado, ¿qué método es de más certero efecto para su regeneración?

—Facilitarle el camino para el trabajo. El trabajo es lo que concilia a un penado con su conciencia de hombre normal. De

ahí el sorprendente éxito del Patronato de Nuestra Señora de la Merced para la Redención de Penas por el Trabajo, que es quien se encarga de esto mientras dura la reclusión. Fuera de prisiones, es labor nuestra. Nosotros preferimos dar a entender que con todo esto se ayuda a la libertad del penado, a su aptitud para sentirse capaz de elegir y de emprender caminos nuevos en la vida.

—¿Y piden instrumentos y herramientas para reintegrarse con el trabajo a la sociedad?

—De todo, según las profesiones u oficios. De todo: una barra de acero para punteros y para barrenas de distintos calibres; máquinas y tijeras; calibres de ajustador; garlopas; arados; diamante para cortar vidrio; balanza para comercio; llanas y plomadas; jeringas, pinzas y compresor; herramientas de zapatero; tornillo mecánico y ventilador de fragua; un frac de camarero, y muchos más.

—¿Cuál es su experiencia en cuanto a los resultados de estos procesos regenerativos?

—En los niños y jóvenes se obtienen extraordinarios frutos. En los hombres, casi un cincuenta por ciento se convierten en muy buenos ciudadanos...

En vista de que mi ilustre interlocutor callaba, tuve que preguntar por la mujer.

—La mujer—me contesta—ha sido creada por Dios para ser buena, honesta y agradable de un modo especial. Cuando pierde esas cualidades, su regeneración es muy difícil.

—A la vista de todo esto, ¿hay problema penitenciario en España?

—Ninguno.

UNA INSTITUCION SIN IGUAL

De esta manera liquidó el Caudillo Franco las trágicas consecuencias de nuestra guerra. Así fueron redimiendo sus penas quienes cometieron delitos previstos en el Código. Así se rescataron miles de seres que, tal

vez desesperados, se hubieran hundido más en la perdición.

Todo se ha realizado de una forma tan singular que ha llenado de asombro a quienes conocen la obra, aunque no la reconocan. Clarividencia y corazón, servidos por un recto proceder, han bastado para dar esta nueva lección al mundo.

—¿Pudo ser una aventura esta empresa redentora?

—Tamaño generosidad es patrimonio del fuerte, del seguro de sí mismo. Un régimen penitenciario de esta índole sólo puede darse en países muy libres y muy seguros de sí mismos. Es todo lo contrario de lo que ocurre en el estado-policía. Este sólo hace encerrar gente. Nosotros procuramos libertar y regenerar. ¿Puede darse mayor antagonismo?

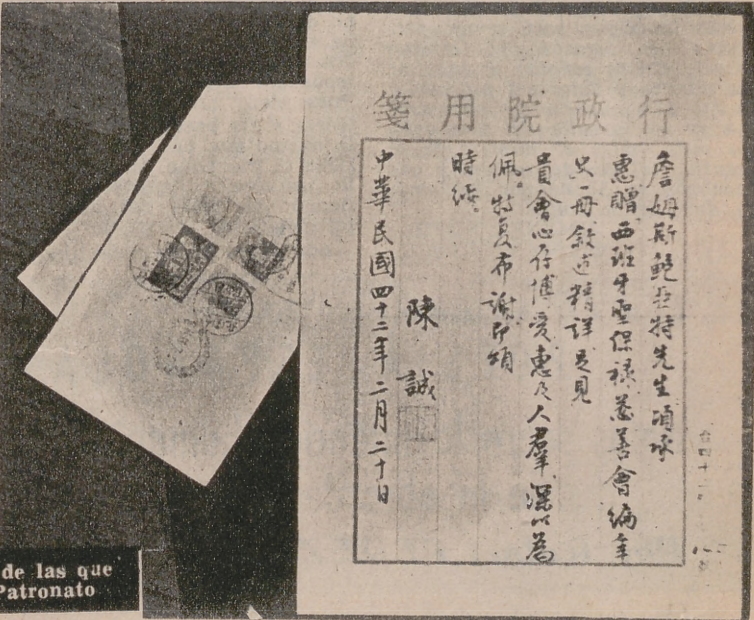
—¿Y por qué nuestros enemigos, en aquellos momentos en que un ataque a España se cotizaba internacionalmente como un «buen decir», tomó como blanco de sus diatribas y enredos el régimen penitenciario español?

—Porque Europa vivía entonces bajo la obsesión de los campos de concentración, con todos los instrumentos de tortura y muerte que ya son conocidos. Y, sin comprobar nuestra realidad, fueron adjudicándonos, para impresionar en contra nuestra la opinión mundial, lo que ellos hicieron o padecieron, lo que hacen muchos todavía.

—Es de suponer que a estas alturas la verdad haya ocupado ya su sitio.

Además de varias publicaciones he difundido nuestros procedimientos y soluciones en conferencias de Prensa en Londres, Buenos Aires, La Habana, Estocolmo, Ottawa, Roma... Organismos oficiales de esos y otros países se han interesado hasta pedir impresos y modelos del Patronato para reproducirlos.

Puede comprobar después múltiples testimonios de admiración de escritores, pensadores, dramaturgos, políticos, prelados y cuantos tienen preeminencia en el campo de las ideas. Pude leer este párrafo del escritor fran-



Una carta procedente de Taipeh, de las que se conservan en el archivo del Patronato

cés conde J. Mallard de la Varande: «Es una bella obra de la gran España, y quizá sea una obra exclusiva de España e imposible de realizar en otro país». Insiste en la misma idea monseñor Olivier Maurault, rector de la Universidad de Montreal: «Esta Institución no tiene igual en ninguna otra parte. No podía germinar y florecer más que en el seno de una gran nación católica como España». Y el escritor alemán Wilhelm von Scholz dice: «Es un verdadero monumento de humanidad y de una acción magnánima contra los males de un siglo vacilante». Y el dramaturgo francés Gaston Balty, en carta al conde Marsal, afirma: Esta obra, por completo apasionante, y el ejemplo del Patronato de San Pablo, podría servir de modelo a muchos países. Su actuación, merced a la alta competencia de usted y a su total abnegación para la obra, la vuelven cada día más eficaz y bienhechora, lo que ciertamente debe constituir su mejor recompensa». Y así podríamos ir citando cartas, hasta llegar a más de tres mil.

¡ADIÓS, SEÑOR CONDE! Quisiera resumir. Vale la pena. Sólo la extraordinaria clarividencia, correspondida por un corazón generoso, pudo liquidar, como se ha hecho, una guerra civil de tan complejo problema penitenciario. Y luego, sólo un verdadero amor al prójimo, un amor auténticamente cristiano, puede levantar así al caído, darle la mano y reintegrarlo a su puesto en la sociedad. Sólo pueden permitirse esto los fuertes y seguros de sí mismos, como el Caudillo Franco.

Para ello hubo un ejecutor, el conde de Marsal, que hoy es obra de sí mismo, porque ha empleado su tiempo, su posición económica y social, su salud, su ingenio y fortaleza mental, en convertirse en punto de amarre de miles de esperanzas. Aquellos millares y millares de cartas con vacilantes y casi ilegibles direcciones, donde con sólo escribir las palabras «conde» y «presos» fué bastante, constituyen el testimonio para el futuro.

Parte Tomás Boada de un principio sublime: causa más satisfacción hacer el bien que recibirlo. Sigue para sí un precepto: el corazón. Y termina donde Cristo señala: al lado de la miseria y dolor del prójimo.

Así que, cuando me encontraba ya en la calle del Pez, volví la vista, miré el número 27 y, cautivo tal vez del ambiente que acababa de abandonar, exclamé: ¡Adiós, señor conde!

JIMENEZ SUTIL
(Fotografías de Mora.)

MAÑANA SERA OTRO DIA

OTRA INTERPRETACION DEL ARTE PALEOLITICO

A don José Camón Aznar

EN el primer artículo del trio que hoy termina nos llamaba la atención el agudísimo parecido entre las «imágenes de movimiento» del arte rupestre y las imágenes de movimiento de los dibujantes de hoy (del hoy más «hoy», de Walt Disney y su escuela, por ejemplo) que vemos en los libros y revistas infantiles.

En el segundo artículo aparecían dudas sobre la exactitud de algunas interpretaciones muy generalizadas que conciben al artista paleolítico como un ser sumamente rudimentario, un androide o subhombre, desde el punto de vista psicológico. Se preguntaba si un concepto tan, digámoslo así, desfavorable, no provendría de un evolucionismo electrizado o frenético, en virtud del cual el investigador sería llevado por sus prejuicios a imaginarse a aquellos remotos abuelos nuestros como muy inferiores a lo que los datos objetivos muestran. Y se ofrecía una propuesta de interpretación no menos evolucionista, pero quizá más congruente. Esta es la que sigue.

Se ha cometido un error tomando al salvaje o al animal como bases sobre las que se procura reconstruir la figura del hombre primigenio. No se habría cometido ese error si, en vez del salvaje o del animal, se hubiera echado mano del niño.

Es un clásico principio y, al mismo tiempo, demostración del evolucionismo, que la ontogenia constituye una recapitulación de la filogenia. El individuo, en su desarrollo corporal, va repitiendo las fases del desarrollo corporal de la especie: el embrión humano dentro del útero materno tiene agallas como los peces, cola y otros órganos que los lejanos antepasados del hombre tuvieron. Pues bien; ¿no es lógico plantearse si no pasará con la psique lo mismo que pasa con el soma? ¿Que el individuo, en su desarrollo psicológico, también va repitiendo las fases del desarrollo psicológico de la especie?

Admitiéndolo así como hipótesis

de trabajo, y operando sobre larguissimas etapas, según hace la teoría general de la evolución; utilizando este prejuicio no menos legítimo que el otro, entenderemos que si el cuerpo del hombre adulto paleolítico se parece a su progenitor animal, el alma del adulto paleolítico se parece al alma del niño.

Veremos entonces, en lo hondo del impulso que guía la mano del pintor de Altamira y de los demás yacimientos de arte primitivo un entusiasmo que no es, según se ha descrito, deseo de propiciarse la caza, sino un entusiasmo de otra índole: parecido, no al del animal cazador, sino al del chiquillo de hoy, cuyos ojos chispean de placer ante la pirueta del boxeador supersónico ante el salto del motorista, ante la espléndida aventura del movimiento. Al niño, como al hombre de Altamira, le encanta lo que vive desplazándose; desde su cuna, percibe antes los movimientos que las cosas; en su desarrollo neurológico aparecen y funcionan primero los mecanismos impulsivos que los inhibitorios, antes los sistemas eyaculadores que los esfinterianos, antes los reflejos de respuesta que los dispositivos de freno y contención.

Y así, las representaciones paleolíticas. En ellas, más que un libro de magia, se lee una novela de aventuras. Sus figuras, más que cálculos de cazador o de hechicero, atestiguan la irrumpidora alegría del niño. El hecho de que algunas imágenes rupestres en materia blanda estén acribilladas de flechazos, se interpreta como un rito propiciatorio; pero, ¿es que los niños no tiran al blanco sobre el monigote que acaban de erigir o de dibujar? Y este tirar al blanco no es un rito mágico, sino un deporte. Hasta la obscenidad infantil tiene su pareja en la obscenidad paleolítica.

Sin duda, el niño no dibuja tan bien como el troglodita; pero es porque no tiene instrumentos corporales para hacerlo; y prueba de ello está en que los dibujos que a él le gustan y le entusiasman —caballos de «cow-boys», fintas de espadachín, hazañas de aviadores— son precisamente de la misma clase que aquellas pinturas prehistóricas: pinturas de salto, de fuga, de arrebatado movimiento.

Estas ideas, que sólo esbozadas quedan aquí, quedan entre signos de interrogación, motivados por un gran libro y dirigidas a su autor con respeto, con admiración y con afecto. ¿No es la psicología de la edad infantil la que proyectará más luz sobre la psicología del hombre paleolítico?

Luis PONCE DE LEON

Lea en el número 33 de

POESIA ESPAÑOLA

«Notas sobre la intención humanística de la obra de arte»

Por Rafael PEREZ DELGADO

LA EUROPA DE LOS NUEVE SALIÓ DE UN SALÓN DONDE CHOPIN TOCÓ MAZURCAS PARA LA REINA VICTORIA

El ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, mister Eden (en el centro), en la presidencia de la Conferencia de Londres



LAS BLANCAS ROCAS DE DOVER YA ESTAN EN EL ELBA

Momento de la firma por Adenauer del tratado aprobado por las nueve potencias sobre el Ejército alemán

LA WEHRMACHT SERA UNA GENDARMERIA ULTRADEMOCRATICA

La preparación diplomática de la Conferencia de los Nueve en Londres la hizo el titular del Foreign Office, mister Antony Eden, desarrollando un plan de urgencia que se conoció en Inglaterra con el nombre de «Operación Cook», aludiendo a la famosa agencia británica de viajes. Otros, refiriéndose a los desplazamientos simultáneos en avión realizados por Eden y por Foster Dulles, han introducido una nueva expresión en el vocabulario de las cancillerías: diplomacia aérea.

La «Operación Cook» tuvo como etapas Bruselas, Bonn, Roma y París; la que pudiéramos llamar «Operación Dulles» tuvo solamente dos etapas: Bonn y Londres. Finalmente, Mendes-France llevó a cabo la «Operación Eurpa», en Estrasburgo.

De todas ellas salieron, decantados y pulidos, los argumentos a discutir en Lancaster House; de ellos había de «salir» Europa relativamente integrada o Europa definitivamente dividida. La atmósfera en que se desarrollaron los prolegómenos de la Conferencia estaba cargada de malos presagios y de intranquilizadoras incógnitas.

El frente diplomático se presentaba así en vísperas del acontecimiento:

Francia.—El presidente del Consejo de ministros, Mendes-France, acababa de decirle a Robert Kleiman, corresponsal en Europa de la revista «U. S. News and World Report»:

—Soy de la opinión de que una contribución alemana es necesaria en la hora actual. Debemos en lo sucesivo renunciar a una



parte importante de nuestra soberanía y aceptar una organización en Europa en la que habrán de establecerse ciertas instituciones supranacionales.

Para alcanzar este objetivo, vagamente expuesto, Mendes-France ponía como condiciones: una más amplia participación de Inglaterra en los negocios del Continente y un severo control del necesario rearme de Alemania. Instrumento diplomático para canalizar ambas cosas: el olvidado Pacto de Bruselas, ampliado con la inclusión de Italia y Alemania.

Inglaterra.—Después del fallecimiento de la C. D. E. en París estaba plenamente de acuerdo con los Estados Unidos en que la única solución posible era el ingreso de Alemania en la O. T. A. N. Cuando mister Eden se enteró de que Mendes-France accedía a ese ingreso, pero por medio de un inesperado intermediario, comentó:

—¿El Pacto de Bruselas? Eso no altera la cuestión: es echarle, simplemente, más huevos a la tortilla. Pero la tortilla tiene que ser la misma.

Por otro lado, según reveló más tarde Mendes-France, tanto ingleses como americanos habían acordado previamente que si la Conferencia de los Nueve fracasaba

habría que seguir adelante sin Francia.

Estados Unidos.—Foster Dulles, al tomar el avión en Washington, había dicho: «No llevo a Londres un programa concreto, fuera de mucha paciencia y muy buena voluntad.» Podría haber añadido: «De todas maneras, la suerte está echada. Si Francia cede en Londres, tanto mejor para todos. Si no cede prescindiremos de ella.»

En la capital de Inglaterra, y en vísperas de salir para Washington después de su viaje relámpago a Bonn y Londres—sin pasar por París—, Foster Dulles había entregado a mister Eden, ya en el aeropuerto, un sobre blanco:

—Es un mensaje para usted de parte del canciller Adenauer.

El titular del Foreign Office, incluso antes de subir a su automóvil, leyó el mensaje de Adenauer. ¿Qué le decía en él? Probablemente lo siguiente: que Foster Dulles y él, Adenauer, estaban de acuerdo en prescindir de Francia si Mendes-France hacía fracasar la Conferencia de los Nueve, como antes había hecho fracasar la de Bruselas.

La actitud del resto de las delegaciones iba a ser casi puramente pasiva. Spaak, el belga, tenía un plan para el control de

armamentos, que después había de ser rechazado. Lester Pearson, el canadiense, iba a apoyar a Inglaterra, simbolizando en cierto modo a la Commonwealth; Gaetano Martino, el italiano, acababa de hacerse cargo de la cartera de ministro de Asuntos Exteriores, después de la dimisión de Piccioni a causa de la detención de su hijo, complicado en el escándalo Wilma Montessi, y hacía sus primeras armas en la escena internacional; Joseph Bech, el luxemburgués, y Johan W. Beyen, el holandés, no tenían grandes cosas que añadir a lo ya dicho en Bruselas. Y, finalmente, Adenauer.

Adenauer había ido a Londres después de contar con el apoyo de su Gabinete para las «condiciones mínimas»: plena soberanía para su país e igualdad de derechos con las restantes potencias.

El «inventor» de la Conferencia no participó directamente en ella: sir Winston Churchill. Había sido él quien había interrumpido un fin de semana de su delirio, Eden, en Wiltshire, para llamarle a Charwell y decirle:

—Lo que está ocurriendo en Europa me inquieta. Vaya al Continente. Despiértelos. Trate de averiguar qué tienen en la cabeza. De todas maneras es preciso resolver.

DONDE TOCO CHOPIN

La conferencia se celebró en Lancaster House, una aristocrática residencia que conoció sus días de esplendor en tiempos de la Reina Victoria. Una vez, y en la sala en que se reunieron los Nueve, Federico Chopin tocó al piano, para Victoria, un recital de mazurcas. Varios famosos cantantes recitaron también allí para la Reina, distrayendo su soledad de viuda inconsolable.

La música que iba a oírse ahora en Lancaster House era muy distinta, y en lugar del piano de Chopin había en la sala una gigantesca mesa cuadrangular de caoba y con un tapete azul encima. Comenzaron a llegar las delegaciones.

Cientos de fotógrafos y de periodistas esperaban con curiosidad el primer encuentro entre Foster Dulles y Mendes-France

después del desaire del primero negándose a hacer etapa en París una semana antes de la reunión de los nueve. El americano quiso romper este hielo desde el principio, y ya en el aeropuerto de Croydon, había gritado desde su coche a Massigli, el embajador de Francia en Londres, con voz lo suficientemente potente para que le oyese todo el mundo:

—Dígale a Mendes-France que tengo muchos deseos de hablar con él.

El primer día de conferencia, las Delegaciones «hicieron guantes», como dicen los boxeadores, y exploraron cuidadosamente el terreno. Mr. Eden, en plan de anfitrión en Lancaster House, se levantó a hablar: «Esta Conferencia ha de terminar necesariamente en un éxito». Se oyeron frases pronunciadas con mucha solemnidad: «Es una última oportunidad para Europa». «De aquí saldrá la unión o la división de Europa». Etc.

La expectación llegó a su punto culminante cuando tomó la palabra Mendes-France, esta vez sin su vaso de leche pasteurizada, pero con un mazo de cuartillas debajo de su nariz hebrea. Se hizo un silencio absoluto en la sala. ¿Qué lenguaje iba a emplear el «premier» francés? ¿El de Bruselas?

Mendes-France comenzó por lo peor: Control rígido del rearme alemán, limitaciones en el armamento de las potencias del Pacto de Bruselas, una vez ampliado a Alemania y Francia y... el Sarre.

Adenauer se revolvió en su asiento. Estaba al lado de Foster Dulles, y ambos cuchichearon un momento. ¿Qué se dijeron?

El francés terminó por lo mejor:

—Francia no se opone a la devolución de soberanía a Alemania y accede a que esta nación ingrese en la O. T. A. N.

Se oyó como un suspiro de alivio en el salón. Y entonces habló el canciller Adenauer:

—Mi país se compromete a no rebasar el número de doce divisiones acordadas según el plan de la C. E. D., y aceptará toda clase de controles, siempre y cuando no sean discriminatorios.

Optimismo general. «Esto comienza bien.» Felicitaciones en los pasillos y telegramas esperanzadores: «Europa marcha bien. abrazos».

Pero las grandes revelaciones de la conferencia habían de producirse al día siguiente. El «amenú» era de gran gala: Hablarían Foster Dulles primero y después Anthony Eden. El americano iba a precisar, una vez más, la actitud de los Estados Unidos ante el dilema con que se enfrentaba Europa. Se esperaba poco menos que un ultimátum. El inglés iba, por fin, a dar una respuesta a la insistente garantías que le había pedido Mendes-France en París una semana antes. Esta respuesta iba a ser decisiva. Francia no daría un paso adelante sin que Inglaterra se metiese de lleno en el continente; se sabía hasta la saciedad que una de las cosas que dieron al traste con la C. E. D. había sido precisamente la ausencia de Inglaterra en esta organización supranacional. Si esa ausencia persistía, la Conferencia de Londres concernía la misma suerte que la Conferencia de Bruselas.

El lector puede imaginarse la expectación que reinaba ese día en Lancaster House. Si Eden decía «nos», Foster Dulles añadiría: «Nosotros nos vamos».

ADIOS AL ESPLENDIDO AISLAMIENTO

Se anunció que Foster Dulles iba a tomar la palabra. El secretario de Estado americano se detuvo unos segundos haciendo garabatos en una cuartilla antes de comenzar. Se expresó con calma y con firmeza:

—Los Estados Unidos responden en muchos aspectos como un barómetro a las variaciones de clima en Europa. Si el clima es de unidad y cohesión, prestamos toda clase de asistencia y ayuda. Si el clima es de división, nuestra tendencia es la de retirarnos.

Ya estaba aquí el ultimátum a Europa, Mendes-France tenía la cabeza entre las manos. Su embajador en Londres, Massigli, se tiraba despiadadamente del lóbulo de una oreja. Adenauer, impenetrable. Y todo el mundo angustiado. Se había llegado al momento metadramático de la conferencia. Ahora todo dependía de Anthony Eden. Este se había sentado ese día al lado de Foster Dulles, y cuando habló, sus primeras palabras fueron para decirle a su colega americano que acababa de pronunciar un «noble y valiente discurso».

Después soltó su «bomba»; algo, francamente, inesperado para todos:

—En nombre del Gobierno de S. M., Inglaterra se compromete a mantener indefinidamente en el continente un contingente de cuatro divisiones, más las fuerzas aéreas equivalentes... Este es para nosotros un formidable paso. Todos ustedes conocen la historia de nuestra isla...

¿Todos? El gran historiador francés Michelet comenzó así una serie de conferencias que, sobre Inglaterra, dió en el Instituto de Francia: «Todos ustedes saben que Inglaterra es una isla. Dicho esto, ya saben ustedes



El canciller Adenauer y la delegación alemana en Londres

tanto como yo sobre la historia de Inglaterra.

Evidentemente, Mr. Eden e Inglaterra dieron un paso formidable, porque en aquel momento acababa de morir la más vieja tradición del Foreign Office: El principio del espléndido aislamiento (splendid isolation), que llevaba varios siglos informando la política exterior británica. Aquel principio que había sido expresado ya poéticamente por Shakespeare, y que desde entonces se ha venido repitiendo de manual en manual de historia e incluso últimamente por Georges Bidault en la Asamblea Nacional francesa:

«Esta fortaleza (Inglaterra) fue construida por la misma naturaleza, contra la infección y la mano de la guerra...»

Teóricamente, al menos, las costas de Inglaterra no estaban ya en las blancas rocas de Dover, sino en el Rhin. Mr. Eden acababa de empujarlas ahora hasta el Elba.

MENDES-FRANCE, «IMP- PERTINENTE Y DES- AGRADABLE»

Una emoción profunda sacudió a todos los reunidos en Lancaster House. Massigli, uno de los pocos franceses planamente conscientes de lo que se estaban jugando Francia en aquellos momentos, comenzó a llorar. Mendes-France, asintió silenciosamente, moviendo la cabeza, a las palabras de Eden: «Acababa de conseguir de Inglaterra lo que ningún francés había conseguido nunca.» Y Foster Dulles comentó:

—Es éste un gran día para Europa.

Prácticamente ya estaba todo hecho. Sólo quedaba pendiente el control sobre el rearme de Alemania. Así, el tercer día de conferencia, fué de puro trámite. En la comida que dió Churchill a los ministros de Lancaster House, reinó el mayor optimismo y hubo brindis extremadamente cordiales. Se habló preferentemente de la bomba de hidrógeno, que ahora es, al parecer, el tema favorito de sir Winston.

Sin embargo, el cuarto día de reunión se inició con un fuerte sobresalto, a cargo, claro está, de Mendes-France. En vista de que las cosas se habían presentado tan bien, quiso ir mucho más lejos e imponer en Londres, como había pretendido en Bruselas, exclusivamente el punto de vista de los intereses franceses. Varios testigos dijeron que aquel día Mendes-France había estado «impertinente y desagradable».

—El Comité encargado de estudiar el control del rearme alemán ignora cuáles son los deseos de Francia. Nosotros deseamos que sean las potencias del Pacto de Bruselas las que controlen la distribución de las armas norteamericanas de ayuda militar a Europa.

Mister Eden, replicó con una actitud poco frecuente en él:

—Algunos hablan de la importancia de sus Parlamentos. Debo decir que mi Parlamento quedaría muy sorprendido si una cuestión de control de armas fuese considerada como más importante que la concesión que mi Go-

bierno acaba de hacer a la unidad occidental.

Ese reticente «algunos» iba dirigido, naturalmente, a Mendes-France.

A su vez, Foster Dulles declaró que encontraba inaceptable la pretensión del francés.

Mendes-France, añadió que no se opondría a que los alemanes fabricasen armas ligeras y municiones, pero sí tanques y aviones.

Alguien le oyó murmurar a un miembro de la delegación alemana:

—Sin duda el señor Mendes-France está dispuesto a permitirnos que defendamos a Europa con escopetas de aire comprimido.

De forma que el cuarto día de conferencia registró un peligroso bache. Eden salió de Lancaster House con el pelo alborotado y con el cuello enrojecido por la indignación y la contrariedad.

Al quinto día, Foster Dulles, momentos antes de comenzar la sesión, se hizo con Mendes-France en los pasillos y le preguntó a bocajarro:

—¿Qué nos tiene preparado para hoy?

El «premier» francés se dió cuenta de que estaba a punto de perder todo lo que había conseguido y que era mucho más de lo que podía haber esperado y transigió con un plan de compromiso elaborado por Dulles y Adenauer, en una última concesión. En virtud de este plan, Alemania aceptó en Londres unas limitaciones a su rearme que en otra parte hemos comparado con las que le impuso el tratado de Versalles. Adenauer se jugó mucho en esta partida. Y lo mismo Eden. Sólo Mendes-France pudo jugar con las cartas de los demás.

La Conferencia de los Nueve terminó como sólo podía terminar: En compromiso. Es bastante.

AGUA FRIA

Ha sido realmente curioso lo que ha sucedido con la Conferencia de Londres. La espectacular concesión de Eden, poniendo fin al espléndido aislamiento; la transigencia de Adenauer más allá de lo previsto; el ultimátum de Foster Dulles y también la

rapidez—cinco días—con que se llegó al Protocolo de Londres, provocaron una universal excitación que se tradujo en una lluvia de telegramas de felicitación. Todo el mundo parecía contento.

Pero cuarenta y ocho horas más tarde, recuperada ya la frialdad analítica, se comenzó a ver que, después de todo, en Lancaster House había habido más palabras solemnes que otra cosa.

En primer lugar, la Conferencia de los Nueve se había celebrado «cara a la Asamblea Nacional francesa», con el temor de ir demasiado lejos o de quedarse demasiado corto. Se sabía que todo cuanto se hiciese en torno a la mesa cuadrangular de los nueve había de pasar por la criba del palacio Borbón, en París, y que si éste no encontraba «grato» el Protocolo de Londres, todo el trabajo habría sido inútil.

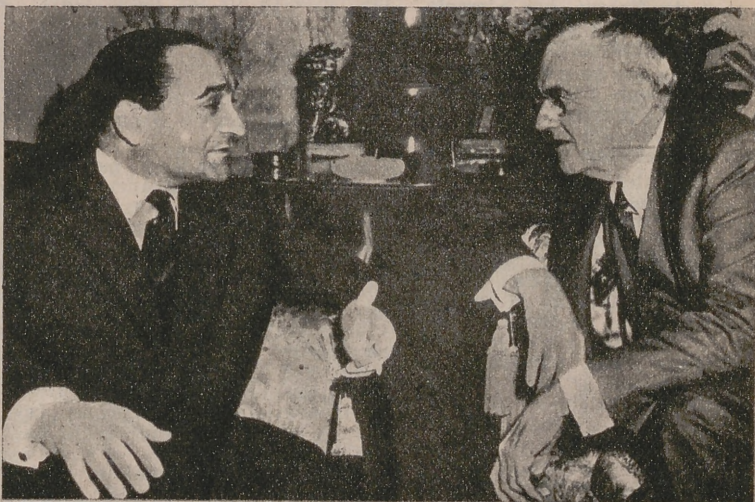
En segundo lugar, la histórica concesión de mister Eden, pasadas las primeras impresiones, no causó en Francia la emoción que se esperaba. «Después de todo—dijeron en París—, Inglaterra se ha comprometido a algo en que estaba ya comprometida: a mantener cuatro divisiones en el continente, que son exactamente las mismas que tiene ahora en Alemania.»

Así, cuando se esperaba que París aceptase como un indiscutible éxito de su diplomacia lo conseguido en Lancaster House, disponiéndose la Asamblea Nacional a ratificarlo con un rotundo «amen», resultó que los Socialistas y M. R. P. no se dieron por satisfechos y apretaron más las clavijas: Queremos una firme garantía contra el resurgimiento de Estado Mayor alemán.

Mendes-France, que por temor a un nuevo fracaso ante la Asamblea se ha visto obligado a «bailar en un ladrillo», planteó la cuestión de confianza. ¿Vuelta a comenzar?

UN FANTASMA

El Estado Mayor alemán es uno de los fantasmas que aparecen con más frecuencia en las pesadillas de los franceses. Sobre él escribió sir Winston en «La crisis mundial»: «Los miembros del Estado Mayor (alemán) estaban ligados entre sí por los la-



Mendes-France y Foster Dulles conversando en un descanso



Aspecto del salón de Lancaster House durante la Conferencia

zos más estrechos de la camaradería profesional y de una doctrina común. Eran, en relación al resto del Ejército, lo que fueron los jesuitas en su época más brillante para la Iglesia romana. Sus representantes al lado de cada mando y en los cuarteles generales hablaban un mismo lenguaje y se reservaban confidencias particulares. Los generales que mandaban los Cuerpos de Ejército, los ejércitos y los grupos de ejércitos, incluso el mismo Hindenburg, eran tratados por esa cofradía, hasta un extremo que parece increíble, como simples figurones. Los Estados Mayores no disponían todo sin citar siquiera la autoridad, la opinión o los deseos de sus generales. Era el Estado Mayor general quien dirigía las operaciones, tomaba decisiones y las transmitía a los escalones subordinados.»

La influencia del Estado Mayor general alemán es evidente que se ejerció siempre a veces de una manera decisiva sobre la vida política alemana. Pero no cabe duda que la época de su esplendor pasó con la desaparición de la monarquía de los Hohenzollern. Todo el mundo sabe que Hitler despreciaba a los oficiales del Estado Mayor, destituyéndolos cuando discrepaban de sus puntos de vista estratégicos. Es el caso de Halder, por ejemplo. También hay que decir que este fué su principal error.

De forma que en este caso puede decirse que los franceses temen más al prestigio tradicional de una institución que a una realidad amenazadora en el futuro.

En cualquier caso, he aquí lo que piensa de un futuro Ejército alemán el mayor general Kurt Linde, combatiente de la segunda guerra mundial y presidente de la Asociación Alemana de Veteranos: «La llamada al soldado alemán como codefensor del mundo libre no parte de nosotros. Pero ahora Alemania irá de nuevo a las armas integrada y organizada dentro de un sistema europeo de defensa. El nuevo soldado alemán será diferente del de la segunda guerra mundial, y no sólo en su aspecto exterior. Su futuro estatuto, dentro del Estado, le distinguirá del antiguo aislamiento de un es-

tatuto especial. Debe ser y será: Un soldado entre el pueblo. El nuevo soldado está en medio de la comunidad política. El Ejército nunca habrá de ser un fin en sí mismo, sino un medio para un fin en manos de los políticos. Su educación como ciudadano no terminará en el futuro a la puerta del cuartel. El nuevo soldado no deberá sentirse como miembro de un cuerpo exclusiva fuera de la comunidad o como miembro de un estatuto preferente. Deberá sentirse como una parte de todo el cuerpo de la nación, un eslabón de la cadena que une a su pueblo con la totalidad del mundo libre.»

¿CUAL ES EL PELIGRO?

Si a esta caracterización democrática del futuro Ejército alemán añadimos los controles y limitaciones de armamento que se han acordado en Londres, tendremos una imagen bastante completa de lo que puede esperarse militarmente de Alemania en la defensa de Europa. La verdad es que poco cosa. En Lancaster House, según se desprende de los hechos, más se ha pensado en conjurar el peligro alemán que el peligro ruso. De Rusia no se ha dicho una palabra. Apenas fué mencionada. En cambio, tópicos como «futuro resurgimiento de la Werhmacht», como «renacimiento del militarismo alemán», y otros por el estilo, han circulado abundantemente de oreja en oreja. De forma que hoy Francia y Europa pueden dormir tranquilas: No las despertarán las botas claveteadas de la Werhmacht. Las únicas botas que cualquier día podrán desfilar bajo el Arco del Triunfo de París serán las del Ejército rojo, cosa que parece tranquilizar mucho menos a los «europeos».

Puede comprenderse perfectamente el temor de Francia hacia los «boches» y que haga todo lo posible para impedir que se repitan las historias de 1870, 1914 y 1939. Pero lo que no se puede comprender de ninguna manera es que las limitaciones impuestas al rearme alemán afecten directamente, para lo peor, a la seguridad de Europa, que es de lo que aparentemente se trataba. Y digo aparentemente porque la verdad es que la Conferencia de los Nueve no ha sido otra cosa que un «pequeño Versalles» para Alemania.

M. BLANCO TOBIO

LLIVIA

es como una isla entre montañas



La iglesia de «la vila» y a su lado la vieja torre de la Cárcel Real, que ha servido para las reuniones comunales del Ayuntamiento

UN pueblo de montaña pirenaica rodeado de tierra francesa, con su iglesia y su cura párroco, solitario como un Robinson del espíritu cercado por la Enciclopedia. Un Alcalde carnicero que reparte sus horas entre la vara del mando y la butifarra de su charcutería; entre los manguitos de su sangrienta tienda y los de su despacho de Alcalde presidente de una municipalidad enclavada. Un río, el Segre, pequeñísimo y recién nacido. El «Libre Ferrat» o libro de los privilegios. Sobre una montaña, un castillo arrasado por el centralismo monárquico francés en su lucha contra los restos de la nobleza feudal. Casas de pizarra. Una industria de marteas y lecherías. La carretera llamada internacional. El cerco de los gendarmes y la guarnición estanca de nuestros guardias de frontera, que, según lo estipulado, se compone solamente de «cuatro y el cabo». La farmacia, antiquísima, con su colección de botes de porcelana, magistrales potingues y píocimas de curalotodo. En esta botica se guarda el poso más amargo del pagliano y el más delicioso elixir de larga vida, casi muerto en el polvo de los siglos. Un par de fondas de mala muerte y buena vida. Contrabandistas franceses que compran su menaje cotidiano y privado, mochileros de pan de cada día. Turistas y señores con prisas de fin de semana. La vieja cárcel real, una torre de palomar que ha servido durante siglos de sala de decisiones municipales, depósito de maiz, patatas y archivo de documentos.

A
la
as



Así es de fértil el valle de la Cerdaña. Al fondo se ve la población de Llivia, y más alto, sobre la montaña, el pueblo

UN ENCLAVE ESPAÑOL DENTRO DE FRANCIA

La matanza del cerdo en todas las casas. Las fiestas de San Guillermo, Patrono del enclave, y las «pasquetas» o domingo después de Pascua, en las que la moderación en la borrachera parece quedar casi autorizada canónicamente. Peras de agua. Sonar nocturno de esquilas. Espíritu comercial. Cotilleo y curiosidad masculina y femenina. Gran afición al tocino, manifestada desde que los árabes abandonaron este territorio. Patriotismo y amor a España entre histórico, sentimental y charcutero, que va desde el orgullo poético de las viejas libertades de enclave español dentro de Francia, hasta la venta de la butifarra y el negocio de los sastres, que esta misma situación geográfica y política permite. Deseo de cargos públicos, de ser alguien en el enclave. Tendencia «bon vivant» ante la mesa y la jarra. Amor a la Cerdaña, el gran valle entre paréntesis, y un cariñoso recuerdo de la visita que a este pequeño territorio hizo un día «la Chata».

Esto es Llivia, enclave español en Francia, sobre el que no espere nadie que hagamos ditirambos. Nada de literatura u otra mercancía semejante al hablar de Llivia, sino todo muy sencillo y claro como el agua de las fuentes, como el son del caramillo, como el aire del pastor. No diremos nada florido. El que quiera la flor de las nieves perpetuas que vaya por ella, y el que pretenda cruzar ríos pirenaicos de truchas heladas y pequeños lagos de azul o verde de nieve, que se moje el cutis.

EL ESPANTO DEL MAMUT

En la explotación minera del pueblecito de Estevar, al lado

de Llivia, se ha encontrado un mamut entero. Creían que era una ternera, una «vedella», pero ha resultado ser un mamut. Otra sorpresa del Pirineo. Un mamut que parece vivo y que quizá muriera al huir del célebre incendio, la catástrofe mitológica que llenó de un terror indescriptible a los mastodontes terciarios de nuestra cordillera capital, o también podría ser que esta bestia gigantesca expirase muy tranquila pensando que después de ella vendría el Diluvio.

Unos niños, hijos de rabadán, fueron al tajo de una mina, al aire libre, a buscar barro para hacer con él figurillas de pesebre en Navidad, pastorcitos, mulas y bueyes. Cogían la tierra blanda a espuestas, cuando encontraron un mamut. Al principio creyeron que era una ternera de hacia poco, pero después resultó ser un mamut de muchos años.

Pero más sorprendente que todo esto ha sido el hallazgo, en el fondo de un barranco, de dos esqueletos humanos, el de un muchacho y una muchacha, abrazados entre glaciares.

Sobre la historia de los novios, de los amantes del Pirineo, nada se sabe. Y es que la zona pirenaica de Llivia parece condenada a un «nada se sabe» perpetuo, a una ignorancia sólida que no nos dejará mentir. Y si no, a ver si no es cierto que hasta hombres cultivados que creen saber bastante geografía de España, viven muy felices ignorando qué cosa, qué seres humanos y qué circunstancias responden al nombre de este enclave español dentro de Francia. Preguntadle a un medio sabio de esos que andan por ahí, cogido del gran montón de me-

dios sabios, dónde está Llivia, y lo más probable es que asocie este nombre al norte de Africa, en vez de relacionarlo con los Pirineos orientales, con la Cerdaña y con un enclave nuestro que parece condenado a un eterno desconocimiento.

VARA MUNICIPAL Y VENTA DE BUTIFARRAS

Más vale así. Que el Pirineo conserve sus secretos y los muestre solamente a medias a sus elegidos. Por eso hay que respetar el misterio de Llivia, de la que damos fe de existencia como Marco Polo hizo con las ciudades chinas, para que después fueran otros por allí. Respetarle el secreto y escatimar la información para que los lectores tengan que ir a buscarla directamente, a ver si así no son solamente sastres los que tienen la audacia de llegar hasta este ignorado rabillo de boina, pequeño y casi imperceptible en el mapa nacional.

El Alcalde de Llivia, don Pedro Isern Pons, vende butifarras y salchichas —«sosisas», dice en catalán afrancesado— y ha tenido un desencanto al ver que no íbamos a comprarle nada. «Entrez come chez vous» (entrad como en vuestra casa), dice el letrado de las butifarrerías de Llivia, y quizá el bueno del Alcalde hubiese preferido recibir la visita de un turista francés más que de un reportero compatriota, detrás del que, con el pretexto de recoger datos e informaciones, bien pudiera esconderse algo así como un inspector del Catastro. Pero la entrevista con el máximo representante de la autoridad civil ha tenido lugar felizmente, y hemos hablado de patriotismo entre embutidos.

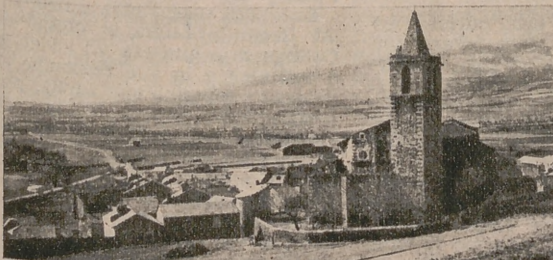
En cuanto al cura párroco, el reverendo don Daniel Cortés Lliarden, lo hemos visto a la puerta de la iglesia cuando han dado el primer toque de campana para la novena. Nos habla de las reliquias de San Guillermo, de la capa pluvial que se conserva del tiempo del Emperador Carlos, y de problemas generales del enclave.

—Si los franceses quisieran, nos cortarían el agua y no podríamos regar. Estamos como sitiados. Desde aquí, todos los caminos van a Francia. Por poco que ande, ya está uno en Francia.

(Es el complejo de Llivia. La claustrofobia de una tierra rodeada.)

LOS HEREDEROS DE LA MONTANA

En lo alto del campanario dan otro toque de llamada, al que parecen contestar las esquilas, que



En medio de montañas nevadas y en el centro de su enclave levanta su aire familiar el campanario de Llivia



La calle Generalísimo Franco de Llivia, un pueblo español rodeado de tierra francesa, en los Pirineos orientales

a esta hora de la tarde llegan de distintos prados y montañas hasta formar en la plaza como un solo rebaño. Bella estampa pastoril del atardecer de Llivia cuando el enclave recoge sus ovejas. Las que llegan del agregado municipal de Sareja, las que vienen del lado de Gorguja, las de los prados del Segre y las que han ribeteado de hierba comida la frontera.

Es muy bonito, y no importa el olor a majada, porque éste viene mezclado de aromas de abeto, de un olor pectoral y de salud. Esos pastores son, según dice el himno ceretano, la gran canción de esta tierra, los herederos de la montaña. «Som els hereus de la muntanya, som el pubills del Pireneu», dice el himno ceretano, y la verdad es que llegan al pueblo de Llivia con un aire de seguridad y un paso tan firme, que parecen convencidos de que sólo ellos pueden pisar y pisotear la tierra enclavada de sus derechos seculares.

«Mitad de Francia, mitad de España, no hay otra tierra como la Cerdaña»; esto repite el estribillo del arrogante y orgulloso himno ceretano, tan soberbio, que parece un «Deutschland über alles» comarca para uso de payeses.

Pero es un orgullo bueno y de montaña. Un sentimiento humanizado y cordial, al que induce la soberbia del contorno y la riqueza de un valle de privilegio, así como las mismas libertades históricas, entre las cuales parece estar también esa de comer y beber de una manera vital y el consumo abundante del tabaco andorrano.

LLIVIA, CASTILLO FAMOSO

Las calles de Llivia, población de origen romano cuyo nombre inicial fué el de «Julia Livia», no tienen hoy rastros de cuádrigas en el empedrado ni se ven en la población ruinas de triclinios, templos y «Forum». El pavimento está hecho más bien al pasc de las carretas de labor, que hace muy pocos años todavía tenían ruedas macizas de madera, sin radios ni llantas de hierro. Algunos llivienses se construyeron ellos mismos sus carros de labranza y muchos más saben hacer los aperos en las largas veladas invernales, en las que la población además de rodeada de tierra francesa, se ve envuelta en un paisaje de nieve.

Es una típica población pirenaica, de calles empinadas y un poco tortuosas, pero que tiene también su ensanche urbano en la carretera general que atraviesa el enclave. Por encima de la villa existen las ruinas de lo que fué el poderoso castillo de Llivia, destruido por un golpe de genio y mal humor de Luis XI de Francia, invasor de la Cerdaña.

Además del comercio de embutidos, muy abundante en el enclave, y la industria más transitoria de la confección de trajes para la obra de misericordia de vestir al turista desnudo, existe en Llivia una importante fabricación de quesos y mantecas, sobre la que podemos referir la pequeña anécdota de que, cuando el precipitado éxodo de las batallas de Cataluña, se produjo ahí la última «hazaña» de los pregoneiros de la libertad de pensamien-

to, y que consistió en acusar de nacionalistas a un colorado morrón de quesos de bola, cuyos ideales políticos eran bastante discutibles.

TODOS LOS AÑOS, VACAS GORDAS

Las vacas de Llivia constituyen la base industrial de esta riqueza en quesos y mantecas. Esas vacas del enclave, que tienen el privilegio de ir a pastar fuera de la jurisdicción nacional y municipal de Llivia, al monte Carlit, bastante dentro de Francia, pero que es en buena parte, propiedad del Municipio lliviense. Para ir al monte Carlit, especie de subenclave de propiedad, aunque no de jurisdicción, las vacas tienen que ir los años pares por un camino de montaña, y los años nones por otro, en una sincronía perfecta entre las vacas y los barbechos. Van al vecino país a comerse una hierba bien francesa, y luego regresan al enclave, donde les será ordeñada esa curiosa leche francespañola, de la que se obtiene una riquísima caseína internacional, moléculas y átomos alimenticios que deben tener muy a gala el haber sido obtenidos de la fauna de un país sobre la flora de otro.

El secretario, don Francisco Aleix Font, nos cuenta todas estas cosas en la casa que el Ayuntamiento tiene alquilada, mientras se construye una mansión municipal de nueva planta, ya que en Llivia están ahora de obras públicas, se ensanchan las carreteras, se edifica una nueva escuela, una Casa Sindical y doce viviendas protegidas. Jamás había conocido el enclave tanta protección como la que tiene en estos momentos por parte del Estado desde los organismos centrales y desde el Gobierno Civil, así como la Diputación de Gerona, provincia de la que el enclave de Llivia forma parte.

También hablamos con el secretario jubilado don Francisco Soler Burges, uno de los hombres que más cosas sabe sobre la historia contemporánea de Llivia, y con don Manuel Anglada Ferrán, gran aficionado a la investigación histórica, que es el hombre que sabe más cosas sobre el pasado del enclave. Nos muestra el «Libre Ferrat» o libro de los privilegios, además de otros muchos pergaminos, en los que vemos que los condes de la Cerdaña, los Reyes de la Corona de Aragón y los de la unificación de España sintieron por esta villa una verdadera debilidad que les hizo otorgarle numerosas mercedes, en las que se fundan los derechos que hoy mismo tiene esta tierra enclavada.

ERASE UNA VEZ HACE AÑOS

El origen de este curioso enclave es el siguiente: Para terminar la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) se firmó la Paz de Westfalia, pero España continuó luchando contra Francia para resarcirse de las pérdidas sufridas. Hasta que cansados de tan larga guerra, franceses y españoles deseaban la paz que, después de tres meses de negociaciones, se firmó por Mazzarino y don Luis de Haro en el Tratado de los Pirineos, el 7 de noviembre de 1654, en la isla de los Faisanes, situada en el centro del Bidasoa. Mucho insistió Mazzarino

para que toda la Cerdaña, como el Rosellón, quedase incorporada a la soberanía francesa, pero don Luis de Haro negóse rotundamente a ello. Se convino, al fin, que la frontera sería la misma que separaba a España de la antigua Galia, pero resultó, en la práctica, determinar con exactitud los lugares por los que pasaba esa frontera histórica.

Se corrigió el artículo 42 del Tratado de los Pirineos, fué nombrada otra Comisión, que formaron, por parte francesa el arzobispo de Tolosa, don Pedro de Marca, y el obispo de Orange, Jacinto Serroni, y por parte española, don Miguel Galba de Vallgornera, tesorero de la Corona de Aragón, y don José Romeu de Ferrer, miembro del Consejo de Ciento de Barcelona.

Esta Comisión internacional se reunió en el pueblo de Ceret el 23 de abril de 1660 y un primer resultado de aquella entrevista fué la definitiva anexión del territorio de Conflent a la Corona francesa. Respecto a la Cerdaña el arzobispo de Tolosa insistió mucho en el sentido de que debía pasar enteramente a Francia, diciendo que formo parte de la antigua Galia pero los delegados españoles desmintieron esta afirmación con lo que no pudo llegarse, a este respecto, a ningún acuerdo y hubo que suspender las negociaciones reservándose para los más altos plenipotenciarios el allanar las grandes dificultades surgidas respecto al territorio de la Cerdaña.

Don Luis de Haro y Mazzarino volvieron a entrevistarse llegando, después de muchas discusiones, a acordar las «Aclaraciones al artículo 42 del Tratado de los Pirineos». Se reconocía para Francia el Rosellón y para España el Condado de la Cerdaña menos el Valle de Carol y el terreno necesario para poner en comunicación los territorios del Rosellón y el Conflent con el Valle de Carol y el país de Foix.

Para que no hubiera discusiones ulteriores de interpretación se determinó que este territorio de Cerdaña, al que se reconocía como de dominio francés, tendría treinta y tres pueblos con sus términos municipales, incluidos los municipios del Valle de Carol.

NO ERA PUEBLO, SINO VILLA

El 12 de noviembre de 1660 se reunieron en Llivia el obispo de Orange, Serroni y el tesorero de la Corona de Aragón, Galba de Vallgornera para designar los treinta y tres pueblos que debían formar la faja de terreno que uniese el Rosellón con el país de Foix.

Entonces surgió otra dificultad. Al llegar a Llivia el obispo de Orange dijo que era un «pueblo» o «villaje» a lo que respondió el delegado español que Llivia, por privilegio de Carlos V, no era «pueblo» sino «villa» o sea un intermedio entre los términos de pueblo y ciudad. Como en francés no existe esta distinción intermedia y se presentaron documentos que atestiguan que Llivia es una «villa», el delegado gallo no tuvo más remedio que convenir con Galba de Vallgornera que la villa lliviense, con su término municipal, quedase pa-

ra España aunque con la condición de que no podría fortificarse y no hubiera, salvo en casos excepcionales, más fuerza militar que la de «cuatro y el cabo». Asimismo se acordó que la carretera que une a la población de Llívia con su cabeza de partido Puigcerdá sería un camino neutro por el que los españoles de un lado y otro podrían circular libremente.

He aquí por qué existe, dentro de Francia, una villa y territorio cuyas libertades más preciadas consisten en formar un enclave español.

Ante el «Llibre Ferrat», lo que pueden llamarse fuerzas vivas de la villa nos hablan emocionados de sus derechos históricos y de sus pequeños problemas cotidianos. Porque esta situación de enclave, además de orgullosas libertades, entraña también la relativa incomodidad de tener que andar con papeles fronterizos para ir a cualquier parte. Llívia está tan abierta a la influencia y a la introducción de productos del contorno que hasta las bicicletas llivienses necesitan, para llegar al resto de España, de un papel que acredite que no son de contrabando, mientras los automóviles precisan de un triptico.

ENFERMOS DE TANTO COMER

Los llivienses están muy agradecidos a las obras públicas que actualmente se acometen en el enclave, pero se quejan un poco de que para llevar sus vacas a los pastos del monte Carlit, que son de su propiedad, a siete kilómetros en el interior de Francia, tengan que proveerse de un pase de exportación temporal de ganado. Ellos quisieran hacer solamente una relación conjunta y «grosso modo» que sirviera de base a las obligaciones fiscales y sanitarias.

Y ahora que hemos hablado de sanidad preciso es decir que el médico de Llívia, don Joaquín Illa Claparols, nos cuenta que los habitantes del enclave tienen casi todos muy buena salud y que solamente existen algunas afecciones hepáticas producidas por comer demasiado tocino y grasas. O sea que la única enfermedad un poco característica se produce por demasiado vitalismo. Pero el médico del enclave nos señala también la existencia de ciertos casos de curanderismo, que parece ser un casi tolerable mal de los pueblos pastores.

Vemos también, por lo que nos dicen nuestros amigos de las fuerzas vivas, que el patriotismo del enclave no es una fábula, sino una indiscutible realidad. A los ochocientos habitantes de este pequeño territorio les gusta ser españoles primero por razones espirituales e históricas, y después, porque de esta manera están muy seguros de que se venden muchas más butifarras y salchichas que si el pequeño enclave, de doce kilómetros cuadrados, fuese incorporado a Francia. De todos los pueblos del contorno van a comprar a Llívia a través del valle y a lo largo de caminos vecinales por los que se puede transitar sin guardias y gendarmes. En busca del «bon marché» llegan muchos visitantes de unas horas y también otros que se es-



En este gráfico se señala el enclave de Llívia

tablecen en sus vacaciones en esta pequeña población de montaña, en la que un descanso resulta a mitad de precio que en los pueblos vecinos.

CUANDO EL PLEBISCITO SECRETO

En Llívia se podría construir un buen hotel, y hasta puede que un parador de turismo, con la seguridad de que iba a tener muchos clientes. En la actualidad cuenta la población con dos pequeñas fondas, que resultan insuficientes para atender a tanto turista en los meses de verano y hasta en las temporadas de nieve, en que las pistas francesas de Font-Romeu y las españolas de La Molina y Nuria se llenan de esquiadores. Algunos llivienses son muy diestros en el deporte de nieve, y hasta se han llevado premios en descensos y saltos del arte deportivo del esquí.

En Llívia se habla el catalán, pero todos conocen también perfectamente el español, y el francés del «Midi».

La influencia francesa en la Cerdeña es bastante grande, muchas palabras suenan a un catalán influido del francés, pero el viejo espíritu de Llívia se mantiene inalterable, como quedó demostrado hace pocos años en el plebiscito secreto que realizó, en Llívia, el diputado rosellonés por los Pirineos orientales M. Manuel Brousse, que hizo una encuesta entre las familias sobre si les gustaría cambiar de dominio. Pese a que en el enclave vive un diez por ciento de familias de nacionalidad francesa, en este plebiscito o encuesta secreta se dio un resultado de más de un setenta y cinco por ciento de partidarios decididos de la soberanía española.

POR EL PASILLO INTERNACIONAL DE LLÍVIA

Pero la influencia vecina existe, y el que se lamenta más de

ello es el único sacerdote que hay en el enclave: el cura párroco mosén Daniel Cortés.

—A veces leen periódicos prohibidos y porquerías—nos dice el párroco con profunda tristeza. Pero él hace todo lo que puede para luchar con un aire que le llega de todas partes y que a otro, más débil de carácter, quizá le obligaría a dar vueltas sobre su eje como una veleta.

Hay que imaginarse lo que es una procesión de Hijas de María por la estrecha carretera llamada internacional con sus seis kilómetros de longitud. Es como una pasarela, como un cruzar entre dos filas de frivolidad y canción.

Pero el espíritu de Llívia se mantiene firme como siempre, con sus butifarras y salchichas, con su paraíso de los sastres presurosos, que llegan aquí al fin de semana; con sus peras de agua y sus vacas de la leche francoespañola, con los quesos de bola, las patatas tempranas de los rabillos, los «goigs» o gozos al Santo Patrón, las «donés d'aigua» o mujeres de los lagos que seducen y ahogan a los pastores; con su pequeño contrabando y con el patriotismo vivo y embudido en el interés comercial.

«Entrez come chez vous», esto es Llívia, rodeada como una isla. Llívia con la ventura que el Tratado de los Pirineos le dió. Con sus libertades históricas de enclave, tan buenas para el comercio, tan buenas para ese espíritu mercantil, visible y cutáneo, referente al que no hay más que desear que lo que la Historia dió a Llívia, su Patrono, San Guillermo, se lo bendiga. Y todo para que viva. ¡Viva!, el patriotismo y la venta de butifarras. Para que viva; para que «Visca la Cerdeña espanyola!»

F. COSTA TORRO
Enviado especial

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

EL AUTOMOVIL PARA 1955



EL "PEGASO", ALARDE DE JOYERIA MECANICA

La fotografía de arriba nos muestra el modelo «Pegaso» con carrocería transparente, presentado este año en el Salón del Automóvil de París. A la izquierda presentamos el «Pájaro de fuego», coche experimental de motor a reacción presentado por la General Motors

Las señoras aceptan el auto pequeño, pero prefieren el de muchos caballos, el de muchos metros de motor y el de mucho precio

Se está celebrando estos días en París el XLI Salón del Automóvil, exhibición tradicional de la industria del motor. Este año no se ha presentado nada revolucionario, pero si hay novedades muy interesantes. Encontrará esta información en la página 12

